

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA EVOLUTIVA Y DE LA EDUCACIÓN

*APRENDIZAJE, MOTIVACIÓN, Y CONDUCTA
ADAPTATIVA:
LA BÚSQUEDA DE EMPLEO DE LOS TITULADOS SUPERIORES*

TOMO

1

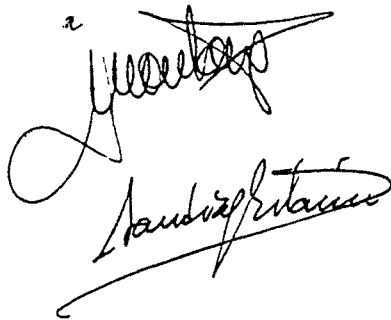
Tesis para adquirir el grado de Doctor en Psicología
realizada por:

Esperanza Villar Hoz

Director: Dr. Josep Montané i Capdevila

Ponente: Dr. Santiago Estaún i Ferrer

Bellaterra, setiembre de 1991



A Toni:

Por enseñarme que la investigación requiere talento,
pero, fundamentalmente, exige disciplina.

INDICE GENERAL

	Página
INTRODUCCIÓN.....	1
PARTE TEÓRICA	
CAPÍTULO PRIMERO: Los procesos de adaptación humana.....	10
1.1. Contextualización del tema.....	11
1.2. El desarrollo de la investigación sobre procesos de adaptación	15
1.2.1. El método clínico-individual.....	22
1.2.2. El enfoque epidemiológico.....	33
1.2.2.1. Salud mental, definición de caso, y adaptación en los estudios epidemiológicostradicionales	34
1.2.2.2. Propuestas de diferenciación entre enfermedad mental y trastorno adaptativo.....	42
1.2.3. El enfoque psicobiológico.....	45
1.2.3.1. Trastornos gastrointestinales	47
1.2.3.2. Trastornos cardiovasculares	50
1.2.3.3. Estrés e inmunidad.....	52
1.2.4. El enfoque socio-ambiental.....	59
1.2.5. El enfoque experimental.....	66
1.2.5.1. Los procesos de condicionamiento	67
1.2.5.2. Análisis experimental de los trastornos adaptativos	71
1.2.6. Recapitulación	73

1.3. Perspectivas actuales en la investigación de la conducta adaptativa.....	77
1.3.1. El modelo de Lazarus y Folkman	78
1.3.2. La teoría social-cognitiva de Bandura.....	84
1.3.3. El modelo de la Indefensión Aprendida.....	87
1.3.4. Los modelos atribucionales.....	93
1.3.5. Teoría de la expectativa-valencia.....	98
CAPÍTULO SEGUNDO: Educación superior e inserción laboral	101
2.1. Introducción	102
2.2. Fuentes de información sobre los procesos de inserción laboral de los titulados superiores.....	106
2.3. Modelo de inserción laboral.....	112
2.3.1. El mercado laboral de los licenciados universitarios	118
2.3.1.1. Delimitación terminológica.....	119
2.3.1.2. Análisis del mercado laboral de los licenciados.....	126
2.3.1.2.1. Objetivos de la educación superior.....	126
2.3.1.2.2. La capacitación profesional de los titulados	135
2.3.1.2.3. La dinámica del empleo de los titulados	141
2.3.2. Las técnicas y procesos de inserción de los titulados superiores.....	155
2.3.2.1. El proceso de inserción laboral.....	156
2.3.2.2. Las técnicas de inserción.....	160

CAPÍTULO TERCERO	164
3.1. Introducción	164
3.2. Percepción de control y búsqueda de empleo	168
3.2.1. Percepción de control y lugar de control	172
3.2.2. Percepción de control y autoeficacia.....	175
3.2.3. Integración de los constructos de autoeficacia, lugar de control de los resultados y autoeficacia.....	178
3.3. Autoeficacia y búsqueda de empleo.....	181
3.4. Atribuciones y búsqueda de empleo	185
3.5. Otros factores mediacionales en el proceso de búsqueda de empleo.....	190
3.6. Búsqueda de empleo y salud.....	194
3.6.1. El concepto de salud mental en los estudios sobre desempleo	194
3.6.2. Metodología de investigación	196
3.6.3. Evidencia empírica.....	198
3.6.3.1. Autoestima y salud	199
3.6.3.2. Atribuciones y salud.....	203
3.6.3.3. Percepción de control y salud.....	206
3.6.3.4. Estrategias de afrontamiento y salud	208

PARTE EMPÍRICA

	Página
CAPÍTULO CUARTO: Planteamiento general e hipótesis	213
4.1. Objetivos generales.....	213
4.2. Definición de variables y concreción de hipótesis.....	219
4.2.1. Influencia de las variables subjetivas sobre la búsqueda de empleo	219
4.2.2. Formulación de hipótesis.....	223
4.2.2.1. Hipótesis relacionadas con el efecto de las variables subjetivas sobre los comportamientos de búsqueda	223
4.2.2.2. Hipótesis que relacionan las variables disposicionales y las variables situacionales.....	225
4.2.2.3. Búsqueda de empleo y salud	227
4.2.2.3.1. Relación entre duración del desempleo y salud.....	227
4.2.2.3.2. Relación entre búsqueda de empleo y salud.....	228
4.2.2.3.3. Influencia de las características atribucionales sobre la evolución de los niveles de salud.....	229
CAPÍTULO QUINTO: Método.....	230
5.1. Sujetos	231

5.2. Instrumentos de medida.....	233
5.2.1. Cuestionarios aplicados durante la primera fase .	234
5.2.1.1. Cuestionario demográfico y de salud.....	234
5.2.1.2. Cuestionario de atribuciones sobre consecución de empleo	236
5.2.1.3. Percepción de control sobre la consecución de empleo	239
5.2.1.4. Cuestionario de Salud General de Goldberg	240
5.2.1.5. Inventario de Depresión de Beck.....	243
5.2.1.6. Cuestionario de estilo atribucional.....	246
5.2.2. Cuestionarios aplicados durante la segunda fase	250
5.2.2.1. Cuestionario de búsqueda de empleo durante el verano	250
5.2.2.2. Atribuciones sobre los resultados de la búsqueda de empleo	251
5.2.2.3. Cuestionario de expectativas de autoeficacia	252
5.2.2.4. Cuestionario de utilización del tiempo	253
5.2.3. Cuestionarios aplicados durante la tercera fase...	255
5.2.3.1. Cuestionario sobre actividades de búsqueda de empleo	255
5.2.3.2. Cuestionario para quienes han encontrado trabajo	256
5.2.3.2. Cuestionario para quienes no han encontrado trabajo	257
5.3. Procedimiento	258
5.3.1. Primera fase	258
5.3.2. Segunda fase.....	261
5.3.3. Tercera fase.....	263

	Página
CAPÍTULO SEXTO: Resultados.....	265
6.1. Análisis de la situación laboral, sexo y carrera de los sujetos participantes en la investigación.....	267
6.1.1. Situación laboral desde la que se afronta el proceso de búsqueda de trabajo.....	267
6.1.1.1. Situación laboral y estilo atribucional.....	269
6.1.1.2. Situación laboral y percepción de control sobre la consecución de empleo.....	272
6.1.1.3. Situación laboral y centralidad del problema de encontrar trabajo.....	274
6.1.1.4. Situación laboral y actividades de búsqueda.....	275
6.1.2. Estudios cursados.....	276
6.1.2.1. Estudios cursados y estilo atribucional.....	276
6.1.2.2. Percepción de control sobre la consecución de empleo.....	279
6.1.3. Sexo.....	283
6.2. Procesos mediacionales y búsqueda de empleo.....	285
6.2.1. Influencia de las variables subjetivas sobre los comportamientos de búsqueda.....	285
6.2.2. Relación entre variables disposicionales y expectativas.....	301
6.3. Búsqueda de empleo y salud.....	306
6.3.1. Efectos del paro sobre la salud.....	306
6.3.2. Relación entre búsqueda de empleo y salud.....	311
6.3.3. Características atribucionales y salud.....	318
CAPÍTULO SÉPTIMO: Discusión y conclusiones.....	319

	Página
REFERENCIAS.....	334
ANEXOS	384
<u>Anexo 1.</u> Descripción de la muestra.....	385
1.A. Grado de participación en la investigación.....	386
1.B. Características sociodemográficas y socioeconómicas	387
1.C. Comparación de las características de la muestra en función del grado de participación en la investigación	395
<u>Anexo 2.</u> Convocatorias para participar en la investigación	412
2.A. Carta de convocatoria. Estudiantes de letras	413
2.B. Anuncio de convocatoria. Estudiantes de ciencias .	415
2.C. Carta de convocatoria para participar en las sesiones de setiembre.....	417
2.D. Carta de presentación de la tercera fase	418
<u>Anexo 3.</u> Sesiones informativas sobre búsqueda de empleo.....	419
3.A. Guión de las sesiones.....	420
3.B. Documentación facilitada a los sujetos.....	468
<u>Anexo 4.</u> Materiales	510
4.A. Cuestionarios aplicados en mayo.....	511
4.B. Cuestionarios aplicados en setiembre.....	538
4.C. Cuestionarios aplicados en noviembre	545
<u>Anexo 5.</u> Matriz de resultados.....	549

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas de este siglo se ha producido, desde el punto de vista económico, una crisis cíclica -coyuntural- del sistema capitalista, a la que debemos sumar una crisis estructural originada por los inicios de la revolución tecnológica. Esta situación general, agravada por los incrementos demográficos de las décadas de los 60 y 70 en España, ha motivado desajustes importantes en la relación entre la oferta y la demanda laboral.

Todo parece apuntar a la hipótesis que los cambios tecnológicos citados pueden llevar a la existencia de unos porcentajes más o menos importantes de población activa siempre desocupada. Para algunos autores un tercio de esta población sufrirá una situación de desempleo crónico (Padierna, 1989).

De confirmarse este hecho cabe esperar una mayor movilidad del mercado laboral y, efectivamente, ya ha empezado a producirse esa tendencia. Tal como apuntaba el Ministro de Educación Javier Solana en un programa televisivo en junio de 1989, van a ser frecuentes los cambios de trabajo a lo largo del ciclo vital, y las situaciones de empleo-desempleo van a producirse en un sector cada vez más numeroso de la población. Así pues, si hace unos años era normal que la mayoría de los trabajadores conservara el mismo empleo durante toda su vida activa, ese porcentaje va a ir progresivamente descendiendo previsiblemente.

Si efectivamente el paro es un factor de riesgo para la salud del individuo, como parecen acordar los estudios epidemiológicos, cada vez más personas estarán, en algún momento de su vida, sometidos a una situación estresante, susceptible de desencadenar una psicopatología que va a incidir en una disminución de la calidad de vida individual, familiar y social, a la vez que va a incrementar los gastos sociales y sanitarios.

En estas circunstancias no es suficiente limitarnos a la constatación epidemiológica de la perniciosidad del desempleo. Se hace necesario, también, analizar los factores determinantes para que una situación de riesgo como esta se convierta en detonante de problemas más o menos graves de salud y calidad de vida. Se impone revisar los modelos teóricos de que disponemos en la actualidad y estudiar si explican el proceso de salud-enfermedad durante el desempleo. Es preciso someterlos a contrastación empírica en esa situación y construir nuevos modelos si los que tenemos no resultan adecuados.

De otro lado, no es suficiente explicar las consecuencias del paro sobre la salud y el bienestar social, ni basta comprender los procesos desencadenantes; además es necesario investigar sobre las estrategias que utilizan los individuos para salir del desempleo, las variables que determinan la conducta de búsqueda de trabajo y cómo intervenir sobre ellas.

Citaré un ejemplo que evidencia la urgencia de este planteamiento. Durante el curso académico 1986-87 yo estaba estudiando los procesos de adaptación humana ante las situaciones de incontrolabilidad en el marco de la teoría de la Indefensión Aprendida, cuando un ex-alumno solicitó una entrevista. Después de los saludos empezó a hablarme de lo que había estado haciendo tras acabar sus estudios (la "mili" y trabajos ocasionales como cuidador psiquiátrico), y al cabo de diez minutos estaba llorando. No era la primera vez que veía llorar a un alumno (normalmente alumnas), pero nunca había sentido una sensación de culpabilidad como en aquella ocasión.

Me constaba que tenía un buen "currículum" y que había adquirido habilidades suficientes para trabajar como psicólogo. Me constaba también -por anteriores investigaciones- que en Girona podían encontrarse todavía bastantes puestos de trabajo en su área de especialización. Entonces, ¿dónde estaba el problema, y por qué me sentía culpable?

Culpable como profesora porque en la universidad nos limitamos a la transmisión de conocimientos y habilidades técnicas y no preparamos a nuestros alumnos para el proceso de transición al trabajo. Aún partimos del supuesto que acabar la carrera implica la colocación automática del estudiante, sin tener en cuenta que el periodo de transición se ha alargado considerablemente, llegando a requerir varios años en muchos jóvenes antes de acceder a una ocupación estable acorde con su titulación.

Culpable como psicólogo básico porque no disponemos todavía de un modelo teórico general capaz de explicar y predecir los procesos de adaptación humana ante situaciones estresantes; capaz de prevenir situaciones como aquella; capaz de desarrollar estrategias de intervención ante aquel problema.

Pero, ¿dónde radicaba, en definitiva, el problema?; algunos de sus compañeros se habían colocado y otros no, ¿qué características tenían los que se colocaban que no poseían los demás?, ¿era una simple cuestión de suerte o de "currículum"?; no parecían existir notables diferencias entre ellos en relación a su expediente académico o a su experiencia laboral; ¿no se trataría más bien de los recursos o estrategias que unos y otros utilizaban para buscar trabajo?; ¿qué variables cognitivas y comportamientos intervenían en el proceso, y en qué dirección?; ¿podían explicarse los diferentes estilos de búsqueda de empleo a partir de las teorías psicológicas existentes?

El tema del desempleo y de la inserción laboral ha sido abordado por la psicología social, la psicopatología, por los analistas de la conducta económica, las ciencias de la educación, etc. Sin embargo, los estudios empíricos apoyados en modelos teóricos son escasos y, más aún, desde la perspectiva de la psicología básica.

Por otro lado, uno de los problemas metodológicos más serios en la investigación de los procesos de adaptación es el de saber cuáles eran las características individuales antes de que apareciera

la estimulación estresante. La mayoría de estudios son básicamente retrospectivos, con la distorsión que ello supone. Los estudios prospectivos en situaciones naturales no son frecuentes por la dificultad que conlleva anticipar el momento en que se producirá una situación estresante. Por esta razón decidimos aprovechar la ventaja que representa la finalización de los estudios superiores, y la incorporación al mercado laboral, como situación de cambio vital, para plantear el trabajo.

El objetivo principal de esta investigación, por tanto, es el de buscar una aproximación teórica y metodológica que nos permita entender la forma en que las personas se adaptan a las situaciones nuevas y/o estresantes, mediante la utilización de una situación concreta como es la búsqueda de empleo de los titulados superiores.

Con este propósito analizamos en el primer capítulo los distintos modelos explicativos de la conducta adaptativa y las insuficiencias que, a nuestro juicio, presentan. Se me puede criticar la osadía de intentar repasar, en un sólo capítulo, la investigación de un tema tan complejo como extenso. No se trata de hacer una síntesis puesto que soy contraria a los sincretismos. Creo que la riqueza de los datos empíricos radica en las matizaciones que posibilita su consideración global. Mi intención, pues, en este primer capítulo no es otra que la de ofrecer, con toda humildad, un esquema vertebrador en el que situar mi propio trabajo.

En el segundo y tercer capítulos he abordado un caso concreto de adaptación, como es la incorporación al mercado de trabajo de los titulados universitarios. Me he centrado en el modelo propuesto por Montané (1990), a partir del cual se analizan cada uno de los tres componentes del proceso de inserción. En el capítulo segundo se estudia el mercado laboral de los titulados y las técnicas y procesos de inserción, en la medida que son factores condicionantes de las actitudes y comportamientos de quienes buscan trabajo y, por tanto, deben tenerse en cuenta.

En el capítulo tercero me ocupo del tercer factor del modelo, ésto es, las características individuales, en tanto que determinan, mediante su interacción con los dos anteriores, la conducta de adaptación.

Finalmente, en la parte empírica, se intenta poner a prueba algunas hipótesis derivadas del análisis de los distintos modelos teóricos expuestos en la primera parte, con el fin de conocer en qué medida permiten explicar los comportamientos de búsqueda de empleo.

No quisiera acabar esta introducción sin expresar mi agradecimiento más sincero a todas las personas que me han ayudado y me han animado en el proceso de elaboración de esta tesis:

Al personal de las delegaciones territoriales del Instituto Nacional de Estadística y del Instituto Nacional de Empleo en Girona, por las facilidades de acceso a sus archivos y bibliotecas. En especial, a Cinta Vallespir, psicólogo del Centro de Orientación Profesional del Inem, por proporcionarme parte de los materiales en los que se basan las sesiones informativas sobre búsqueda de empleo, impartidas, durante el mes de setiembre, a los licenciados que participaron en el estudio.

A los Doctores R.H. Price y R.C. Kessler, del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan, por enviarme los resultados de sus investigaciones, algunas de ellas aún no publicadas, así como un buen número de publicaciones relevantes del Instituto.

A los profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona Rosa M^a Raich y Josep M^a Blanch, por permitirme la consulta de trabajos aún no publicados.

Al personal del CEDRE, Centro de Documentación e Investigación Educativa del ICE, y en general, al personal de las bibliotecas de la Universidad Autónoma de Barcelona, por la eficacia y profesionalidad con que realizan su trabajo.

A Pere Morató y Josep M^a Peri, por permitirme la utilización de la versión catalana del Cuestionario de Estilo Atribucional (ASQ).

Al patronato del Estudi General de Girona que, a través de sus becas para tesis doctorales, ha permitido que las dificultades de realización de la investigación hayan sido únicamente de índole académica.

A la Dirección del Estudi General de Girona, y muy especialmente a quien en su momento fue director del Col·legi Universitari, el Dr. Joan Miró, por avalar el estudio y prestar las instalaciones para la realización del mismo.

A los compañeros del área de Psicología Básica y a los de la Agrupación de Psicología del Estudi General de Girona, por su preocupación y sus ánimos para que acabara la tesis.

A la Dra. Carme Vidal y a la Prof. M^a Eugènia Gras, del Estudi General de Girona, por su asesoramiento en los temas estadísticos.

A los licenciados universitarios que han participado en el estudio, a los que debo agradecer la extraordinaria paciencia que han manifestado a todo lo largo de la investigación, y a los que deseo, con todo cariño, una brillante trayectoria profesional.

Finalmente, al Doctor Josep Montané, director de la tesis, no sólo por su ayuda y sus valiosos consejos en el planteamiento y desarrollo de la investigación, sino también por ser una de las personas que conozco con mayor capacidad de levantar el ánimo en los momentos más difíciles; y éstos no son pocos cuando se elabora una tesis doctoral.

PARTE TEÓRICA

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PROCESOS DE ADAPTACIÓN HUMANA

“El hombre forma parte integrante del mundo vivo (biosfera) y debe vivir en armonía con el medio natural [...]; el estado de cambio permanente constituye cada vez más el factor dominante en la vida humana y uno de los aspectos inmutables de la condición humana es la lucha del hombre para adaptarse a un medio que cambia continuamente” (San Martín, 1986. p. 11).

1.1. CONTEXTUALIZACIÓN DEL TEMA

De una u otra forma el objetivo último de todas las ciencias es el estudio de la adaptación de los seres vivos en su interacción con el medio, bien sea a través del análisis de los organismos, del entorno, o de la relación entre ambos.

La Psicología Básica se caracteriza y se diferencia de otras disciplinas por su interés en estudiar los procesos que permiten al hombre sobrevivir en un entorno cambiante y modificarlo para conseguir unas determinadas condiciones de vida. Su objetivo, pues, es explicar los procesos que permiten a ese organismo entrar en relación con el entorno (SENSACIÓN); seleccionar y procesar la experiencia recibida (ATENCIÓN, PERCEPCIÓN); elaborar y almacenar la información (PENSAMIENTO, MEMORIA); y adaptarse al entorno y/o modificarlo mediante su interacción con él (MOTIVACIÓN, EMOCIÓN Y APRENDIZAJE).

Esta investigación se enmarca en el estudio de los procesos de adaptación humana (aprendizaje y motivación), que se ponen en marcha cuando los cambios en la relación organismo-medio exigen del sujeto algún tipo de respuesta, bien sea, como decíamos, para asegurar su supervivencia o para mejorar sus condiciones de vida.

Como sea que esos cambios son múltiples a lo largo de la vida y afectan a todas las áreas del comportamiento, nos hemos centrado en la etapa de transición de la educación formal al mercado laboral. Es este un momento particularmente interesante para estudiar los procesos de adaptación por varias razones:

1ª. La forma de acceso al mercado de trabajo condicionará en buena medida la calidad de vida de la persona, no sólo hasta el momento de su jubilación -en relación al nivel de ingresos, organización del tiempo, relaciones sociales, satisfacción laboral, etc.-, sino después, en tanto que la trayectoria profesional determinará también el periodo post-jubilación.

2ª. Desde el punto de vista metodológico permite la obtención de medidas de línea base previas a la entrada en el mercado laboral y, consiguientemente, el seguimiento de las características de la adaptación individual al cambio y las estrategias cognitivo-conductuales utilizadas. Conviene recordar aquí que una de las principales causas de confusión sobre los efectos del desempleo en la salud proviene de la utilización de medidas de comparación transversales entre empleados y desempleados, lo que impide saber si el paro es

realmente una causa de la patología observada o bien una consecuencia de las características individuales, que llevan a determinados grupos a la marginación y a la inadaptación.

3ª. En numerosas investigaciones sobre desempleo confluyen variables distintas, sin que sea posible averiguar cuál de ellas causa realmente los trastornos observados en los individuos. El desajuste producido por el paro se ve a menudo distorsionado por los efectos de la pobreza, bajos niveles educativos, enfermedad, etc. La utilización de licenciados universitarios en transición a la vida laboral puede ayudar a descubrir los efectos de la desocupación en los procesos de adaptación, pues, como señalan Winefield y Tiggemann (1989), la mayor parte de ellos viven con sus padres y no tienen una familia que mantener, por lo que es poco probable que manifiesten las tensiones económicas que suelen acompañar a la pérdida de empleo en la edad adulta.

4ª. Ofrece la posibilidad de trabajar con sujetos provinientes de la misma cohorte, que afrontan el cambio en el mismo momento de sus vidas.

5ª. Es posible utilizar muestras aceptablemente homogéneas, no sólo respecto a la variable edad, sino en cuanto a características de formación, nivel socioeconómico, pautas educativas de los padres, modelos de actividad, etc.

6ª. La transición al mercado laboral es una situación ambigua desde el punto de vista adaptativo. Tradicionalmente se ha considerado a los acontecimientos ambientales como estímulos estresantes, y se ha dotado al término *estrés* de una connotación negativa. Sin embargo, existe un amplio consenso en la literatura actual en considerar que el estrés -como activación del organismo- “no es intrínsecamente perjudicial, ni desde el punto de vista biológico, ni desde el punto de vista psicológico. La necesidad de adaptación al cambio no presupone ni que el cambio sea no deseado, ni que sus consecuencias sean nocivas” (Fernández Castro, 1988, p.17). Y en relación al estrés -considerado como estímulo ambiental-, susceptible de provocar trastornos en el sujeto, Valdés (1983, p.35) insiste en que “los estímulos, en sí mismos, son neutros y únicamente se cualifican como perturbadores en virtud de su relación contextual con la situación, el estado actual del organismo y su historia antecedente”. No obstante esta última afirmación, lo cierto es que buena parte de la investigación se ha llevado a cabo con estímulos que presumiblemente serían considerados como poco deseables, o aversivos, por la mayoría de la gente (desastres naturales o provocados por el hombre, ruido, pérdida de estatus, enfermedad física, inmovilización, etc.), aun cuando, ciertamente, la reacción de estrés que generan en el organismo deba calificarse de forma positiva o negativa en función de sus consecuencias a largo plazo sobre el sujeto (Eisdorfer, 1985). En este sentido, la transición a la vida activa no es, en sí misma, ni buena ni mala, ni deseable ni

indeseable. No permite, por tanto, una evaluación cualitativa si no es en relación a la evaluación que de ella hace el propio individuo, y a su capacidad de respuesta. Estas características la hacen especialmente útil para el estudio de la adaptación.

1.2. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE PROCESOS DE ADAPTACIÓN

Aunque su estudio no es exclusivo de la psicología contemporánea, ni sigue un desarrollo lineal, suele situarse el origen de la investigación formal sobre adaptación durante la Segunda Guerra Mundial (Lazarus y Folkman, 1986; orig. 1984; Weiner, 1985). Los efectos del combate, y del confinamiento en campos de concentración de soldados y prisioneros de guerra, fueron objeto de un esfuerzo por explicar la patogénesis de las enfermedades observadas en estos individuos -llamadas entonces "enfermedades de adaptación" (Selye, 1946).

La revisión de los modelos teóricos que pudieran explicar los trastornos observados coincidía en el tiempo con las investigaciones que en esos momentos llevaba a cabo Hans Selye sobre el Síndrome General de Adaptación (1936, 1946). Su trabajo, centrado en el análisis de la respuesta adaptativa del organismo ante los estímulos estresantes, era de carácter eminentemente fisiológico, tanto por el tipo de estímulos utilizados (exposición a temperaturas

extremas, falta de oxígeno, pérdida de sangre, etc.), como por el tipo de respuestas estudiadas (variaciones en ácidos grasos, catecolaminas, adrenocorticoesteroides, presión sanguínea, tasa cardíaca, conductancia de la piel, etc.).

Parecía razonable suponer, de acuerdo con el modelo de Selye, que si los estresores provocaban tales cambios en la bioquímica del organismo, estos cambios debían jugar un importante papel en la etiología de la enfermedad (Eisdorfer, 1985).

Surge, por tanto, una línea de investigación centrada en el análisis de los procesos regulatorios fisiológicos cuyo principal objetivo es la explicación de la enfermedad considerada como fracaso adaptativo ante la agresión de estímulos externos de carácter aversivo (esfuerzo físico, situaciones incontrolables, shock eléctrico, ruido, inmovilización, privación sensorial, etc., son los estímulos más frecuentemente utilizados en el laboratorio). Las úlceras pépticas y las enfermedades cardiovasculares fueron las variables dependientes principalmente consideradas en esa época por los psicofisiólogos, mientras los clínicos se ocupaban en buscar correlaciones entre los estresores y la enfermedad "mental" a través de los estudios de casos y análisis epidemiológicos. Depresión, trastornos de sueño o alcoholismo eran algunos de los trastornos más frecuentes.

La contradicción de los resultados experimentales y de la observación clínica, así como el cambio de orientación vivido por la

psicología a mediados de la década de los 60, suponen, si no un abandono, sí un enfoque distinto en esta línea de investigación, que será retomada en los años 80 con la introducción de los estudios sobre psiconeuroinmunología, ya definitivamente integrados en la medicina comportamental.

Al mismo tiempo que se desarrolla la investigación psicobiológica sobre adaptación, la Psiquiatría sufre un cambio de orientación importante.

Tras la Guerra aumenta la necesidad de psiquiatras. El segundo experimento Northfield (Bion, Foulkes y Main), llevado a cabo en Inglaterra en 1945, estudia la *neurosis de guerra* y utiliza métodos psicosociales de tratamiento procedentes del campo psicoanalítico y de la psiquiatría (Martí Tusquets y Murcia, 1988). Mientras tanto, Maxwell Jones dirige en Londres una unidad Psicósomática ocupada por personal de las Fuerzas Armadas, y más tarde trabaja con ex-prisioneros de guerra procedentes de los campos japoneses y alemanes. El éxito de los tratamientos grupales y de las comunidades terapéuticas ponen de manifiesto la importancia de los factores psicosociales en el desarrollo y mantenimiento de la enfermedad. Estas acciones se integran en el Movimiento de Salud Comunitaria, que se instala en Europa tras la Guerra (Costa y López, 1986), y que jugará un importante papel tanto en el desarrollo de la Psiquiatría Social, como de la Psicología Comunitaria, oficialmente constituida como disciplina en la Conferencia de Swanpscott (Massachusetts), en 1965. Una y otra han contribuido considerablemente a la

promoción de la salud comunitaria y, en consecuencia, al estudio de los procesos de adaptación humana, desplazando el centro de interés de la psiquiatría y psicología clínicas al estudio de la salud en la población general.

Por otro lado, “de un enfoque puramente clínico-individual, que había estancado a la Psiquiatría frente a las demás especialidades médicas, se pasa, a partir de la Segunda Guerra Mundial, a un enfoque epidemiológico que trata de identificar las causas de los trastornos mentales en las constelaciones ambientales-sociales que contribuyen al desarrollo de la enfermedad en el individuo” (San Martín, Martín y Carrasco, 1986; p. 393).

La aplicación del método epidemiológico al estudio de las enfermedades mentales es quizá uno de los mayores logros de la psiquiatría moderna, y especialmente importante para el estudio de los procesos de adaptación, entre otras razones por su insistencia en la definición de criterios objetivos -sin conseguirlo, todo hay que decirlo-, que permitan identificar lo que debe considerarse como desadaptación, esto es, la definición del *caso psiquiátrico* .

La segunda mitad de los 60 serán años importantes para la investigación psicológica y para el estudio de la adaptación. Por un lado aparece un interés especial por la cuantificación de los acontecimientos vitales estresantes, cuyo origen es situado por la mayoría de autores en la publicación -1967- de la *Escala de Ajuste Social* de Holmes y Rahe, dando pie a una línea de trabajo

controversial, and strongly criticized, that will be expanded towards the beginning of the 80s with the inclusion of the *ajetresos diarios* (daily hassles) as external stressors susceptible of causing health disorders.

On the other hand, new theoretical models emerge that take account of individual differences in the adaptation processes. It produces, therefore, a change of perspective in the analysis of the relationship stressor-disease (model E-R), which becomes the analysis stressor-mediation-variables-disease (E-O-R). This change coincides logically in time with the relaunching of cognitive psychology, especially as a consequence of the criticisms received by the behaviorist paradigm of the first half of the century. The reclamation of "the phenomena hidden as scientifically legitimate and clinically indispensable" (Mahoney, 1983), leads to Homme (1965) to claim for the modifiers of behavior that "apply their analytical-functional skills to the *coverantes*, the operants (hidden) of the mind. This change will have a strong impact on behavior therapies -currently cognitive-behavioral-, and consequently on the treatment of adaptation problems. The main contributions of the era are fundamentally represented by Lazarus (1966) on coping, by Beck (1967) on the role of cognitive mediators in depression, or by Rotter (1966) on social learning, among others.

Paralelamente, la "línea dura" de la Psicología del Aprendizaje dará lugar, a través de los estudios sobre evitación activa, a la formulación de la teoría de la *Indefensión Aprendida*, cuyos estudios experimentales se inician también en 1966-67. El modelo de Seligman y colaboradores proponen que el concepto clave para el estudio de la adaptación es la percepción de control sobre los resultados de las propias acciones, que en 1978 se vería regulada por los estilos atribucionales individuales (Abramson, Seligman y Teasdale, 1978). En este posterior análisis incluyen algunas teorías de la Psicología Social (Heider, 1958; Rotter, 1966; Weiner, 1974), así como algunos aspectos del Aprendizaje Social Cognitivo (Bandura, 1977).

Si la psicología fisiológica y conductual se han dedicado especialmente a estudiar las relaciones entre estresores y enfermedad física, la psicología clínica y la psicología social se han ocupado preferentemente por la relación entre los cambios ambientales y sus consecuencias sobre la conducta de adaptación individual y social. Son destacables los estudios sobre privación social, aislamiento social y alienación, o la influencia de los cambios económicos, entre los que encuentra un lugar destacado el desempleo. Volveremos más adelante sobre estos temas.

De lo expuesto hasta aquí se deduce la conveniencia de diferenciar cinco enfoques de investigación en el estudio de la adaptación:

1. **Clínico-individual.** Característico de la medicina y utilizado por la Psiquiatría tradicional y la Psicología clínica.
2. **Clínico-Epidemiológico.** Especialmente ensayado por la Psiquiatría clásica y por la más recientemente constituida Psiquiatría social.
3. **Psicobiológico.** De tradición experimental, utilizado por la Medicina comportamental.
4. **Socioambiental.** Propio de la Sociología y, por extensión, de la Psicología y Psiquiatría sociales.
5. **Experimental.** Asociado a la Psicología del aprendizaje.

Obviamente no es posible revisar todas las aportaciones provenientes de estas líneas metodológicas, pero para enmarcar convenientemente nuestro trabajo merece la pena destacar algunos aspectos concernientes al concepto de adaptación utilizado en cada caso, la metodología empleada para su estudio y la comparabilidad de los resultados.



1.2.1. El método clínico-individual

La práctica clínica surge de la observación de desajustes en el funcionamiento de la estructura y/o función de un órgano, de un sistema, del organismo entero o de sus funciones vitales, y ha permitido elaborar los primeros síndromes de enfermedades a través de los síntomas presentados por los sujetos que padecen el mismo tipo de desajuste. Por ejemplo: dermatitis + diarrea + demencia = pelagra (Jenicek y Cléroux, 1984). Desde esta perspectiva, la enfermedad sería definida como un desfallecimiento de los mecanismos de adaptación del organismo, mientras que la salud sería “un estado de bienestar completo físico, psíquico y social” (OMS, 1957), o en palabras de Jenicek y Cléroux (1984) “un estado que permitiría el ajuste y el funcionamiento adecuados, considerando las condiciones internas y los factores ambientales” (p. 23).

Parece aceptarse, sin embargo, que no existe acuerdo acerca del número de dimensiones, condiciones y criterios que debe cumplir la persona “sana” (Pelechano, 1986). Algunos especialistas proponen, desde un punto de vista práctico, eliminar la noción de “salud absoluta”, o considerarla como una situación utópica, y hablar de “salud relativa”: Esta “puede definirse como un estado de salud susceptible de incluir una cierta proporción de morbilidad o de malestar, inadvertida con los medios que cuenta la comunidad para apreciar objetivamente el estado de salud de cada individuo de la población” (San Martín, 1986, p. 20). Mientras, otros investigadores

se afanan en la búsqueda y definición de indicadores que permitan llegar a conocer el estado de salud de una población: indicadores demográficos (esperanza de vida, años potenciales de vida perdidos), indicadores clínicos (morbilidad, mortalidad, letalidad), absentismo laboral, indicadores de la cualidad de las funciones anatómo-fisiológicas (capacidad y aptitud física, resistencia y adaptabilidad, incapacidad, dependencia), etc. La lista podría ser interminable. Por mi parte creo que será difícil llegar a un consenso sobre la definición de adaptación o de salud adoptando cualquiera de los dos enfoques, probablemente porque no exista un estado de salud o de adaptación objetivos sino diferentes formas de relacionarse con el medio.

Existen, en principio, tres criterios de normalidad habitualmente utilizados para medir el grado de adaptación o funcionamiento de un individuo:

1. Criterio matemático o estadístico. En función del cual un individuo será normal o estará bien adaptado siempre que presente las características de comportamiento que definen a una proporción mayoritaria de su población de referencia.
2. Criterio de referencia a una población. De acuerdo con cuyas características se define la normalidad. Si en el caso anterior la normalidad era definida por comparación con todos los sujetos de la población, aquí la comparación se establece con los sujetos sanos, es decir, con una población previamente definida como normal.

3. Operacional y lógico. Presupone la operacionalización de criterios objetivos de normalidad de acuerdo con los cuales puedan ser detectados los individuos que no presenten las características definidas. Su objetivo es la optimización de las condiciones de salud (desde un punto de vista individual, social y económico), en contraposición a la simple observación que caracteriza a los dos primeros criterios.

El método utilizado por la psiquiatría en la búsqueda de tales criterios objetivos de normalidad o adaptación, tal como ha sido perfectamente descrito por Valdés (1983), consistiría básicamente en “rastrear qué tienen en común los sujetos, además de los síntomas que comparten. Esta semejanza se busca también en el modo de vida, en el entorno, en la alimentación o en cualquier otro aspecto, pues es así como funciona la nosología: sirviéndose del empirismo intenta establecer relaciones entre fenómenos” (p. 49-50).

Así, cuando un conjunto de individuos comparte unos síntomas, y en ocasiones también una etiología, evolución, y una misma respuesta a tratamientos específicos, obtenemos un síndrome clínico que permite el diagnóstico de cualquier persona de la población en base a tales parámetros. Discutiremos en el apartado siguiente los inconvenientes de tal aproximación para el estudio de la adaptación. Por el momento baste señalar su excesiva vinculación a la práctica clínica, en base a la cual -por exclusión- se define la normalidad.

Por otro lado, el establecimiento de la nosología psiquiátrica desde finales del siglo XIX, de la mano de Kraepelin, junto al surgimiento de la psicología de las diferencias individuales, iniciada también a finales del siglo pasado con los trabajos de Galton, dará lugar al desarrollo de la teoría psicométrica de los rasgos (Sandín y Chorot, 1983).

La psicología del rasgo, entendido éste como “una tendencia a reaccionar, relativamente permanente y amplia” (Cattell, 1972, p. 18), o como “una disposición relativamente amplia y estable para comportarse de ciertos modos que se transfieren en forma relativa de unas situaciones a otras” (Buss y Poley, 1979, p.1), presenta, en palabras de Bowers (1973; cfr. Sánchez Cánovas, 1983; p. 45), las siguientes características:

- * Emplea técnicas correlacionales,
- * Sugiere que la conducta de un individuo es relativamente constante de una situación a la siguiente, y
- * Sugiere que en la misma situación, emergerán las diferencias individuales.

Obviamente no es este el lugar de exponer en detalle las características de este enfoque, tanto más si tenemos en cuenta que “la psicología de la personalidad es la disciplina, dentro de la psicología, que ha soportado mayor número de teorías ambiguas, especulativas y contradictorias” (Sandín y Chorot, 1983, p. 759).

Algunas de estas teorías se han centrado, exclusivamente en un enfoque psicométrico, en busca de unas dimensiones de personalidad “en estado puro”, olvidando que el individuo vive en permanente interacción con el medio. Paralelamente, otros investigadores han considerado que es en la fisiología donde hay que ir a buscar las bases de la conducta y las características individuales. En esta línea se situarían las tipologías de Pavlov (1927, 1935), Wenger (1948) sobre el balance autonómico, Eysenck (1959, 1970, 1981a; Eysenck y Eysenck, 1969), y Gray (1970, 1971, 1972a, 1972b, 1982).

Las duras críticas vertidas por Mischel (1973, 1976, 1977a, 1979) contra la aproximación factorialista, y a favor del situacionismo -la conducta está determinada por muchas variables que interactúan tanto en la persona como en el ambiente-, le ha llevado a reclamar un estudio de la personalidad basado en la observación directa frente al estudio psicométrico o de laboratorio (Sánchez Cánovas, 1983).

Si se analiza la evidencia empírica disponible, tanto la que procede de la propia teoría de los rasgos, como la que proviene de la psicología del aprendizaje, la conclusión de Bandura (1987; orig. 1986) parece sumamente esclarecedora:

“... Todas las personas se comportan de forma discriminativa la mayoría de las veces, con mayor tendencia a emitir una determinada forma de conducta cuando ésta resulte ventajosa que cuando no representa ninguna utilidad o pueda comportar resultados perjudiciales (p. 28).

... La conducta es más consistente a través de distintas situaciones si su

valor funcional en ellas es similar que si su finalidad varía en las mismas. Citando algunas facetas del rasgo de escurpulosidad,... si el hecho de tomar apuntes de forma esmerada hace que mejoren las calificaciones obtenidas durante el curso pero la limpieza compulsiva de la habitación quita tiempo al descanso y al estudio, encontraremos muy buenos tomadores de apuntes que tendrán la habitación desordenada... Los rasgos de conducta que mejor definen una situación probablemente sean también los patrones de conducta más útiles en la misma" (p. 29).

Si desde la psicología del aprendizaje la cuestión parece clara, probablemente los clínicos no estarían de acuerdo con esta posición. La evidencia de patrones de conducta y patrones fisiológicos similares en determinados grupos de pacientes es patente para cualquiera que se haya dedicado mínimamente a la práctica clínica.

Tomemos como ejemplo un patrón conductual que ha generado un gran volumen de investigación durante los últimos años, y que si bien no se trata de un rasgo de personalidad, ha sido considerado por numerosos autores como un patrón estable de comportamiento, susceptible de producir graves problemas para la salud de quienes lo presentan. Me refiero al patrón tipo A, al parecer sumamente desadaptativo por el riesgo asociado de trastornos cardiovasculares.

A finales de los años 50, los cardiólogos Friedman y Rosenman (1959), observaron que sus pacientes coronarios mostraban un conjunto de conductas y emociones caracterizadas por una mayor orientación hacia el trabajo, incapacidad para el ocio, dificultad para delegar funciones, necesidad de conseguir el mayor número de objetivos en el menor tiempo, agresividad, hostilidad, competitividad

e impaciencia. Este patrón comportamental, junto a otros factores clásicos como la edad, sexo, historia familiar de patología cardíaca, tabaco, obesidad, hipercolesterolemia, hipertensión e inactividad física, constituiría un riesgo para el desarrollo de patología coronaria.

Pues bien, de las revisiones consultadas sobre el tema se desprende:

1) Que la evidencia a favor del riesgo coronario en sujetos tipo A no está suficientemente demostrada.

Por citar sólo tres estudios de campo llevados a cabo con muestras numerosas, el Western Collaborative Group Study (Rosenman, Brand, Jenkins et al., 1975)¹ o el Belgian-French Pooling Project (1984), apoyan la relación patrón A-riesgo de enfermedad coronaria, encontrándose en este último trabajo una incidencia anual del 9,2/1000 de enfermedad coronaria entre el grupo con mayor puntuación tipo A, frente al 4,5/1000 en el grupo de inferior puntuación. El Multiple Risk Factor Intervention (MRFIT) (Shekelle, Hulley, Neaton et al., 1985)², por el contrario, no establece relación entre el patrón A y la incidencia de patología cardíaca (Ivancevich y Matteson, 1988).

2) Que la evidencia en favor de la existencia de un patrón de reactividad fisiológica tipo A tampoco parece confirmada.

¹ N= 3.154
seguimiento= 8,5 años
diseño doble ciego

² N= 12.700
seguimiento= 7 años

En primer lugar no ha podido confirmarse la presencia de una mayor activación fisiológica (arousal) en el patrón A (Valdés, 1983). Por otro lado, varias investigaciones han fracasado en demostrar patrones fisiológicos distintos entre sujetos A y B (Holmes, 1983; Hurrell, 1985; Krantz y Manuck, 1984; Mirtek y Greenlee, 1984). Todo lo más han encontrado una mayor dificultad para recuperar la reactividad basal ante diversas tareas experimentales en sujetos tipo A (Hart y Jamienson, 1983; Rissler, 1977; Robles, Fernández Santiago, Reyes y Vera, 1990).

Bien es cierto que numerosos investigadores han demostrado una mayor elevación de la presión sanguínea, tasa cardíaca, cortisol y catecolaminas en el patrón A frente al patrón B, en respuesta al cambio, a las demandas ambientales y a la pérdida de control personal. No obstante estos datos, algunos autores apuntan que este patrón fisiológico sería una forma de respuesta -"hot reaction"- al estrés (Elliot y Breo, 1984), con reacciones cardiovasculares extremas, y sería característica, pero no exclusiva, de los sujetos tipo A. Por tanto, esta hiperreactividad ante situaciones de estrés podría ser un mecanismo por el cual otros factores de riesgo independientes expresarían su influencia (Ivancevich y Matteson, 1988).

3) Que algunos componentes del patrón A, como la hostilidad o la ira serían más fácilmente modificables debido a su falta de utilidad para conseguir los objetivos, mientras que la velocidad, la impaciencia, o la orientación hacia el trabajo serían más difíciles de modificar por el refuerzo social que reciben (Williamns, 1984; Williams, Barefoot y Shekelle, 1985).

4) Que la conducta tipo A es valorada -y por tanto reforzada- en las sociedades industriales, especialmente interesadas en una productividad laboral que permita mantener la competitividad empresarial en unos mercados de fuerte competencia internacional.

Por lo expuesto hasta aquí, es razonable suponer que, dadas unas demandas sociales -fundamentalmente laborales, pero no exclusivamente-, de individuos con altos niveles de energía, capacidad para desarrollar múltiples proyectos y un alto sentido de la competitividad, aquellos que exhiban tales conductas serán reforzados. Ello significa que el patrón comportamental se mantendrá estable mientras posibilite el control ambiental, esto es, volviendo a las palabras de Bandura, mientras sea útil. De hecho, cuando los individuos con patrón A abordan tareas complejas, sobre las que ejercen control, obtienen un mayor rendimiento sin que su coste fisiológico sea alto (Frankenhaeuser, 1980; Lundberg, 1982).

Si nos hemos extendido en estas consideraciones es por la importancia concedida en la investigación actual al patrón A como mecanismo adaptativo. El esclarecimiento de si debe considerarse un rasgo estable, es decir, si representa un estilo de vida predisponente a la enfermedad, o si se trata de una reacción generada por una situación (Lazarus y Folkman, 1986; orig. 1984), y de los factores que la desencadenan, es importante para el estudio de la adaptación.

Varios trabajos actuales apuntan la hipótesis de la existencia de tipos de personalidad caracterizados por la predisposición a la enfermedad (Fiedman y Booth-Kewley, 1987).

Las investigaciones de Eysenck (1987), Grossarth-Maticek, Eysenck y Vetter (1987) (cfr. Eysenck, 1988), señalan la existencia de una alta correlación entre cancer y un tipo de personalidad cuyos rasgos principales serían: 1) una reacción de indefensión/desamparo ante el estrés, junto al fracaso para afrontar la situación estresante, y 2) una respuesta racional, no emocional, de represión de las emociones que generalmente suelen producirse ante acontecimientos vitales, como el miedo o la ira.

El enfoque metodológico utilizado en estas investigaciones es interesante por tratarse de estudios prospectivos, con muestras aleatorias, muy numerosas, y un seguimiento superior a 10 años.

La tipología utilizada presenta cuatro clases de personalidad³ :

Tipo 1. Baja estimulación: característica de los sujetos con predisposición a padecer cáncer (Cancer-prone type).

Tipo 2. Hiperactivación: con predisposición a sufrir trastornos cardiovasculares (heart disease-prone type).

Tipo 3. Ambivalencia: tipo intermedio (intermediate type).

³ Para una descripción de los tipos ver Eysenck, 1988; Grossarth-Maticek, Eysenck y Vetter, 1987).

Tipo 4. Autonomía personal: mayor predisposición a permanecer sanos (healthy type).

Las causas de muerte al cabo de 10 años, según el tipo de personalidad, en una de las muestras del estudio (muestra normal de Heidelberg) aparecen en la tabla 1.1.

TABLA 1.1. Muerte por cáncer y enfermedad coronaria según los distintos grupos de personalidad (muestra normal de Heidelberg).

Tipo	Causas de muerte				Total n
	<u>Supervivientes</u>	<u>Cáncer</u>	<u>Tras. Coronario</u>	<u>Otras causas</u>	
Tipo 1	78= 71, 6%	19= 17,4%	2= 1,8%	10= 9, 2%	109
Tipo 2	109= 64,1%	10= 5,9%	23= 13,5%	28=16,5%	170
Tipo 3	185= 98, 4%	0	1= 0,5%	2= 1,1%	188
Tipo 4	387= 99,0%	0	1= 0,3%	3= 0,8%	391
Sin clasificar	14	0	0	0	14
Total	773=88,6%	29=3,3%	27= 3,1%	43=4,9%	872

Fuente: Eysenck, (1988)

Los datos son evidentes pero indican la necesidad de mayor investigación en este campo, especialmente por lo que se refiere a la búsqueda de modelos explicativos de la conducta humana en su conjunto, sin olvidar las aportaciones que la psicología del aprendizaje y la metodología experimental pueden aportar en esta línea. Limitándonos a la búsqueda de correlaciones entre tipos de personalidad y susceptibilidad a la enfermedad corremos el riesgo de descubrir tantos tipos, con sus correspondientes rasgos y

excepciones, como enfermedades existan. Ello sería de tanta utilidad como lo es en estos momentos la nosología psiquiátrica.

1.2.2. El enfoque epidemiológico

El éxito conseguido por los estudios epidemiológicos en la detección de los agentes causales de las enfermedades infecciosas de carácter epidémico extendió su uso a otras ramas de la medicina, entre ellas la psiquiatría que, de acuerdo con Schwab y Schwab (1978), actualmente constituye una de las áreas más prolíficas de la investigación epidemiológica, junto al estudio de las enfermedades crónicas.

Estrechamente unida al modelo médico que la sustenta, la epidemiología psiquiátrica se ha ocupado desde sus inicios por el tema de la adaptación humana, que en numerosos estudios se ha equiparado con el concepto de salud mental. K. Menniger, por ejemplo, define esta última como “la adaptación de los hombres al mundo y a los demás con un máximo de eficacia y felicidad”, y la Federación Mundial para la Salud Mental (1962) como “un estado que permite el desarrollo óptimo, físico, intelectual y afectivo del sujeto, en la medida en que no perturba el desarrollo de sus semejantes” (cfr. Muñoz, 1980). Este tipo de definiciones, no obstante, plantea un doble inconveniente: el de su difícil operacionalización, por un lado y, por otro, corren el peligro de olvidar que el objetivo fundamental de la epidemiología es “el estudio de la distribución de una enfermedad en el espacio y en el tiempo dentro de una

determinada población, así como los factores que influyen en esa distribución” (Lilienfeld, 1957), y que tiene una doble finalidad:

- 1ª. La prevención de la enfermedad a partir del análisis de los factores etiológicos y factores de riesgo que la provocan.
- 2ª. La planificación sanitaria de acuerdo con las necesidades asistenciales de la población.

Ambos objetivos descansan sobre criterios socioeconómicos y son regidos por una ley de coste- beneficio. No es necesario destacar que cuanto más amplio sea el criterio de inclusión de los indicadores de salud, menores posibilidades tendrá el sistema sanitario, y consiguientemente la sociedad, para abarcarlo. La opción de algunos epidemiólogos parece ser la de recurrir a la operacionalización de la salud mental teniendo en cuenta los recursos terapéuticos a corto y largo plazo y la posibilidad de suministrar servicios médicos o de otro tipo (Jenicek y Cléroux, 1984). Esta solución, no obstante, restringirá considerablemente el concepto de salud mental y hará más difícil su equiparación con el de adaptación, que, en principio, tiene un carácter más general.

1.2.2.1. Salud mental, definición de caso y adaptación en los estudios epidemiológicos tradicionales.

A pesar de las dificultades prácticas para consensuar una definición amplia de salud-adaptación con unos dispositivos asistenciales limitados, la epidemiología “teórica” no ha dejado de

investigar sobre la mejor manera de conceptualizar la salud mental. La revisión de la literatura sobre la definición e identificación del “caso psiquiátrico” (caseness) permite distinguir dos enfoques, cualitativamente diferentes aunque no cronológicamente diferenciados, según se adopte un criterio restringido de salud (más cercano al modelo médico), o un criterio más amplio, con la inclusión de variables conductuales y socioambientales.

La concepción de la enfermedad mental, según el modelo médico, se apoya en la nosología psiquiátrica. Su evolución desde la época de Kraepelin se ha centrado en el estudio de los síntomas, cuya presencia o ausencia determina la existencia de un cuadro psicopatológico que permite el etiquetado diagnóstico del paciente y, presumiblemente, ayuda en la decisión de elegir un tratamiento adecuado.

La operacionalización de los criterios diagnósticos -y por tanto del caso psiquiátrico-, se basa en la utilización de clasificaciones internacionales de enfermedades: Manual de Diagnóstico y estadístico de trastornos mentales (DSM), de la Asociación Psiquiátrica Americana, en sus diferentes versiones; Clasificación Internacional de Enfermedades de la OMS (CIE), de la que van apareciendo también sucesivas revisiones; y los Criterios Diagnósticos de Investigación (RDC) (Spitzer, Endicott y Robins, 1975).

Pero ¿qué indicadores de salud-adaptación utilizan las clasificaciones internacionales?. No debe olvidarse que el origen de la nosografía psiquiátrica es la práctica hospitalaria y que, por consiguiente, el criterio de definición e identificación de caso era la propia hospitalización, que, en palabras de Muñoz (1980), “servía para establecer operativamente los límites entre normalidad y anormalidad”.

Aunque en la actualidad se incluyen otras fuentes de datos en los estudios epidemiológicos, todavía en 1980 Williams y cols. denunciaban que los conceptos de definición e identificación de caso psiquiátrico estaban aún enraizados en ideas derivadas de la psiquiatría hospitalaria y padecían de una excesiva preocupación respecto al diagnóstico y los síntomas.

El inconveniente que plantea la hospitalización, -al igual que ocurre con las consultas psiquiátricas o de medicina general-, como criterio de salud-adaptación es obvio: la práctica totalidad de la literatura epidemiológica coincide en señalar que los casos censados constituyen una pequeña parte respecto al total de patología presumible en la población general. La tabla 1.2. muestra los datos ofrecidos por Taylor y Chave (1964) acerca de la relación entre trastornos psiquiátricos y hospitalización. En la tabla 1.3. aparecen las cifras obtenidas por Helgason (1978) en un estudio sobre morbilidad y consulta psiquiátrica.

TABLA 1.2. Relación entre trastorno psiquiátrico y tipo de asistencia recibida.

Tipo de asistencia	% de los sujetos censados
Ingresado en un centro psiquiátrico.....	0,19
Recibe tratamiento psiquiátrico ambulatorio.....	0,44
Es tratado de problemas psiquiátricos por médicos generales.....	8,1
Tiene síntomas neuróticos pero no recibe tratamiento por ellos.....	33

Fuente: Muñoz y Crespo (1980), según datos originales de Chave y Taylor (1964).

TABLA 1.3. Relación entre morbilidad (% de la población) y consulta psiquiátrica.

Diagnóstico	<u>HOMBRES</u>		<u>MUJERES</u>	
	Censados	Consultan al psiquiatra	Censados	Consultan al psiquiatra
Psicóticos	3,86	1,86	6,34	4,14
Neuróticos	9,50	3,92	18,04	6,90
Alcoh. y toxic.	8,98	2,20	0,89	0,59
TOTAL	22,34	7,98	25,27	11,63

Fuente: Helgason (1978).

Los datos son contundentes respecto a la ineficacia de considerar a la persona hospitalizada, o que consulta al médico, como caso psiquiátrico con el que comparar a la población general. Suele admitirse que, además de los casos de psicóticos, deficientes y neuróticos graves, existe un 50% de la población con algún trastorno psiquiátrico (Muñoz, 1980); que la enfermedad psiquiátrica en la comunidad está mayoritariamente representada por trastornos

afectivos “menores” (Shepherd, 1978), que difícilmente llegan a la consulta psiquiátrica; y que sólo un 1-2% de la población utiliza algún servicio psiquiátrico, cuando cerca del 20% padece síntomas severos que requerirían tratamiento inmediato (Escobar, 1982).

Aun así, autores tan prestigiosos como Wing (1980a), insisten en señalar la necesidad de utilizar definiciones basadas únicamente en la práctica clínica, excluyendo los elementos sociales (disminución en el estatus o grado de insatisfacción personal, por ejemplo).

Si las cifras de prevalencia global -número de enfermos que existen en una población en un momento dado-, se sitúan alrededor del 18-20% con la utilización de un criterio de salud-enfermedad tan restringido como el propuesto por Wing (basado exclusivamente en los síntomas), la opción de integrar variables socioambientales en la definición de caso dispara las cifras de prevalencia hasta el 50% encontrado en el estudio de D. Leighton y cols. (1963), en el Condado de Stirling (Canadá). Según sus resultados sólo el 17% de la población restante estaría mentalmente sana (ningún tipo de trastorno) (A. Leighton, 1979), mientras alrededor del 30% serían casos dudosos. Se contabilizaban como casos psiquiátricos aquellos en los que existía una perturbación: a) de la actividad profesional, b) en el cumplimiento de los deberes familiares y c) en el ejercicio de los roles sociales. La amplitud de estos criterios, así como su difícil operacionalización, justifica los resultados hallados tanto en Canadá como en Nigeria.

Las diferencias entre los estudios clásicos más representativos son muy acusadas, oscilando desde un 9% de prevalencia total para el estudio de Mayer-Gross (1948) en el Reino Unido hasta los resultados del Midtown Manhattan Study (Srole y cols., 1962), donde se concluye que sólo el 19% de la población está mentalmente sana (ausencia total de patología, sin contabilizar los casos dudosos). La tabla 1.4. muestra las cifras de prevalencia obtenidas en estudios epidemiológicos anteriores a 1980, fecha de publicación del DSM III.

TABLA 1.4. Cifras de prevalencia para diferentes estudios epidemiológicos entre 1950 y 1980 (fecha de publicación del DSM III).

Autor	Lugar del estudio	Prevalencia total (%)
Bremer (1951)	Noruega (rural)	23,20
Essen-Möller (1956)	Suecia (rural)	13,60
Pasamanic (1959)	USA (urbano)	10,90
Srole y cols. (1962)	USA (urbano)	23,40
A. Leighton (1963)	Africa (rural)	40,00
	(urbano)	45,00
D.C. Leighton (1963)	Canadá (rural)	50,00
Helgason (1964)	Islandia (rural)	28,60
Nielsen (1964)	Dinamarca (Isla de Samsø)	27,80
Taylor y Chave (1964)	Reino Unido (urbano)	33,00
Hare y Shaw (1965)	Reino Unido (urbano)	20,60
Hagnell (1966)	Suecia (rural)	15,60
Ruiz y Cols. (1967)	Chile (nivel socioeconómico bajo)	30,00
Piotrowsky y cols. (1968)	Polonia (urbano)	18,00
Mariategui (1970)	Perú (urbano)	18,70
Myers y cols. (1971)	New Haven (USA)	16,00
Hegalsen (1974)	Islandia	19,40
Vaisanen (1975)	Finlandia	28,40
Tarnopolsky (1976)	Argentina (urbano)	35,20
Hegalsen (1978)	Islandia	16,90
Muñoz (1978)	España (rural)	28,80
	(urbano)	27,50

Fuente: Escobar (1982), Hegalsen y Ásmundsson (1980), Muñoz (1980), y Seva Diaz (1982).

¿A qué se deben estas diferencias en las cifras de prevalencia?

Ya hemos indicado que a partir de 1980 se produce una mayor homogeneidad en los datos presentados por diferentes investigadores, como consecuencia de la utilización de las clasificaciones internacionales. La tabla 1.5. muestra varias de las causas de discrepancia en los resultados obtenidos hasta esa fecha, algunas de las cuales continúan vigentes en la actualidad.

Parece evidente que -dejando a un lado las diferencias transculturales-, las causas del desacuerdo son básicamente metodológicas. Lo cierto es que se han hecho considerables esfuerzos por establecer sistemas válidos y fiables de clasificación de enfermedades mentales. La aparición de propuestas multiaxiales como el DSM III, DSM III revisado (1987), o la nueva versión del capítulo V(F) de la ICD-9 (OMS, 1990)⁴, y la computerización de los instrumentos diagnósticos, han aumentado notablemente la fiabilidad en las investigaciones. Sin embargo, todo el avance metodológico se ha hecho a expensas de un trabajo conceptual concerniente a la validez del procedimiento utilizado y, en definitiva, a la definición de salud mental.

⁴ Junto a la nueva versión ICD-10 se está trabajando en instrumentos de valoración diagnóstica orientados a esta clasificación internacional: SCAN-interview (Schedules for Clinical Assessment in Neuropsychiatry (Wing, Babor et al., 1990); CIDI (Composite International Diagnostic Interview), y el IPDE (International Personality Disorder Examination), todos ellos de carácter internacional.

TABLA 1.5. Causas de discrepancia respecto a la prevalencia global de enfermedades psiquiátricas en los estudios de comunidades.

-
- Ausencia de criterios diagnósticos
 - Procedimiento de recogida de datos, según un modelo clínico o sociológico⁵
 - Instrumentos de medida⁶
 - Formación de los psiquiatras⁷
 - Nivel sociocultural de las poblaciones (Leff, 1977)
 - Evolución de los criterios clínicos⁸
-

⁵ El enfoque médico, con su excesiva confianza en el entrenamiento psiquiátrico y la práctica clínica para la recogida de datos y elaboración de un diagnóstico, presenta el inconveniente de limitarse a la identificación y contaje de síndromes bien conocidos dejando al margen una serie de problemas mucho más amplios presentados por la población general (A. Leighton, 1979).

⁶ Bjarnar y cols. (1975), estudiando la morbilidad psiquiátrica de la población de Berlevag (Noruega), detecta un 37,3% de patología mediante cuestionarios de salud, y un 20% mediante entrevista clínica. Tal como han señalado Dohrenwend y Dohrenwend (1969), en la entrevista psiquiátrica se produce una tendencia a percibir los síntomas descritos por el sujeto como una reacción normal a la situación personal o social, mientras que los cuestionarios valoran exclusivamente los síntomas y no las situaciones que las producen. La tendencia actual en los estudios epidemiológicos es a la homogeneización de un procedimiento en tres fases con instrumentos estandarizados (Seva Diaz, 1982):

- 1º. Instrumento de "screening" (o despistaje) que identifique las personas afectadas dentro de una determinada población.
- 2º. Los sujetos sospechosos de padecer algún trastorno son sometidos a una entrevista estructurada.
- 3º. Entrevista estandarizada de carácter psicosocial que detecta factores ambientales, corresponsables del trastorno psíquico padecido.

⁷ Son ya clásicos los estudios de Beck y cols. (1962), Katz y cols. (1969), Sandifer, Pettus y Quade (1964), Temerlin (1968), Timbury y Mowbray (1964), Willis y Bannister (1965), sobre la escasa concordancia de los diagnósticos psiquiátricos. En un trabajo de Cooper y cols. (1972) se demostraba como los psiquiatras americanos diagnosticaban de esquizofrenia lo que en un hospital londinense clasificaban como psicosis afectivas. Este panorama, sin embargo ha variado sensiblemente con la utilización de las clasificaciones multiaxiales tipo DSM III. Respecto a la esquizofrenia, por ejemplo, la OMS (1976), Tsuang (1981) o Helmes (1983), demuestran un alto número de acuerdos en los diagnósticos psiquiátricos, aunque el problema dista mucho de estar solucionado.

⁸ Se han ampliado considerablemente los criterios de admisión en la definición de caso. Mientras la media de prevalencia para los estudios epidemiológicos anteriores a 1950 era del 12% (Stromgen, 1950), la media actual se sitúa entorno al 18% (Dohrenwend, 1975)-20% (Leighton, 1979). Blum (1978), en un estudio sobre 2000 diagnósticos psiquiátricos de un mismo hospital en 1954, 1964 y 1974, observa la discrepancia diagnóstica ante síntomas similares en función de la época histórica en que se lleva a cabo la exploración (Cfr. Bayés, 1979).

1.2.2.2. Propuestas de diferenciación entre enfermedad mental y trastorno adaptativo.

El problema radicaría, según Leighton (1979), en abordar el tema desde una única aproximación metodológica. Debería considerarse que la manifestación de los diferentes trastornos mentales es múltiple atendiendo 1) a la forma clínica de presentarse, 2) al origen (interaccionando factores de tipo genético, traumático, infeccioso, degenerativo, psicológico, sociológico y cultural), 3) a la duración, 4) al grado de disfunción que pueden causar, 5) a su prevalencia entre la población, 6) a las repercusiones sobre las condiciones sociales, y 7) a la posibilidad de tratamiento.

La evidencia de estas diferencias ha llevado a algunos autores, durante la década de los ochenta, a señalar que “numerosos trastornos vistos en la comunidad son esencialmente reacciones transitorias al estrés, muy distintas en naturaleza, por ejemplo, de la enfermedad depresiva clásica” (Bebbington, Hurry y Tennant, 1980). Estos autores deducen la existencia de dos tipos de trastornos mentales, uno de los cuales sería explicado por la teoría de que la desintegración social crea un ambiente en el cual la vida para el individuo es frustrante, amenazante, imprevisible, incontrolable y carente de significado. En este contexto se forman los síndromes de ansiedad, depresión y trastornos de conducta (Leighton, 1979). Esta afirmación estaría en clara concordancia con los estudios sobre acontecimientos vitales estresantes, los modelos experimentales de la depresión o los modelos cognitivos sobre afrontamiento.

Lo que queda sin explicar es en dónde se sitúa la línea divisoria entre los trastornos de adaptación, esto es, de origen psicosocial, y aquellos que presuntamente no lo son. Tal como apuntaba anteriormente, la solución de distinguir entre los que llegan a consulta psiquiátrica (in-patients) y la población general (out-patients) (Wing, 1980b), no parece una solución satisfactoria como criterio clasificatorio⁹. La propuesta de diferenciación entre trastorno adaptativo y enfermedad mental, por tanto, procede exclusivamente de la constatación clínica de que ambos tipos de problemas son distintos, tanto en severidad como en naturaleza. Los datos empíricos, no obstante -como los suministrados por el diferente comportamiento de los marcadores biológicos en diversos tipos de pacientes-, distan de ser concluyentes.

Los estudios epidemiológicos actuales, sin embargo, siguen esta tendencia¹⁰ de considerar como “casos” aquellos cuadros que son comparables a los pacientes identificados en la práctica clínica, la cual se utiliza como criterio de validación. El resto de la población general continuaría presentando depresión, ansiedad, preocupación por la salud, irritabilidad e insomnio (Shepherd, 1977), formando parte de un área que cabría situar entre la “neurosis” y la normalidad

⁹ Tal como señalan Williams, Tarnopolsky y Hand (1980), llegar a ser un paciente es el resultado de una compleja cadena de acontecimientos: a) la naturaleza de la sintomatología, b) formas alternativas de apoyo disponibles, c) clase social, d) sistema de valores de la comunidad, e) disponibilidad de facilidades de tratamiento, f) economía y g) deseo de aceptar el papel de paciente (p. 103).

¹⁰ Entre los objetivos generales del programa ECA, uno de los más importantes estudios epidemiológicos actuales por su extensión (Escobar, 1982), se encuentra el de “estimar la verdadera incidencia y prevalencia de enfermedades mentales específicas de acuerdo a esquemas diagnósticos contemporáneos” (p. 170). Y no debemos olvidar que el DSM III utiliza como criterio diagnóstico la presencia o ausencia de un acontecimiento vital previo al desarrollo de la sintomatología para clasificar diferentes cuadros psicopatológicos.

(Williams y col., 1980). Algunos autores la han designado como “neurosis subclínica” (Taylor y Chave, 1964), “distimia” (Foulds y Bedford, 1975), o simplemente “tensión nerviosa” (Wing, 1976), mientras otros llegan a proponer que la distinta naturaleza de los trastornos de uno y otro grupo aconsejan su tratamiento por distinto tipo de especialistas (Leighton, 1979). Aun cuando semejante planteamiento sea más pragmático de cara a una planificación sanitaria limitada, y basada en la elección de prioridades, no se puede estar de acuerdo con este análisis, por cuanto su principal limitación es que deja sin solucionar la definición de salud mental, o lo que es lo mismo, de adaptación.

Merece la pena destacar el esfuerzo de algunos investigadores por operacionalizar la adaptación con criterios conductuales. Kanfer y Saslow apuntaban ya en 1965 y 1969 la necesidad de utilizar clasificaciones conductuales en lugar de las tradicionales clasificaciones de síntomas en los estudios de comunidades, mientras Leighton (1967,1979), propone la sustitución de los síntomas por las “conductas de interés psiquiátrico” (BPIs)¹¹. La pérdida de apetito -que puede presentarse sola o en conjunción con otras BPIs, formando el cuadro clínico de la depresión- sería un ejemplo de este tipo de conductas, así como el temblor, insomnio, palpitaciones, etc. Según el autor “las BPIs pueden considerarse como un conjunto de unidades básicas sobre las que se forman los síndromes conocidos, tal como los elementos de una escala musical se combinan formando melodías. Sería interesante descubrir bajo qué circunstancias aparecen y desaparecen las BPIs, cómo se

¹¹ Behaviors of Psychiatric Interest

combinan con otras y el grado en que pueden ser tratadas con independencia del contexto sindrómico” (p. 240). Los trabajos en esta línea, sin embargo, son muy escasos y prácticamente sin continuidad.

1.2.3. El enfoque psicobiológico

Al hablar de enfoque psicobiológico nos estamos refiriendo en realidad al vasto conjunto de investigaciones que habitualmente se engloban bajo la rúbrica de estrés y salud, que definen el estrés en términos de respuestas fisiológicas específicas y que abordan la explicación de la enfermedad como fracaso adaptativo del organismo ante los cambios y demandas ambientales, equiparando, en cierta manera, los términos de salud y adaptación. Sus orígenes son eminentemente biológicos, ya que no debe olvidarse que primero Cannon (1932), y más tarde Selye (1936), conceptualizaron el estrés como una perturbación de la homeostasis del organismo que provoca una reacción fisiológica tendente a recuperar el equilibrio interno.

Este enfoque centra su análisis en la relación entre factores ambientales y alteración de los procesos regulatorios fisiológicos que desencadenan la enfermedad, y sigue una tradición claramente experimental, por lo menos en su inicio. Las ventajas del control metodológico sobre la presentación de estímulos y sobre el estudio de los distintos sistemas de respuesta en el laboratorio animal tienen, como contrapartida, un alto coste: no será hasta finales de los 60

-en parte como consecuencia de la Guerra del Vietnam-, cuando el interés se desplazará hacia los estudios realizados en el medio natural (Cooper y Crown, 1988). Ello facilitará la aparición de modelos cognitivo-mediacionales que intentarán explicar el papel desempeñado por el individuo en la percepción de los estímulos ambientales y en la evaluación de sus recursos para afrontarlos.

Los primeros trabajos de Selye sobre el "Síndrome General de Adaptación" (1936, 1946) generaron una gran cantidad de investigación que aún prosigue en nuestros días, pero provocaron, al mismo tiempo, una confusión importante en el estudio del tema. La incapacidad de los investigadores para definir el término estrés con alguna precisión ha sido reconocida en la práctica totalidad de la literatura existente (Fernández Castro, 1988; Valdés y Flores, 1985; Zales, 1985). Este problema parece tener su causa en la conceptualización propuesta por el propio Selye: en 1946 se refería al estrés como estímulo externo que provoca alarma en el individuo, mientras que, en 1950, el estrés era una condición interna del organismo que podía ser considerada como una reacción o respuesta ante los estímulos amenazantes, que entonces recibieron el nombre de "estresores". Consciente de los problemas metodológicos planteados, en 1975 propone que el término "estresor" sea utilizado para referirse a los estímulos aversivos, provocadores de una "respuesta de estrés" que define como reacción biológica no específica (Renner y Birren, 1980).

La indefinición del término¹² no ha impedido, sin embargo, el desarrollo de interesantes líneas de investigación, entre las que merecen destacarse el estudio de las úlceras gastrointestinales - actualmente en declive-, los trastornos cardiovasculares, el cáncer o, más recientemente, la psiconeuroinmunología.

1.2.3.1. Trastornos Gastrointestinales

Tradicionalmente se ha venido considerando que las úlceras gastrointestinales estaban fuertemente influidas por factores comportamentales y emocionales, y han sido tomadas como modelo de enfermedad causada por el estrés socioambiental (Weiss, 1983).

Si bien el estado actual de conocimientos cuestionan la importancia de los estresores psicosociales en el desarrollo de las

¹² El hecho de que la investigación se haya desarrollado al margen de la definición conceptual de estrés plantea la duda de si tal concepto es necesario, o siquiera útil. Habida cuenta de la existencia de unos estímulos ambientales definidos, unos mediadores cognitivos y neurofisiológicos y una reacción de los sistemas nervioso, endocrino, inmunitario y del eje conductual, no queda demasiado sitio para el estrés. El problema radicaría en llegar a conocer qué mecanismos fisiológicos o cognitivos están implicados en la relación individuo-medio, y no en apelar a una instancia superior de carácter organizativo, utilizada por algunos autores (Lazarus y Folkman, 1986) "para entender un amplio grupo de fenómenos de gran importancia en la adaptación humana y animal". Nuestra postura estaría más cerca de la de Ader (1980), tal como es citada en el ya clásico libro de Lazarus y Folkman (1986, p. 35):

"Para nuestros propósitos [...] hay pocos valores heurísticos en el concepto de "estrés". La palabra ha acabado por utilizarse (implícitamente por lo menos) como una explicación dada a estados psicofisiológicos alterados. Dado que hechos experimentales distintos tienen efectos conductuales y fisiológicos distintos, que dependen de la estimulación a que el individuo sea expuesto y de la respuesta que el experimentador quiera medir, la etiqueta inclusiva "estrés" contribuye poco al análisis de los mecanismos que pueden subyacer a/o determinar la respuesta del organismo. De hecho, tal etiquetado, descriptivo más que explicativo, puede impedir actualmente los avances conceptuales y empíricos por su asunción implícita de una equivalencia de estímulos, favoreciendo la búsqueda reduccionista de explicaciones sencillas de causa única".

úlceras¹³, no cabe duda de que su estudio ha contribuido a la elaboración de una metodología de investigación que ha posibilitado el aislamiento de algunos factores clave para el estudio de la adaptación.

De acuerdo con Weiss (1983), tres factores se han mostrado particularmente importantes en el desarrollo de lesiones gastrointestinales:

- * La exposición a situaciones de conflicto (Weiss, 1971)¹⁴.
- * La predicción de la situación de estrés (Seligman, 1968; Weiss, 1968 b; 1970).
- * El control de la situación de estrés (Brady et al., 1958; Gliner, 1972 ; Weiss, 1968 a).

En la mayor parte de los animales expuestos a diversas condiciones experimentales, en que el estrés era producido por descarga eléctrica, la variabilidad encontrada en las lesiones era atribuible a las diferencias en el control y predictibilidad de la descarga, y escasamente a la presencia o ausencia de ésta. Ello

¹³ Aun cuando continúa aceptándose que los estímulos psicosociales pueden exacerbar o activar una úlcera (Cobb y Rose, por ejemplo, constatan una mayor incidencia de la enfermedad entre los controladores de tráfico aéreo), su importancia no se considera tan decisiva como en años anteriores. Bunney, Shapiro, Ader et al. (1982) indican más de 20 factores individuales involucrados en alterar el riesgo de úlcera péptica, desde los de origen genético como el grupo sanguíneo (Johnson, 1965) o la hipersecrección de pepsinógeno (Ader, 1963; Weiner et al., 1957), hasta los conductuales.

La identificación de la bacteria *Helicobacter Pylori* por Marshall y Warren en 1983, presente en el 70-80% de los individuos con gastritis crónica-tipo B, y en el 75-95% de los que padecen úlcera duodenal, añade un nuevo dato al esclarecimiento de las causas de la enfermedad (La Vanguardia, 15 de marzo de 1991. Suplemento Medicina y Calidad de Vida, p.3), aunque ello no impide considerar la posibilidad que los factores psicológicos intervengan en la actividad de tal bacteria una vez dentro del huesped.

¹⁴ Figuran entre paréntesis las fechas de los experimentos críticos citados por Weiss para apoyar su argumentación.

pondría de manifiesto, una vez más, que el efecto patógeno del estímulo dependerá de las condiciones a las que se asocie.

La controversia suscitada por las discrepancias en los resultados obtenidos por las ratas de Weiss (lesiones gástricas en los animales control y no en los ejecutores), respecto a los monos ejecutores de Brady et al. (lesiones en los ejecutores), en la tarea de interrupción de descargas eléctricas, dieron pie a un aumento del interés por el papel que desempeñaban el control y la predictibilidad sobre la salud y la conducta adaptativa. Los experimentos de Corley et al. (1975), muy semejantes en procedimiento a los de Brady, demuestran que los monos ejecutores -con posibilidad de interrumpir el shock-, presentaban menor deterioro en su salud que los controles uncidos, los cuales recibían el mismo tratamiento pero sin poder emitir respuestas que acabaran con el estímulo aversivo. Cinco de los seis controles sufrieron bradicardia intensa y parada ventricular por uno de los seis ejecutores, pero no aparecieron lesiones gástrointestinales.

La explicación de Schneiderman (1978) a los resultados obtenidos por Corley y cols., vendría dada por el patrón fisiológico que se pone en marcha cuando un animal aprende a anticipar una situación de evitación. En estos casos se produce una activación parasimpática y una disminución de la actividad simpática, que se corresponde con las situaciones de fallo cardiaco súbito (cfr. Valdés, 1983).

El estudio sistemático de estos patrones fisiológicos, propios de las situaciones estresantes, ha desplazado el interés de los investigadores del estudio de las úlceras hacia los trastornos cardiovasculares y su reactividad al estrés.

1.2.3.2. Trastornos cardiovasculares

Este interés ha permitido conocer con aceptable precisión los mecanismos biológicos implicados en el desarrollo de la enfermedad coronaria (Krantz y Manuck, 1984; Schneiderman, 1983), llegándose a proponer incluso la utilización de la reactividad fisiológica al estrés como un marcador biológico del riesgo de sufrir patología cardíaca. Esta pretensión parece apoyarse en las diferencias de reactividad encontradas entre sujetos tipo A y tipo B ante situaciones cambiantes o estresantes. Los individuos con patrón A manifiestan mayores incrementos en presión sanguínea, tasa cardíaca, catecolaminas y cortisol (Wright, Contrada y Glass, 1985). La revisión de la literatura, sin embargo, proporciona una evidencia moderada al respecto: Krantz et al. (1986) señalan la existencia de importantes diferencias en reactividad provocada por diversas tareas y situaciones, sin olvidar la mediación que los factores psicológicos ejercen en la respuesta al estrés.

Como sea que las alteraciones psicofisiológicas producidas por las tareas experimentales suelen ser transitorias, mientras que la enfermedad cardiovascular sigue una evolución progresiva, han

aumentado considerablemente los estudios relacionados con situaciones de estrés crónico, tales como las condiciones laborales o la vida familiar.

En una revisión sobre el tema, Krantz y Raisen (1988) presentan algunos datos que merece la pena comentar. Al margen de los resultados epidemiológicos, que sitúan una mayor incidencia de trastornos cardiovasculares entre personas de bajo estatus socioeconómico, y de la influencia ejercida por la variable "apoyo social" sobre el riesgo de padecer dicha enfermedad, estos autores señalan un hecho que interesa destacar: en los estudios sobre estrés ocupacional se observa que una alta demanda laboral, combinada con un bajo nivel de control del trabajo, constituyen un factor de riesgo importante para el desarrollo de enfermedad coronaria. La base empírica a esta afirmación la ofrecen los trabajos llevados a cabo por Karaseck y su equipo en Estados Unidos y Suecia, que han dado como resultado la propuesta del modelo "demanda-control"¹⁵.

La puesta a prueba de dicho modelo por LaCroix y Haynes (1986) en el estudio Framingham corrobora efectivamente la importancia que la percepción de control sobre el trabajo ejerce en el riesgo de padecer cardiopatía isquémica. Cerca de 900 personas de mediana edad fueron sometidas a un seguimiento de 10 años con el fin de evaluar el desarrollo de enfermedad coronaria. Se utilizaron como medidas independientes las características de la ocupación y medidas de autoinforme sobre la percepción subjetiva de tensión laboral. El riesgo de desarrollar la enfermedad era entre una y dos

¹⁵ Karaseck et al., 1981, 1982; Karaseck y Gardell, 1984.

veces mayor en los sujetos cuyas ocupaciones exigían mayor tensión; y entre 3 y 5 veces mayor (sólo en el caso de las mujeres), si se utilizaban las medidas de percepción subjetiva. Es decir, aquellas que percibían sus trabajos como de alta tensión corrían un riesgo de 3 a 5 veces superior de padecer la enfermedad. Aunque quedan sin resolver algunas cuestiones como las diferencias sexuales en la percepción de la tensión laboral, parece confirmarse el papel del control sobre la adaptación.

Aun a riesgo de extenderme en exceso, el ya clásico trabajo de Frankenhaeuser (1979), por ejemplo, estaría en línea con estos resultados. La secreción urinaria de catecolaminas y la sensación de malestar (“distress”), fueron mayores entre los obreros de una cadena de montaje cuyo ritmo de trabajo era controlado por una máquina frente a aquellos que autocontrolaban sus propias actividades. Los experimentos con animales, como los llevados a cabo con macacos en la escuela de medicina Bowman-Gray¹⁶, confirman también que los efectos de los estresores psicosociales sobre los trastornos cardiovasculares dependen de las demandas recibidas por el individuo y de la percepción-interpretación que hace de ellas.

1.2.3.3. Estrés e inmunidad

Aun cuando el campo de la psiconeuroinmunología es relativamente reciente (Ader y Cohen, 1985), ha generado un creciente número de trabajos y publicaciones. Podrían citarse, al menos, tres líneas de investigación importantes:

¹⁶ Manuck, Kaplan y Matthews (1986).

a) El estudio de las relaciones entre sistema nervioso central y sistema inmunitario, así como el análisis de las estructuras bioquímicas y fisiológicas que las sustentan.

b) La constatación, en base a dicha interrelación cerebro-sistema inmunitario de que los factores psicosociales alteran la función inmunitaria en un doble sentido de inmunosupresión e inmunocompetencia. De hecho, un mismo estresor puede tener efectos diferenciales sobre un mismo parámetro de la reactividad inmunológica (Ader y Cohen, 1985).

c) La permeabilidad del sistema inmunitario a procesos de condicionamiento, lo que ha permitido trabajar con la hipótesis de la posibilidad de intervención sobre la respuesta inmunitaria, con efectos importantes en la promoción de la salud. De hecho, la medicina córtico-visceral ya había demostrado tal posibilidad en los años 20 (Metalnikov y Chorine, 1926, 1928; Nicolau y Antinescu-Dimitriu, 1929; cfr. Bayés, 1989).

En lo que respecta al análisis de los procesos de adaptación, nos interesa especialmente hacer referencia al segundo punto. Parece firmemente establecido que la exposición a estímulos presumiblemente estresantes produce alteraciones en la función inmunitaria, aunque queda por dilucidar en qué dirección. Los trabajos de Glaser, Kiecolt-Glaser y sus colaboradores, en la Universidad de Ohio, abordan los cambios de la respuesta inmunitaria como consecuencia de la exposición de los sujetos a

situaciones de examen, divorcio/separación, o entre personas que han de hacerse cargo de familiares afectados por una enfermedad crónica como la demencia de Alzheimer. Sus resultados indican efectos inmunosupresores de la acción de los estresores psicosociales (para una revisión ver Kennedy, Kiecolt-Glaser y Glaser, 1988).

La variable crítica en estos estudios parece ser la alteración de las relaciones interpersonales y la soledad. En todos los casos descritos se produce una restricción de las actividades usuales, así como de las interacciones con amigos y contactos sociales habituales.

Otra variable relevante hallada en los estudios sobre estrés e inmunidad es la capacidad de ejercer algún control sobre la estimulación estresora. Los trabajos de Coe y Levine (1990); Laudenslager, Ryan, Drugan, Hyson y Maier (1983); Persinger, Carrey, Lafreniere y Mazzuchin (1978); o Shavit y Martin (1987), indican que la imposibilidad de controlar o escapar de la estimulación estresante (descarga eléctrica), produce una disminución constatable de la actividad linfocitaria. Los animales uncidos, que recibían la misma cantidad de estimulación eléctrica, en las mismas condiciones que los primeros, pero que podían escapar del estresor, no mostraban tal supresión de la reactividad inmunitaria. El desarrollo de tumores en las ratas se ha visto facilitado igualmente por la aplicación de descargas eléctricas inescapables (Sklar y Anisman, 1980; Visintainer et al., 1983).

Shavit, Lewis, Terman, Gale y Liebeskind (1984), por su parte, demostraron que únicamente los shocks incontrolables de carácter intermitente suprimían la actividad citotóxica de las células "Natural Killer" (especializadas en destruir células del cuerpo que han sido invadidas por organismos extraños, así como células que se han vuelto cancerosas), mientras que el shock continuo no provocaba el mismo efecto, apuntando así hacia una posible influencia de la impredecibilidad del estímulo como variable relevante.

De ninguna forma los datos disponibles permiten concluir que los estresores psicosociales constituyan la causa de la reacción inmunitaria. De hecho, tal relación de causalidad no ha sido establecida por el momento¹⁷. En todo caso, los datos parecen indicar la existencia de una relación mediada por variables cognitivas como la percepción de control, a la que ya nos hemos referido (Coe y Levine, 1990; Maier et al., 1985; Peterson y Stunkard, 1989;). En esta línea, un reciente trabajo de Wiedefeld et al. (1990), ha puesto de manifiesto el impacto que la manipulación experimental de la autoeficacia percibida sobre el control de los estresores puede ejercer sobre los componentes del sistema inmunitario.

En una reciente revisión sobre estrés, emoción y función inmunitaria en humanos (O'Leary, 1990) llega a las conclusiones que se presentan en la tabla 1.6.:

¹⁷ Un ejemplo de tal acción lo tenemos en los resultados obtenidos por Markham et al. (1986). Según su estudio el virus de inmunodeficiencia humana tiene mayores posibilidades de replicación en presencia de hormonas como los corticoides y la hidrocortisona, cuya secreción puede ser propiciada por el estrés (Bayés y Arranz, 1988).

TABLA 1.6. Estrés y función inmunitaria.

Estimulación estresante	Consecuencias
Estrés agudo	"En algunos estudios el número de linfocitos aumenta mientras en otros disminuye. En los casos en que ha sido evaluada, la capacidad funcional de las células inmunitarias tiende a reducirse. Los estresores agudos están asociados probablemente con la activación tanto del sistema simpático como del sistema adrenocortical. Los efectos inmunológicos diferenciales de ambos sistemas explicarían la diversidad de los resultados encontrados" (p. 367).
Estrés crónico	"Los escasos datos disponibles en relación a los efectos del estrés crónico sobre la inmunidad no demuestran la existencia de adaptación o compensación por parte del sistema inmunitario. El estrés prolongado puede derivar en inmunosupresión prolongada, cuyas consecuencias pueden ser severas. Es necesaria una mayor investigación en esta área" (p. 368).
Estrés producido por ruptura social	"Con pocas excepciones, la ruptura social y la soledad parecen estar asociadas con el deterioro de la función inmunitaria" (p. 369).

Fuente: Adaptado de O'Leary, (1990).

La mayoría de investigadores apuntan a la intervención del estrés como factor de riesgo -dentro de un modelo multidimensional-, que potenciaría la inmunodepresión, aumentando la vulnerabilidad del organismo a la enfermedad (Bayés y Arranz, 1988).

Ader y Cohen (1985) concluyen que la revisión de la literatura acerca de los efectos del estrés sobre la función inmunitaria apunta a la influencia de los siguientes factores:

- a) La cualidad y cantidad (intensidad, frecuencia y duración) de la estimulación estresora y la posibilidad de recursos de afrontamiento de las demandas ambientales.
- b) La cualidad y cantidad de la estimulación inmunogénica.
- c) La relación temporal entre la estimulación estresora y la estimulación inmunogénica.
- d) Los parámetros de la reactividad inmunológica y el momento en que se toman las medidas.
- e) Las condiciones sociales (alojamiento) y ambientales (temperatura, hora del día), sobre las que se produce la estimulación estresora e inmunogénica.
- f) Una variedad de factores propios del huésped, tales como la especie, edad, género, y estado nutricional, y
- g) La interacción entre las diversas variables.” (p. 380).

Creo que los ejemplos expuestos hasta aquí bastarán para constatar la evolución sufrida por las investigaciones sobre estrés y salud, y por extensión el estudio de la adaptación.

Si la primera etapa de los trabajos de Selye estaba marcada por la concepción de que diferentes tipos de estresores provocaban siempre el mismo patrón fisiológico de respuesta, no específico -alarma, resistencia y agotamiento-, se pasa posteriormente a la constatación de la especificidad de la respuesta ante diversos estresores ambientales. La inconsistencia y contradicción de los resultados experimentales en el estudio de los patrones fisiológicos de respuesta, que ya hemos constatado más arriba, ha provocado duras críticas por parte de algunos investigadores:

“A pesar de la extensa investigación sobre la respuesta fisiológica a varios estresores psicológicos y sociales, es profunda nuestra ignorancia

acerca de la manera en que son mediados por el cerebro porque hemos fracasado en describir detalladamente los acontecimientos externos responsables de los cambios internos. Cuando ese análisis preciso se haya llevado a cabo, estaremos en condiciones de identificar el circuito neural que conecta el receptor con los canales cerebrales de salida que regulan la función corporal y la acción. Podremos entender también cómo se modifica la respuesta y cómo, bajo otras circunstancias, los cambios fisiológicos pueden producir enfermedad" (Weiner, 1985, p. 30).

Como resultado de este descontento, la etapa actual se caracteriza por el intento de respuesta a una pregunta lógica: ¿qué factores determinan y condicionan esa especificidad de la respuesta en función de la especificidad del estímulo, del organismo y del medio con el que interactúa? Las hipótesis de trabajo que se manejan en estos momentos se refieren fundamentalmente:

a) A las características del estresor, entroncando con la investigación sobre acontecimientos vitales estresantes y ajetreos diarios.

b) A las diferencias individuales en relación a las características de personalidad y a la evaluación cognitiva de las demandas ambientales y de los recursos para afrontarlas.

c) Al aprendizaje

d) A las características del medio, especialmente en lo concerniente a la influencia de la variable "apoyo social".

Nos ocupamos de estos aspectos en otros apartados de este capítulo; por el momento, baste apuntar la confluencia de los diversos enfoques presentados en relación al estudio de la adaptación.

1.2.4. El enfoque socio-ambiental

Si desde la perspectiva clínica y psicobiológica se centra el análisis de la adaptación en el individuo -síntomas, características de personalidad, patrones de reactividad fisiológica-, el enfoque socio-ambiental presta una mayor atención a las características del estímulo. El desajuste individual estaría causado -desde esta perspectiva- por la cantidad y cualidad de la estimulación a que se ve sometido el sujeto.

Obvio decir que ello no conlleva el abandono de factores explicativos mediacionales en la reacción al estímulo, pero el análisis recae, fundamentalmente, sobre este último. Igualmente, esto no quiere decir que los enfoques clínico y psicobiológico no se ocupen de los estímulos ambientales como determinantes en el proceso adaptativo, pero está claro que tradicionalmente han puesto mayor énfasis en los factores personales de la adaptación.

La influencia de las variables socioambientales sobre el ajuste social del individuo ha interesado desde antiguo tanto a la psiquiatría, como a la sociología y a la antropología cultural.

Muñoz (1980 a) cita un estudio de Burrows (1820) sobre el aumento de admisiones en los hospitales psiquiátricos entre 1775-1819, como consecuencia de la crisis económica sufrida en Inglaterra por la pérdida de las cosechas en 1800; y otro de Tuke (1878) en el que se plantea la posibilidad de que las enfermedades mentales

sean producto de la civilización, a juzgar por el hecho de su rareza en las sociedades primitivas y de su menor frecuencia en el medio rural que en el medio urbano industrializado. Posteriormente, los estudios epidemiológicos fueron confirmando la desigual distribución de las patologías en función de variables geográficas, demográficas, diferencias culturales o momento histórico (Brenner, 1979; Dohrenwend y Dohrenwend, 1974 a, 1974 b, 1981; Leff, 1977), tanto en lo que se refiere a los trastornos denominados mentales como a las enfermedades físicas (Murphy y Brown, 1980). En la misma dirección han apuntado también la antropología cultural y la etnopsiquiatría (Benedict, Mead, Kardiner, Malinowsky, etc.), resaltando el papel de la cultura y, por tanto, de los condicionamientos sociales.

El interés de la sociología por la adaptación tiene su origen en el estudio de la influencia ejercida por la estructura y organización social sobre el comportamiento individual, cuyos inicios suelen situarse en los trabajos sobre anomía y alienación que parten de la filosofía hegeliana y se consolidan en las investigaciones de Durkheim y Merton. El término de anomía ha sido conceptualizado desde la óptica sociológica como una ruptura de la estructura cultural, con la consiguiente ausencia de normas o de fuerzas reguladoras dentro de la sociedad que puede afectar a la toma de decisiones y al comportamiento de sus miembros. La ausencia de normas y valores sociales sobre la conducta individual provoca un desequilibrio personal que desemboca en la desadaptación (Parsons, 1949). La incongruencia entre los objetivos individuales y

las oportunidades socialmente institucionalizadas para conseguirlos, puede producir también la desorganización personal (Merton, 1968). De otro lado, el estado subjetivo resultante de la disconformidad con las normas sociales ha sido conceptualizado, igualmente, por la psicología social como estado anómico -ansiedad, falta de confianza, hostilidad, inflexibilidad, desorientación y capacidad cognitiva disminuida (McClosky y Schaar, 1965).

Durkheim pensaba que la economía influía sobre el bienestar a través de su impacto en la cohesión social. Tal como han apuntado Dooley y Catalano (1988) “los cambios rápidos, deseables o indeseables, reducirían la cohesión social, y llevarían a un incremento de la anomía, alienación, distrés y, finalmente, suicidio” (p. 2).

El impacto de los cambios económicos sobre la salud y la adaptación ha recibido considerable atención en la literatura (Brenner, 1985; Cahill, 1983; Dooley, 1984; Kasl, 1982), coincidiendo especialmente con épocas de crisis económicas importantes: la Gran Depresión de los años 30 (Eisenberg y Lazarsfeld, 1938, revisan más de cien trabajos sobre el tema; ver también Kelvin y Jarrett, 1985); la crisis del petróleo de comienzos de los 70; o la recesión de 1981-82, que ha dado un nuevo impulso a la investigación actual sobre el desempleo, -una de las consecuencias de las crisis económicas con mayor repercusión sobre la adaptación.

El consenso sobre la influencia de los cambios económicos en la salud y la adaptación es general, tanto si se aborda desde una óptica econométrica (Brenner, 1973, 1976, 1985), desde un análisis epidemiológico (Dew, Bromet y Schulberg, 1987; Kessler, Turner y House, 1988, 1989; Marti Tusquets y Tsiolakoglou, 1987), o mediante el uso de descripciones cualitativas de grupos sociales sometidos a fuertes presiones económicas, como por ejemplo la pérdida de empleo (Bostyn y Wright, 1987; Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel, 1972)¹⁸.

La influencia de las variables socioambientales sobre la adaptación ha sido también destacada desde otras perspectivas de investigación, como los estudios sobre privación materna, estrés laboral y familiar, catástrofes naturales y desastres producidos por el hombre, consecuencias de la guerra, situaciones de pérdida o separación, exámenes, etc. (Weiner, 1985; para una excelente revisión sobre los cambios adaptativos provocados por distintas variables socioambientales).

Ya hemos visto que a partir de la Segunda Guerra Mundial todas estas variables pasaron a integrarse bajo el concepto de

¹⁸ A pesar de todos los datos disponibles, los investigadores continúan enfrentados a un importante problema metodológico: la falta de acuerdo sobre la definición de salud mental. En 1958 Marie Jahoda recibía un encargo de la OMS para intentar definir los criterios de salud mental positiva (Jahoda, 1980). Los criterios propuestos fueron seis: 1) Actitud hacia uno mismo, 2) Desarrollo personal, 3) Integración de 1 y 2, 4) Autonomía, 5) Percepción de la realidad y, 6) Control ambiental.

Al mismo tiempo señalaba la necesidad de reconocer que la salud y la enfermedad no son condiciones que puedan definirse sobre la base de la ausencia de una u otra, sino que hay grados de salud mental como hay grados de enfermedad, y que ambos conceptos deben mantenerse aparte porque un bajo nivel de salud mental no implica necesariamente enfermedad mental, aunque pueda ser así (citado por Jahoda, 1988).

“estrés” y este “se convirtió en sinónimo de cualquier acontecimiento, experiencia, cambio o tarea a la que un sujeto podía verse expuesto en su vida diaria, y también como una explicación de la enfermedad” (Weiner, 1985, p.29), perdiendo su significado original, estrictamente fisiológico.

Durante esta época -desde la Guerra hasta mediados de los 70-, tanto las investigaciones epidemiológicas como los estudios clínicos se centraron en demostrar la relación entre las variables ambientales y la enfermedad. Los trabajos de Holmes y Rahe (1967) y Rahe y Holmes (1968) introdujeron una nueva posibilidad de investigación en este campo, al permitir la cuantificación de los estímulos o situaciones ambientales a que un individuo se veía sometido. Su trabajo parte del análisis de más de 5.000 historias clínicas de enfermos somáticos, de las que seleccionaron los acontecimientos (life events) que aparecían con mayor frecuencia en los periodos anteriores al inicio de la enfermedad. Estos sucesos fueron recogidos en una escala de ajuste social en tanto que “representaban una modificación importante en la vida del individuo y exigían del mismo una respuesta adaptativa... Se intentaba valorar, pues, el esfuerzo que una persona debe realizar para adecuar su conducta a una circunstancia vital que, en un momento determinado, aparecía en su existencia” (Castillón, Campo et al., 1983).

Probablemente el interés suscitado por el estudio de los acontecimientos vitales estresantes haya sido mayor que los resultados conseguidos. En una revisión sobre el tema Rabkin y

Struening (1976) informan que tan sólo el 9% de la varianza de la salud "física" podría ser explicada por los sucesos vitales (cfr. Kessler, Price y Wortman, 1985); y que, en la mayoría de estudios, los coeficientes de correlación se sitúan por debajo de .30 (Monroe, Inhoff, Wise y Harris 1983). A la misma conclusión se llega si se analiza el poder predictivo de los acontecimientos vitales sobre la salud "mental" (Thoits, 1983)¹⁹.

¿A qué obedece la debilidad de estos resultados? La literatura al respecto es unánime: no se puede generalizar al hablar de acontecimientos estresantes, ni debe suponerse que todos los organismos son iguales. Por tanto fue preciso, a partir de la segunda mitad de los 70, especificar qué características de la situación eran relevantes para producir un desajuste en el individuo, así como las características de vulnerabilidad individual ante el estímulo.

En referencia a la situación, suelen citarse como especialmente importantes los siguientes factores (Kessler, Price y Wortman, 1985; Monroe, Inhoff, Wise y Harris, 1983; Thoits, 1983):

- a) cambio o grado de modificación o alteración que significa el suceso en la vida del individuo,
- b) su deseabilidad,
- c) controlabilidad, d) predictibilidad, y
- e) amenaza a largo término

¹⁹ Maddi y Puccetti (1987) rechazan estas afirmaciones y sostienen que ha quedado suficientemente probada la relación entre acontecimientos vitales estresantes y salud, tanto en los estudios retrospectivos como en investigaciones prospectivas, citando como ejemplo a Kobasa et al., (1982).

En relación a las variables que determinan las diferencias individuales en reactividad al estrés, esto es, en vulnerabilidad, suelen considerarse generalmente el apoyo social, los procesos de afrontamiento y las características de personalidad y constitucionales^{20, 21}.

En 1981, Kanner, Coyne, Shaefer y Lazarus proponen un cambio de orientación en la investigación sobre acontecimientos vitales, desplazando el interés hacia los ajetreos diarios de carácter estresante²². Estos últimos parecen tener una mayor incidencia sobre la salud y la adaptación que los sucesos vitales, aunque los resultados encontrados hasta el momento no son concluyentes (Grant, Patterson, Olshen y Yager, 1987; Weinberger, Hiner y Tierney, 1987).

²⁰ La personalidad ya ha sido tratada en el punto 1.2.1., y nos referiremos al afrontamiento en un apartado posterior. Por lo que respecta al apoyo social pueden consultarse las revisiones de Cassel (1974); Cohen y Syme (1985); Coyne y Delongis (1986); Ganster y Victor (1988); Gottlieb (1981, 1983, 1985); Steinglass (1988); Thoits (1982, 1986).

²¹ González de Rivera y cols., en nuestro país, han desarrollado un índice de reactividad que pretende medir las pautas habituales del individuo en su respuesta a los factores externos de estrés (González de Rivera, 1989). Esta reactividad individual -medida a través de respuestas emocionales, cognitivas, conductuales y vegetativas-, "modula el efecto de los sucesos vitales, permitiendo un índice bajo de reactividad al estrés afrontar un acúmulo elevado de sucesos vitales, sin aumento de la predisposición a enfermar. Inversamente, un índice de reactividad elevado reduce las capacidades de adaptación del individuo, permitiendo que un acúmulo menor de sucesos vitales actúe de manera inespecífica aumentando la susceptibilidad a enfermar" (González de Rivera, Morera y Monterrey, 1989, p. 43).

²² La traducción castellana que mejor parece adaptarse al sentido del término inglés "daily Hassless" sería la de ajetreos diarios (Lazarus y Fólkman, 1986), por cuanto "hassle" se refiere a una dificultad que requiere esfuerzo y lucha (Oxford Advanced Learner's Dictionary, 1974), mientras que "disgustos diarios" (Raich, Fernández Castro, Crespo y Colmenero, 1990), tiene connotaciones de pasividad por parte del sujeto, y "cabreos diarios" (Reig, Ribera y Caruana, 1990) sería sinónimo de enfadar o enojar, con connotaciones negativas.

A juzgar por los resultados disponibles actualmente sobre el efecto de las variables socioambientales en la adaptación, parece obvia la necesidad de una mayor especificación de las características de los estímulos que requieren una respuesta adaptativa por parte del organismo. La inclusión de cualquier acontecimiento bajo la rúbrica de estrés no ha favorecido mucho el avance de este campo de investigación. Se impone pues la clasificación de las situaciones en función de la respuesta adaptativa exigida y de sus consecuencias a largo término (Weiner, 1985).

1.2.5. El enfoque experimental

El análisis experimental del comportamiento ha estado vinculado a la psicología del aprendizaje desde sus orígenes a principios de siglo. Los trabajos de Pavlov y, muy especialmente, de Watson constituirán los cimientos de una escuela que se edificará 1) sobre el aprendizaje como proceso básico a investigar, y 2) sobre la experimentación como método de análisis.

Ya hemos comentado al inicio de este capítulo que el aprendizaje es un proceso adaptativo por cuanto permite al organismo conocer las circunstancias ambientales (estímulos), ante las cuales la emisión de unas determinadas respuestas le proporcionarán un control eficiente sobre el medio.

Dos son las líneas principales con que la psicología del aprendizaje ha contribuido al estudio de la adaptación: los procesos de condicionamiento y el análisis experimental de los trastornos adaptativos, en el que se basan las terapias conductuales.

1.2.5.1. Los procesos de condicionamiento.

Tradicionalmente los modelos de condicionamiento habían considerado que el mecanismo básico de aprendizaje era la ASOCIACIÓN, mediante contigüidad temporal estímulo condicionado (EC)-estímulo incondicionado (EI), en el modelo Pavloviano -a través de la cual EC se convertía en sustituto o equivalente de EI provocando también la respuesta condicionada-; o bien, mediante la relación de contingencia respuesta-estímulo reforzador, en el modelo instrumental.

El principio de contigüidad temporal como mecanismo explicativo del condicionamiento fue cuestionado hacia mediados de los 60, pasando a considerarse el aprendizaje “en términos de estructuras internas en las que de alguna forma se representan tanto las relaciones observadas entre distintos elementos del ambiente, como las características de los elementos mismos que intervienen en la relación” (Aguado, 1983, p.13).

Las razones de este cambio hay que buscarlas en la evidencia experimental proporcionada por los trabajos de Kamin sobre

bloqueo (1968,1969), y las aportaciones teóricas de Rescorla (1967,1968)²³. Rescorla propuso centrar el interés de la investigación en el valor informativo o predictivo que adquiere el EC acerca de los hechos que le siguen, esto es, del EI. Por tanto, un factor determinante del condicionamiento será la relación de contingencia que se establezca entre EC y EI. De esta forma, se producirá aprendizaje cuando EC proporcione información nueva acerca de EI. Así, a medida que aumente la correlación entre EC y EI, se incrementará el aprendizaje. Si la correlación es 0, es decir, cuando EC y EI se presentan aleatoriamente, EC no será un buen predictor de EI y no se producirá condicionamiento. Esta relación de contingencia entre ambos estímulos es condición indispensable para la formación de una expectativa de estímulo (Tarpy, 1986; orig. 1975).

Las aportaciones de Rescorla, y más tarde de Rescorla y Wagner (1972), supusieron la inclusión del procesamiento de la información en la psicología del aprendizaje, acabando con la hegemonía de la conducta observable como único elemento de análisis:

²³ En el procedimiento de bloqueo, cuando un elemento (A), de un estímulo condicionado compuesto (AX), ha sido asociado inicialmente con el estímulo incondicionado, el posterior apareamiento AX-EI no consigue que el elemento X adquiera control sobre la respuesta condicionada, como se demuestra en la tercera fase al probar que el estímulo X solo, en ausencia de A, no provoca RC.

Fase 1	Fase 2	Fase 3
EC1(A)-EI	EC1(A) + EC2(X)-EI	EC2 No controla RC

Se pone en evidencia de este modo que la proximidad temporal EC-EI no es suficiente para explicar el condicionamiento.

“Ahora se cree que los mecanismos cognitivos son importantes determinantes de lo que un organismo hace y aprende” (Pearce, 1984, p. 1139), como lo demuestra la introducción de la atención (Mackintosh, 1975; Pearce y Hall, 1980) y la memoria (Wagner, 1978), en la explicación del condicionamiento.

En la misma línea, el modelo instrumental ha ido aceptando progresivamente que el principio fundamental en el aprendizaje de respuestas no es el reforzamiento, sino la formación de anticipaciones o expectativas condicionadas (Aguado, 1983). Cuanto mayor sea la relación de contingencia respuesta resultado, “más intensa será la expectativa de respuesta y más potente el condicionamiento instrumental” (Tarpy, 1986, p. 56), aunque esa expectativa de respuesta puede establecerse al margen del reforzamiento, como sucede, por ejemplo, en el procedimiento de automoldeamiento (Brown y Jenkins, 1968)²⁴.

El aprendizaje de expectativas de respuesta no ha recibido mucha atención en los estudios de condicionamiento, aunque algunos experimentos (Bolles, Holtz, Dunn y Hill, 1980), confirman la formación de éstas durante el condicionamiento instrumental. Para Mackintosh (1988):

“La asociación entre una respuesta instrumental y un reforzador se debería ver como una expectativa o una proposición acerca de ciertas relaciones, que, cuando se combinan con otras premisas, se pueden utilizar para derivar instrucciones a fin de ejecutar o de retener esa

²⁴ En el automoldeamiento la respuesta operante (por ejemplo picotear un disco) se instaura a través de un procedimiento pavloviano de apareamiento EC (disco iluminado) con EI (aparición de un grano de comida), sin que sea necesaria la contingencia respuesta-reforzamiento para el establecimiento de la respuesta.

respuesta. La exposición de una contingencia positiva entre las presiones de palanca y la comida establecerá una asociación entre ellas, o una proposición de que las presiones de palanca producen comida; si la rata tiene hambre, y la comida es agradable, esta premisa se combinará con otra premisa de que la comida hay que buscarla; a partir de estas dos premisas se puede derivar la instrucción de accionar la palanca. El inconveniente obvio de esta explicación es que no parece ofrecer un "mecanismo" para la acción, o al menos no el tipo de mecanismo con el que la teoría del aprendizaje está familiarizada. No obstante quizás el problema sea que la teoría del aprendizaje se ha contentado con un punto de vista demasiado restringido de los mecanismos posibles. En todo caso, la ventaja más obvia de esta explicación es su flexibilidad...(p. 98).

La actuación instrumental es, por tanto, la consecuencia de una instrucción que se infiere de una asociación, en lugar de ser provocada directamente por una asociación... ; el condicionamiento instrumental requiere que el organismo utilice la información comprendida en ciertas asociaciones con objeto de alcanzar unas conclusiones" (p. 99).

Tanto los experimentos de irrelevancia aprendida (Mackintosh, 1973), como de indefensión aprendida (Seligman, 1981), muestran que la correlación 0 entre EC-EI, o entre la respuesta y sus consecuencias, afecta negativamente al condicionamiento a través de la formación de expectativas de no contingencia futura. Tal como explica Bandura (1987), "las consecuencias de la respuesta aportan información sobre la probabilidad de que al emitir determinadas conductas aparezcan determinados resultados..." (p. 33).

Este reconocimiento de la psicología experimental al papel de las expectativas como mediador cognitivo determinante del comportamiento de los individuos ha sido importante para el estudio de la adaptación. Numerosas teorías (Bandura 1977, 1987; Bolles 1972,1975; Irwin 1971; Rotter 1966; Seligman, 1981), destacan la

formación de expectativas de control como mediador fundamental del aprendizaje y la adaptación:

“ En la medida que el individuo piense que puede prevenir, terminar o disminuir la gravedad de los acontecimientos aversivos, dejará de tener razones para temerlos. Sin embargo, si se consideran incapaces de controlar adecuadamente las posibles amenazas, tendrán poderosas razones para temerlas” (Bandura, 1987, p. 466).

Por esta razón las técnicas de modificación de conducta de los trastornos adaptativos se han demostrado tan eficaces en la práctica clínica, en tanto que proporcionan experiencias de dominio de la situación y contribuyen a la formación de expectativas de autoeficacia (Bandura, 1987).

1.2.5.2. Análisis experimental de los trastornos adaptativos

Suelen citarse los trabajos de Watson y Rayner (1920) y Jones (1924) como los primeros estudios en analizar la conducta desadaptada desde la perspectiva de la psicología del aprendizaje (Marks, 1986; orig. 1981), aunque, en realidad, fue Yerofeeva (1912, 1916) la primera en demostrar la posibilidad de condicionamiento en los trastornos de conducta (Guillamón, 1984). En cualquier caso sí podemos atribuir a Watson la idea de que estos trastornos son aprendidos y, por tanto, pueden eliminarse mediante técnicas de descondicionamiento, contracondicionamiento y reaprendizaje, basadas en procedimientos experimentales (Fernández Castro, 1983; Marks, 1986).

Las investigaciones de la escuela rusa sobre neurosis experimentales según el modelo pavloviano (Krasnogorski, 1925, en humanos; Petrova, 1924,1926; Shenger-Krestovnikova, 1921), fueron continuadas en Estados Unidos por diversos autores como Lidell (1944, 1956); Gantt (1944) o Masserman (1943), y en Sudáfrica por Wolpe (1952,1958), uno de los puntos geográficos en que se sitúa el nacimiento de la terapia de conducta (Cruz, 1984)²⁵

Aunque esta línea de trabajo tiene una larga tradición en la psicología experimental, cuyo referente más reciente es el análisis de la depresión a través del modelo de indefensión aprendida (Seligman, 1981; orig. 1975), lo cierto es que durante los últimos años han aparecido numerosas críticas a esta concepción de la adaptación-desadaptación en términos de aprendizajes adquiridos:

- * La psicología no ha conseguido “demostrar que las neurosis sean causadas por un condicionamiento o por un aprendizaje desadaptador” (Marks, 1986, p. 31). (Una revisión reciente sobre las bases teóricas de la terapia de conducta puede encontrarse en Eysenck, 1981b; y Eysenck y Martin, 1987; Reiss y Bootzin, 1985).
- * El éxito de las técnicas de modificación de conducta “no demuestra la conexión de las ideas sobre sus causas” (Marks, 1986, p. 31).
- * “Existen amplias variaciones ante las diversas especies en su capacidad para aprender respuestas instrumentales” (Marks, 1986, p. 34), condicionadas por una preparación biológica (preparedness) (Seligman, 1971, 1972), que provoca una condicionabilidad diferencial ante ciertos estímulos en cada especie: García y Koëlling (1966), sobre aversión adquirida al sabor; Öhman, Eriksson y Lofberg (1975) y Öhman, Dimberg y Öst (1985), sobre adquisición de fobias en humanos; o Mineka, Davidson et al. (1984), sobre condicionamiento observacional de fobias en monos.

²⁵ Para una revisión en castellano de las aportaciones de esta época, consultar Cosnier (1975), Guillamón (1984), o Thomas y DeWald (1983; orig. 1977).

* Los modelos experimentales presentan insuficiencias importantes en la explicación de las manifestaciones clínicas (Abramson y Seligman, 1983; Orig. 1977). Por citar un ejemplo, los estudios sobre indefensión aprendida no han reproducido las características principales de la depresión grave en humanos: anhedonia, insomnio, anorexia, culpa, conductas e ideas de suicidio y cambios duraderos en el estado de ánimo (Echeburúa y de Corral, 1990).

No creo necesario extenderme más acerca de la insuficiencia actual de los modelos de condicionamiento en la explicación de las conductas desadaptadas, puesto que existen buenas revisiones al respecto (Fernández Castro, 1986; Echeburúa y de Corral, 1990).

1.2.6. Recapitulación

Si, a efectos expositivos, hemos segmentado las estrategias utilizadas en el estudio de la adaptación, no cabe duda de que los cinco enfoques analizados han ido confluyendo progresivamente hasta la formulación de modelos integradores, previos al establecimiento de teorías generales sobre adaptación. Distinguiría cuatro etapas en este proceso:

* 1945-1965: Constatación de la existencia de relaciones entre las variables socioambientales y enfermedad.

Destacan las siguientes características:

--- Tendencia a agrupar todas las variables socioambientales bajo la rúbrica del estrés, con igual efecto sobre la adaptación individual.

--- Presunción de igualdad ante el estrés: todos los sujetos son igualmente susceptibles de desarrollar trastornos adaptativos si son expuestos a estímulos ambientales aversivos. Appley y Trumbull (1986) han criticado justamente los trabajos pioneros de Selye por haber considerado que las reacciones de las personas al estrés eran uniformes.

* 1966-1974: Caracterizada por una mayor importancia de los estudios realizados en medios naturales, por la introducción de modelos cognitivos como el de Brehm (1966), Lazarus (1966), Rotter (1966), Seligman y Maier (1967), Weiner (1974), o por la incorporación de los acontecimientos vitales estresantes (Holmes y Rahe, 1967), presenta las siguientes aportaciones:

--- Consideración de la variabilidad individual en la explicación de la conducta adaptativa: no todos los sujetos presentan la misma vulnerabilidad los estímulos socioambientales. La forma en que los individuos responden a los cambios externos empezarán a considerarse durante esta época en función de la personalidad, constitución, percepciones y contexto en el que se produce el estresor (Hobfoll, 1989).

--- Protagonismo de los modelos explicativos cognitivo-mediacionales.

--- Continúa sin hacerse una distinción clara entre los efectos diferenciales de las variables ambientales sobre determinadas respuestas (Eisdorfer, 1985).

- * 1974-inicios de los años 80: Se trata de una etapa fundamentalmente crítica y de revisión.

Las críticas a los trabajos sobre indefensión aprendida, iniciadas a partir de las investigaciones de Hiroto con humanos (1974); las de Roth y Bootzin (1974); Roth y Kubal (1975); Tennen y Eller (1977), sobre los efectos de "facilitación" de la exposición a acontecimientos incontrolables; la introducción de variables atribucionales (Dweck, 1975), como el lugar de control (Hiroto, 1974); o el solapamiento encontrado entre los déficits motivacional y cognitivo en numerosas investigaciones (Alloy y Abramson, 1979; Alloy y Seligman, 1979; Costello, 1978) y, en general, la evidencia experimental de las insuficiencias del modelo animal propuesto a mediados de los 60 para explicar la indefensión humana²⁶, dió pie a la reformulación de la teoría en 1978 (Abramson, Seligman y Teasdale).

Aparecieron también multitud de nuevas propuestas, como el modelo integrador de Wortman y Brehm (1975), en un intento de conjugar las diferencias existentes entre la teoría de la reactancia psicológica (Brehm, 1966) y el modelo de la IA (Seligman, 1975); el modelo de Klinger (1975, 1977), según el cual, ante situaciones aversivas, en las que está en juego algún objetivo particular, el individuo reacciona con un incremento del esfuerzo para conseguirlo, que se transforma en rabia y frustración, agresividad y, finalmente depresión, en caso de no conseguirlo; o la teoría de Shontz (1975), de reacción ante las crisis (Para una completa revisión de estos modelos, consultar Silver y Wortman, 1980).

²⁶ Es numerosa la evidencia empírica de la época acerca de las insuficiencias del primer modelo de la IA: Blaney, 1977; Buchwald, Coyne y Cole, 1978; Golin y Terrell, 1977; Miller y Norman, 1979; Wortman y Brehm, 1975, etc.; así como la propuesta de explicaciones alternativas a la formulación inicial: biológicas (Weiss y Glazer, 1975; Weiss et al., 1976); basadas en la psicología del aprendizaje (Anisman et al., 1978), sobre inactividad aprendida; o cognitivas (Frankel y Snyder, 1978, sobre protección de la autoestima).

Abundan también las críticas durante este periodo a los estudios sobre acontecimientos vitales estresantes, referidas, muy especialmente, a los aspectos metodológicos de la investigación (Brown y Harris, 1978; Dohrenwend, Krasnoff, Askenasy y Dohrenwend, 1978; para una revisión, consultar Rabkin y Struening, 1976; Sarason, de Monchaux y Hunt, 1975; Tausig, 1982; Wershaw y Reinhart, 1974).

* Inicios de los 80- inicios de los 90: Es, básicamente, una etapa de sistematización y reformulación en lo que se refiere al estudio de la conducta adaptativa.

--- Sistematización de las variables ambientales: no todos los estímulos tienen los mismos efectos. Probablemente, además, muchos de los que se han utilizado en investigación experimental no son demasiado frecuentes y no ayudan al estudio de la adaptación.

--- Sistematización de las respuestas: empieza a estudiarse sistemáticamente la especificidad de la respuesta ante diversos tipos de estímulos, y la interconexión de los distintos ejes adaptativos (cognitivo, conductual, neurológico, inmunológico y endocrino).

--- Sistematización de los mediadores E-R: progresivamente, las investigaciones van controlando parámetros como la deseabilidad del estímulo, el cambio que representa para el sujeto, el apoyo social, etc.; y los procesos cognitivos internos: percepción de control, expectativas, atribuciones, etc.

Finalmente, y sin ánimo de hacer predicciones, quedan por resolver aún en la década de los 90 algunos aspectos que nos gustaría destacar:

--- La especificidad del componente mediacional ante distintas condiciones estímulares.

--- La variabilidad individual en la categorización de los estímulos y en la evaluación cognitiva de los mismos.

1.3. PERSPECTIVAS ACTUALES EN LA INVESTIGACIÓN DE LA CONDUCTA ADAPTATIVA

Nos hemos referido al periodo actual como una etapa de sistematización y reformulación en el estudio de la adaptación. Y, efectivamente, las insuficiencias de los distintos enfoques de investigación presentados en la primera parte de este capítulo han dado lugar a la aparición de nuevos modelos explicativos, centrados, fundamentalmente, en el individuo como agente directo del proceso adaptativo, y en los que las variables mediacionales desempeñan una función importante.

Dado que estos modelos son bien conocidos, y han generado abundantes trabajos de investigación, nos limitaremos a exponer aquí los aspectos más destacables de aquéllos que han servido de base para el análisis y la explicación de los comportamientos de búsqueda de empleo. Nos ocuparemos, por tanto, brevemente, del modelo de afrontamiento, tal como ha sido expuesto por Lazarus y

Folkman (1984); la teoría social cognitiva de Bandura; la teoría de la indefensión aprendida, en su formulación de 1975 (Seligman) y la reformulación de 1978 (Abramson, Seligman y Teasdale); la teoría de la atribución, y la teoría de la expectativa-valencia (Feather).

Esta exposición nos servirá de base para analizar, en el tercer capítulo, las investigaciones llevadas a cabo en el ámbito del desempleo y la búsqueda de trabajo, que basan su fundamentación teórica en alguno de estos cinco modelos.

1.3.1. El modelo de afrontamiento de Lazarus y Folkman

El concepto de afrontamiento constituye la pieza principal de la teoría cognitivo-transaccional del estrés propuesta por Lazarus y sus colaboradores (Lazarus, 1966; Lazarus y Folkman, 1984), y el elemento central de la investigación actual sobre estrés (Endler y Parker, 1990)²⁷.

²⁷ Tal como señalan Kessler, Price y Wortman (1985), desde una perspectiva histórica, el concepto de afrontamiento tiene su origen en una concepción psicoanalítica de defensa inconsciente de los conflictos internos (Freud, 1946). Posteriormente, el interés por el impacto de los acontecimientos vitales estresantes - como antes señalábamos, a partir de la Segunda Guerra Mundial-, determinó una mayor atención hacia el afrontamiento de los estresores externos. Lazarus y sus colaboradores (Lazarus, 1966; Lazarus, 1981; Lazarus y Alfert, 1964; Lazarus, Averill y Opton, 1974;) destacaron el papel de la evaluación cognitiva en la determinación de las respuestas al estrés, las respuestas emocionales y los esfuerzos de afrontamiento. El concepto ha sido utilizado también por los teóricos del aprendizaje social como Bandura (1977), o Mischel (1977b), para indicar el proceso de interacción recíproca entre la persona y el ambiente; y por los terapeutas de conducta con orientación cognitiva, para destacar el papel de los procesos cognitivos en el cambio terapéutico.

Existe una considerable controversia sobre la forma de conceptualizar y medir el afrontamiento. Para una revisión crítica pueden consultarse los trabajos de Carver et al. (1989), Endler y Parker (1990), Haan (1977), Hobfoll (1989), Lazarus y Launier (1978), Lipowski (1970), Moos y Billings (1982)

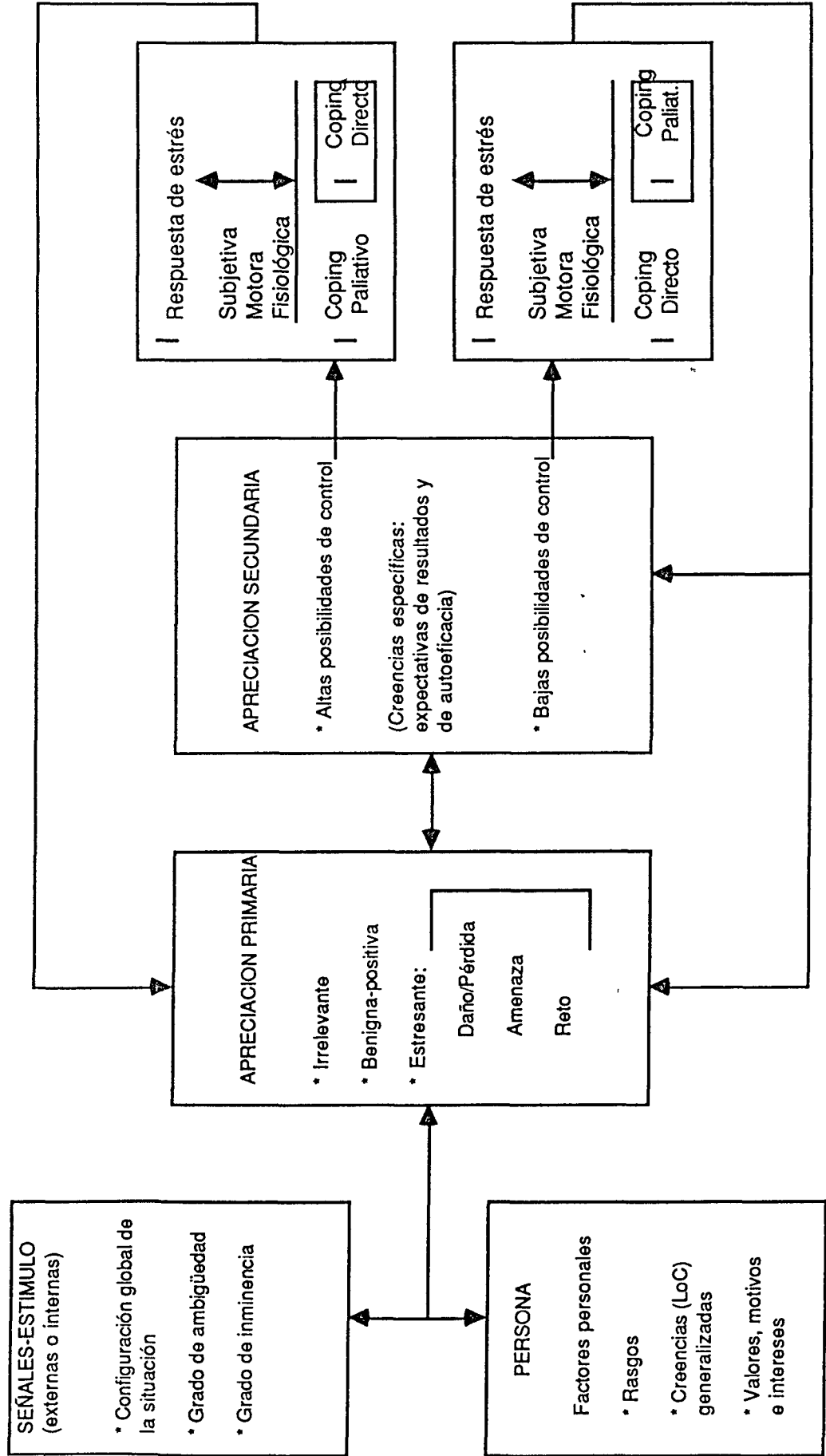
El afrontamiento es considerado como un factor estabilizador que ayuda a los individuos a mantener la adaptación psicosocial frente a situaciones estresantes (Holahan y Moos, 1987), y ha sido definido, de forma amplia y general, como “cualquier tipo de esfuerzo dirigido a manejar el estrés” (Cohen y Lazarus, 1979; p. 220), o en forma más precisa como “aquéllos esfuerzos cognitivos y conductuales, constantemente cambiantes, que se desarrollan para manejar las demandas específicas externas y/o internas que son evaluadas como excedentes o desbordantes de los recursos de individuo” (Lazarus y Folkman, 1986; orig. 1984; p. 164)²⁸ .

El esquema 1.1. resume el proceso de afrontamiento según la teoría de Lazarus y Folkman (1984).

Básicamente el modelo contempla la existencia de unos determinantes contextuales y personales, a partir de los cuales se produce una apreciación primaria del estímulo, dirigida a evaluar sus repercusiones sobre el individuo. Paralelamente se produce también una evaluación secundaria, cuyo objetivo es valorar los recursos personales (habilidades de resolución de problemas, habilidades interpersonales, autoestima positiva, etc), o sociales (disponibilidad de redes de apoyo social), para hacer frente a la situación. La evaluación de los recursos disponibles condicionará las estrategias de afrontamiento, así como las respuestas emocionales del individuo.

²⁸ Es interesante destacar la conceptualización del afrontamiento en la teoría de Lazarus como conjunto de esfuerzos o conductas intencionadas, excluyendo las respuestas automáticas o reflexivas (Compas, 1987; Lazarus y Folkman, 1984).

ESQUEMA 1.1. El proceso de afrontamiento. (Villamarín, 1987).



Aunque existen numerosas formas de clasificar las estrategias de afrontamiento, como han señalado Moos y Billings (1982), suele distinguirse habitualmente entre estrategias dirigidas al problema (esfuerzos para modificar el origen del estrés) y estrategias dirigidas a la emoción (intento de regular el malestar emocional causado por el estresor), si bien ambas no son mutuamente excluyentes.

El modelo resulta atractivo en tanto que ofrece una amplia descripción de los procesos de afrontamiento, pero, "como el propio Lazarus reconoce, su trabajo representa más una taxonomía de las posibles reacciones ante crisis vitales que un modelo formal" (Lazarus y Launier, 1978; cfr. Silver y Wortman, 1980). Como modelo carece de poder predictivo acerca de la conducta que previsiblemente desarrollará un individuo frente a una determinada situación. Tal como han señalado acertadamente Silver y Wortman (op.cit.), desconocemos qué factores antecedentes determinan si un individuo se sentirá amenazado, o si considerará el estímulo como benigno o positivo. Desconocemos también qué tipo de reacciones emocionales predominarán, o qué estrategias de afrontamiento serán seleccionadas. Por tanto, tal como se formuló el modelo, no es posible determinar cómo se influyen los diversos componentes del proceso de afrontamiento, y cómo se relacionan para completar la adaptación²⁹.

²⁹ Numerosas investigaciones se han centrado, durante los últimos años, en intentar aclarar las relaciones existentes entre los distintos componentes del modelo: los factores demográficos (Menagham, 1983); disposicionales, como la autoconfianza o la dureza (Kobasa, Maddi y Kahn, 1982); autoeficacia (Fleishman, 1984); Lugar de control (Parkes, 1984); resistencia al estrés (Holahan y Moos, 1985; 1986); el apoyo social (Heller y Swindle, 1983).

A pesar del optimismo con que ha sido acogido por la comunidad científica, y de la cantidad de investigación generada, el modelo de afrontamiento ha recibido duras críticas por parte de numerosos investigadores. Dejando a un lado los problemas de evaluación y medida (ver al respecto Carver et al., 1989; Cohen, 1987; Endler y Parker, 1990; Helder y Schneider, 1988; Kessler, Price y Wortman, 1985; Stone, 1988; Stone y Neale, 1984; Tunks y Bellisimo, 1988), dos críticas me parecen especialmente destacables:

1. Aun cuando el modelo se define como transaccional, en referencia a la relación recíproca bidireccional entre individuo y medio, algunos autores han señalado que el ambiente se reduce a las percepciones del individuo y, por tanto, deja de ser un ambiente objetivo y real para convertirse en un ambiente individual: no hay estrés sin percepción de estrés.

Ello plantea serios problemas a la investigación del modelo por cuanto no existen unidades de referencia objetivas en las que basar la contrastación empírica, cayendo en un argumento circular en el que se define el estrés ambiental como la percepción de las demandas que exceden los recursos del individuos, y éstos se definen como el conjunto de esfuerzos dirigidos a lograr el equilibrio amenazado por las demandas externas (Hobfoll, 1989). Algunos investigadores han propuesto una distinción entre estrés objetivo y estrés subjetivo (Trumbull y Appley, 1986). De otra forma no sería posible investigar, por ejemplo, la forma en que algunas personas, de fuerte personalidad, afrontan los acontecimientos vitales, ya que estos individuos afrontan siempre con éxito, de una manera natural.

Por tanto, en estos casos las demandas ambientales pasarían inadvertidas, puesto que no son percibidas como estresantes por tales sujetos.

De otro lado, como han señalado Newton y Keenan (1985) y Parkes (1986), debe considerarse el hecho de que la elección de estrategias de afrontamiento está condicionada por las demandas y limitaciones ambientales.

2. Las demandas ambientales y el afrontamiento son conceptualizadas post hoc. Sólo es posible saber si una estrategia facilita la capacidad de afrontamiento después de haberse observado que equilibra una demanda. Así por ejemplo, si el optimismo ayuda a la adaptación se dirá, retrospectivamente, que constituye una estrategia; si perjudica el ajuste, se dirá que constituye un estilo de afrontamiento negativo (Hobfoll, 1989). Ello ha llevado a un enfoque predominantemente taxonómico de definición de grupos de técnicas eficaces o ineficaces en distintas situaciones (Newton y Keenan, 1985).

En mi opinión, un intento de solución a estos problemas pasa por la definición de situaciones ambientales “estresantes”, específicas y objetivas, como puede ser, por ejemplo, la necesidad de encontrar un empleo al finalizar la carrera³⁰. Una vez definida objetivamente la demanda ambiental debe procederse a la evaluación cognitiva del hecho, realizada por los individuos que se

³⁰ Lennon, Dohrenwend, Zautra y Marbach (1990) han señalado también recientemente este problema y la necesidad de estudiar las estrategias de afrontamiento en relación con acontecimientos específicos.

encuentren frente a esa situación, habiendo recabado información previa acerca de sus características disposicionales, y los condicionantes socioambientales. Finalmente, proceder al análisis de las diferentes estrategias utilizadas, no tanto mediante la utilización de escalas retrospectivas, como a través de metodologías más activas, del tipo de la propuesta por Stone y Neale (1984) de llevar diarios personales que reflejen las distintas acciones realizadas por los individuos.

Una metodología semejante es la que nos proponemos llevar a cabo en este estudio, en la convicción de que únicamente los estudios prospectivos pueden resolver los problemas planteados al modelo de afrontamiento.

1.3.2. La teoría social cognitiva de Bandura

La formulación de la teoría social cognitiva (Bandura, 1977; 1987; orig. 1986; 1988a; 1988b; 1989; 1990; Bandura y Wood, 1989), ha provocado gran entusiasmo entre los investigadores de los procesos de adaptación, así como el desarrollo de numerosas líneas de trabajo en los más diversos ámbitos (para una revisión ver Villamarín, 1987).

Se trata, fundamentalmente, de una teoría centrada en el individuo como agente auto-regulador de su propio comportamiento: pensamientos, motivación y acción; y basada en un modelo

conceptual triádico de determinismo recíproco entre factores ambientales, factores personales y conducta. De esta forma, el comportamiento es el resultado de la interacción entre los factores personales y situacionales, pero, a su vez, influye sobre ellos modificándolos.

Dos procesos cognitivos son fundamentales en la teoría de Bandura: el pensamiento y la motivación. El primero permite al individuo anticipar a ocurrencia de determinados acontecimientos y crear los medios para ejercer control sobre aquéllos que afecten a su vida cotidiana (Bandura, 1989; p. 1176):

“Numerosas actividades implican juicios inferenciales acerca de las relaciones condicionales entre acontecimientos en ambientes probabilísticos. El discernimiento de las reglas que predicen esos acontecimientos exige el procesamiento cognitivo de información multidimensional que contiene múltiples ambigüedades e incertezas... Es preciso generar hipótesis sobre los factores predictivos, sopesarlos e integrarlos en reglas compuestas, contrastar los juicios elaborados con la información que proporcionan los resultados, y recordar qué aspectos se han contrastado y qué tal han funcionado”.

El nivel motivacional viene determinado por las creencias de autoeficacia, que condicionarán el esfuerzo que un individuo dedicará a completar sus acciones y la perseverancia ante los obstáculos o dificultades encontradas (Bandura, 1989), así como la elección de conductas y las reacciones emocionales (Bandura, 1987), dependiendo, en buena medida, de los incentivos disponibles. De hecho, las expectativas por sí solas no son capaces de elicitar respuestas a menos que existan incentivos.

Las expectativas de autoeficacia se definen como la concepción que un individuo tiene de su capacidad potencial para realizar una determinada conducta.

La introducción de las creencias de eficacia en la teoría de Bandura tiene como objetivo ampliar el constructo de la percepción de control que los teóricos del aprendizaje habían asociado, hasta el momento, únicamente con las expectativas de resultados. Así en la teoría del aprendizaje social, o en la indefensión aprendida, se habla del lugar de control del reforzamiento, o de percepción de control de la contingencia respuesta-resultado, pero no se aborda la percepción de control sobre las propias capacidades para ejecutar determinados comportamientos. En la teoría social cognitiva se definen las expectativas de resultados como una estimación de la probabilidad subjetiva de que la realización de una conducta X obtenga un resultado Y (Bandura, 1987).

Más recientemente, algunos investigadores han distinguido entre expectativas de resultado teórico y expectativas de resultado autorreferencial para referirse, bien al resultado teórico de una acción, en abstracto, o bien al resultado percibido de la propia conducta del individuo (Demarbre, 1989; 1990; Font, 1991). Aún es pronto, sin embargo, para juzgar la conveniencia de esta distinción.

Una de las mayores aportaciones de la teoría al estudio de la adaptación es, seguramente, la posibilidad de predecir las

3º. Las expectativas de independencia entre las acciones y sus consecuencias provoca un triple déficit cognitivo, motivacional y emocional, que define en sí mismo la esencia de la indefensión.

4º. La formación de expectativas de independencia respuesta-resultado, y la consiguiente aparición de los déficits, no se produce por igual en todas las personas expuestas a situaciones de incontrolabilidad. El proceso depende, básicamente, de las atribuciones causales realizadas por el individuo al analizar esas situaciones. Las atribuciones determinan también la gravedad y cronicidad de los déficits, así como la pérdida de la autoestima (Abramson, Seligman y Teasdale, 1978).

En 1975, Seligman señalaba como principal causa del origen y desarrollo de la IA la formación de expectativas de no contingencia respuesta resultado. Este elemento se convertía así en el factor más importante de los tres que integraban ese primer modelo de la IA: a) información sobre la contingencia, b) formación de expectativas y c) conducta.

La información sobre la contingencia se refiere a la probabilidad de que la respuesta se vea seguida de un determinado resultado. La aportación de Seligman en este sentido es que los organismos no sólo aprenden cuando sus respuestas producen ese resultado, como sostenían los teóricos del aprendizaje, sino que también aprenden cuando estos son totalmente independientes de sus respuestas. En ese caso aprenden una relación de no contingencia.

La información que obtiene el sujeto acerca de la independencia respuesta-resultado es una propiedad del ambiente y no del organismo, de donde se deduce que la exposición del individuo a una situación de incontrolabilidad no es indispensable en sí misma como causa primera para la aparición de la IA. Bastará con que la persona reciba de su medio ambiente señales informativas de que los resultados son independientes de las respuestas. Dicho en palabras de Seligman, "una persona puede creerse indefensa sin haber sido expuesta a la contingencia como tal: simplemente pueden haberle dicho que está indefensa" (op.cit. p. 77).

Este primer presupuesto de la teoría explicaría, en buena medida, el porqué los individuos desempleados, que desean encontrar trabajo, y que no han sido expuestos a una situación de incontrolabilidad en relación a la búsqueda de empleo pueden considerar esta actividad como independiente de la consecución de una ocupación. Sería absurdo ignorar los efectos de los medios de comunicación, cuando explican las causas del desempleo atribuyéndolas a factores externos como la inflación, cambios tecnológicos, etc., sobre quienes buscan trabajo (Feather, 1982 b). Este es el caso de los recién licenciados que aun no habiendo intentado todavía encontrar trabajo en su especialidad manifiestan escasas posibilidades de encontrarlo. Evidentemente, a medida que se expongan a situaciones de búsqueda infructuosas sus expectativas de incontrolabilidad se incrementarán.

La formación de expectativas se refiere al procesamiento, y transformación de la información de no contingencia en expectativas de no contingencia respuesta-resultado. Bandura propuso en 1977 incorporar al modelo de la IA las expectativas de eficacia, para completar el constructo, puesto que el modelo de Seligman no distingue entre ambos tipos de creencias.

En 1978, Abramson, Seligman y Teasdale presentaron una reformulación de la teoría basada en un esquema atribucional:

..."La hipótesis reformulada afirma que cuando las personas se ven a sí mismas indefensas, implícita o explícitamente se preguntan por qué están indefensas. Las atribuciones de causalidad influyen sobre la generalización y cronicidad de los déficits así como sobre el estado posterior de la autoestima del sujeto" (Abramson et al., 1978; p. 5).

La inclusión de este esquema atribucional resuelve algunos problemas que no podían ser explicados a través del antiguo modelo: las diferencias individuales, la generalidad y la cronicidad de los déficits. Por otro lado, incluye un cuarto déficit: la pérdida de la autoestima.

El primer problema quedaba planteado en la pregunta: ¿cómo es posible que sujetos expuestos a los mismos acontecimientos incontrolables llegasen a conclusiones distintas acerca de las causas de esa incontrolabilidad?. La distinción entre indefensión personal y universal contesta, en parte, esta pregunta, mediante la utilización de un criterio de comparación social: se habla de indefensión personal

cuando el sujeto atribuye la causa de la incontrolabilidad al hecho de que sólo él es incapaz de controlar los resultados, siendo otras personas, en sus mismas circunstancias, y de sus mismas características, capaces de controlarlos. Sería el caso de quienes a pesar de sus muchos esfuerzos por encontrar trabajo ven que no lo consiguen, mientras la mayoría de sus compañeros lo logran. Por el contrario, cuando el sujeto piensa que ni él ni nadie de sus mismas características puede controlar los resultados estamos ante un caso de indefensión universal. Se han equiparado estos conceptos a las expectativas de autoeficacia y de resultados de Bandura (Villamarín 1990 b).

La nueva teoría posee también mayor poder predictivo respecto a la generalización y cronicidad de los déficits al introducir las dimensiones atribucionales de estabilidad y globalidad. La primera se refiere a la consistencia de las atribuciones a lo largo del tiempo, mientras la segunda explica el tipo de situaciones a las que implicarán las atribuciones.

El esquema atribucional sería completado un año más tarde por Janoff-Bulman (1979). Esta autora señaló que los modelos atribucionales habían ignorado una importante dimensión causal: la controlabilidad, especialmente en la explicación de las conductas depresivas, y propuso la distinción entre atribuciones internas “caracteriológicas” y “conductuales”. En el primer caso las atribuciones se dirigen al carácter de la persona, que es percibido como una característica permanente e incontrolable, mientras la

conducta se percibe como algo controlable por el sujeto. De este modo las atribuciones internas de fracaso referidas al propio carácter producirán síntomas depresivos, mientras las referidas a la conducta son adaptativas porque permiten anticipar un mayor control cuando el acontecimiento vuelva a producirse de nuevo (Carver, Ganellen y Behar-Mitrani, 1985; Downey, Silver y Wortman, 1990).

1.3.4. Los modelos atribucionales

El papel de las atribuciones es el de facilitar a las personas la comprensión de la estructura causal del mundo y, por tanto, permitir la interacción con el medio (Downey, Cohen Silver y Wortman, 1990). Según Michela y Wood (1986), la forma en que la gente se explica las causas de los acontecimientos que les suceden juega un importante papel mediador en la adaptación.

Básicamente, en la teoría atribucional actual se incluyen cuatro dimensiones: lugar de control (o internalidad), y estabilidad, tal como fueron propuestas por Weiner en 1971; controlabilidad (Weiner, 1979), que se refiere al grado en que las causas están bajo control individual; y globalidad (Abramson, Seligman y Teasdale, 1978) (Cfr. Benson, 1988).

Si la estabilidad y la globalidad no parecen presentar mayores problemas conceptuales, no ocurre lo mismo con el lugar de control y la controlabilidad, que requieren algunas precisiones teóricas.

En un trabajo reciente sobre la relación entre atribución y adaptación a sucesos traumáticos negativos, Downey et al. (1990) han señalado que la investigación actual no ha conseguido establecer el papel desempeñado por las atribuciones en el ajuste a los acontecimientos estresantes, y, concretamente, coinciden con Turnquist, Harvey y Andersen (1988) en señalar que estas dificultades se deben a los problemas planteados por la conceptualización de la dimensión de internalidad. Brewin (1986) ha precisado también que la definición de causalidad interno/externo ha constituido un problema recurrente en la teoría atribucional, y ello podría ser debido, en parte, al criterio de comparación social utilizado por Abramson et al. (1978) para definirla. Nos ocuparemos brevemente de este aspecto puesto que se trata de una variable relevante en todos los estudios sobre búsqueda de empleo, que revisaremos en el tercer capítulo.

En primer lugar, parece existir un solapamiento entre la dimensión de controlabilidad y la de internalidad, por lo menos tal como han sido conceptualizadas, y sobre todo medidas, en el modelo de la IA. De acuerdo con este punto de vista, Baubion-Broye, Megemont y Sellinger (1989) señalan:

“Es forzoso constatar, que si bien no faltan trabajos en este campo aún perduran cierto número de ambigüedades. En particular, aunque a menudo confundidas, las nociones de atribución y de control no pueden ser consideradas como equivalentes. La atribución implica la búsqueda y la explicación por parte del sujeto de las causas de los comportamientos, mientras que el control (interno o externo) se relaciona con los lazos que establece entre comportamientos y refuerzo” (p. 266).

En mi opinión ambos conceptos son distintos: la controlabilidad se refiere a la percepción de que uno puede hacer algo para conseguir un determinado resultado, porque se considera con capacidades suficientes para emitir la conducta adecuada (autoeficacia), o porque dispone de una serie de recursos que puede utilizar para alcanzar el objetivo (por ejemplo una red de asistencia médica a la que acudir, o relaciones familiares para acceder a un puesto de trabajo). Y ello tiene poco que ver con la dimensión de internalidad; y discreparía aquí de la opinión de Baubion-Broye et al. En tales casos, si se pregunta a los sujetos sobre la internalidad o la externalidad de esos recursos se produce una absoluta discrepancia de las respuestas respecto a las predicciones de la teoría atribucional. Muchos sujetos indicarán que tener inteligencia es un factor externo, lo cual es perfectamente consistente con su razonamiento, puesto que ellos no ejercen ningún control sobre el CI que poseen, mientras que la teoría atribucional lo considera como un factor interno (Weiner, 1971). Un ejemplo claro de lo que decimos se encuentra en el trabajo de Morató y Peri (1985). Estos investigadores indican que sus sujetos cometen errores al considerar, por ejemplo, el hacerse rico como causa de la suerte, para decir más adelante que se trata de una causa interna. Al someter a juicio de expertos las atribuciones realizadas por esos mismos sujetos observan una baja correlación entre ambos. Creo que no tiene sentido decir que los sujetos cometen errores en su dimensionalización de las causas porque no están familiarizados con la teoría atribucional. Realmente sería absurdo entrenar a los sujetos experimentales para que se comportasen de acuerdo con nuestras teorías.

Probablemente, como decía, hay que buscar las razones de estas discrepancias en la forma en que los sujetos entienden las preguntas que se les formulan. Así, por ejemplo, en el ASQ, el cuestionario más utilizado en este tipo de investigaciones, según Mitchell (1989), las preguntas se formulan en los siguientes términos: “¿en qué medida cree que esta causa depende de Vd. o depende de factores o circunstancias externas?”. Tal formulación es entendida por los sujetos como referida al grado de control que creen ejercer sobre el resultado y no tanto a la internalidad o externalidad, tal como son explicadas en la teoría atribucional.

Por otro lado, las atribuciones de internalidad, propiamente dichas, tal como son utilizadas en la mayoría de investigaciones sobre IA y depresión, se refieren a un evento pasado, e indican qué parte de responsabilidad (positiva o negativa) cree el sujeto que tuvo sobre el resultado conseguido, implicando, como acertadamente sugiere Brewin (1986), un juicio auto-evaluativo o moral, obviamente con mayor impacto sobre la autoestima y las reacciones emocionales.

Estos juicios auto-evaluativos o morales están recogidos en la literatura sobre accidentes, según ese mismo autor, como juicios de responsabilidad/culpabilidad, y estarían más relacionados con la depresión que los juicios sobre la controlabilidad.

La confusión entre ambos conceptos constituiría, en mi opinión, la causa de las bajas correlaciones encontradas entre atribuciones y

depresión (Coyne y Gotlib, 1983). Por poner un ejemplo, Peterson, Schwartz y Seligman (1981) encuentran que las atribuciones internas para acontecimientos aversivos no están asociadas con los síntomas depresivos; únicamente las atribuciones internas relacionadas con el carácter (tal como fueron definidas por Janoff-Bulman), lo están. Y como los mismos autores señalan ello es debido a que el carácter es percibido como más fijo, y por tanto menos controlable que la conducta. Así pues, parece que es la incontrolabilidad, más que la internalidad, lo que perciben los sujetos.

En segundo lugar, la formulación inicial del constructo LoC (Rotter, 1966;1975), permite contemplarlo como una factor situacional, específico³², o bien como un factor estable de personalidad. Tal como señalan Lazarus y Folkman, “en el primer caso se trataría de una evaluación cognitiva y, en el segundo de una disposición del individuo. Esta distinción es similar a la que se hace entre estado y rasgo” (p. 92). La advertencia de Lefcourt (1980) al respecto es relevante:

“Al utilizar los términos abreviados de “internos” o “externos” es fácil olvidar que tales etiquetas se refieren a creencias o expectativas y no a los individuos” (p.248).

³² Para este autor el LoC constituye una expectativa del control interno o externo del reforzamiento: “el control interno se refiere a una creencia individual de que un acontecimiento o resultado mantiene una relación de contingencia con su propia conducta o con características relativamente permanentes como la habilidad. La creencia de que un acontecimiento es causado por factores que sobrepasan el control individual (p. ej. suerte, dificultad de la tarea), ha sido denominado “control externo” (1966).

Si tal como parece demostrar la evidencia empírica (Lefcourt, 1976; 1980), el LoC es también un factor disposicional que contribuye a la explicación de los comportamientos adaptativos, debiera procederse a una doble conceptualización de tal constructo, y a una clara delimitación de las medidas para su evaluación como rasgo de personalidad y como factor situacional. De hecho numerosos investigadores desarrollan ya instrumentos elaborados para la situación a evaluar, o como diría Lefcourt, “cortados a medida”.

1.3.5. Teoría de la expectativa-valencia

Basada en la teoría del Campo de Lewin y en la teoría de Vroom (cfr. Feather y Davenport, 1982; orig. 1981), integra las aportaciones recientes de las teorías del aprendizaje social acerca de la autorregulación y la auto-eficacia, como la consideración del determinismo recíproco entre factores conductuales, cognitivos y ambientales de Bandura (1977).

Parte de un enfoque que relaciona la acción con el atractivo percibido (valencia positiva) o aversión (valencia negativa) de los resultados esperados. Los elementos básicos que componen la teoría son:

Expectativas: Estimación de la probabilidad de que un comportamiento consiga un determinado resultado.

Están determinadas por las percepciones sobre la propia habilidad y destreza y por la facilidad o dificultad de la tarea.

Valencia: Atracción o aversión experimentada por el individuo hacia los resultados de las diferentes alternativas de conducta (Castaño, 1983).

Las valencias de los resultados pueden ser positivas o negativas, y vienen determinadas por la naturaleza de dichos resultados y sus posibles consecuencias (valor instrumental que representan); por los motivos dominantes de la persona y por las fuerzas sociales y culturales.

Expectativas y valencias se combinan multiplicativamente para determinar la FUERZA de la tendencia para realizar un determinado comportamiento, como, por ejemplo, buscar empleo (Feather y Davenport, 1982). Así, elevadas expectativas, y objetivos muy atractivos, implicarán una mayor fuerza motivacional para realizar un comportamiento dirigido a la consecución de determinados resultados.

La teoría se ocupa también de explicar las reacciones emocionales ante las situaciones de fracaso:

- El fracaso en conseguir un objetivo significa la pérdida de los beneficios que el éxito puede conferir, y el malestar se incrementará conforme mayor sea el atractivo neto del fin, es decir, mayor sea la pérdida.

- Se puede asumir también que el malestar subsiguiente al fracaso será mayor cuando las expectativas de éxito sean inicialmente altas que cuando sean bajas. (Feather, 1982 b).

Creo haber puesto de manifiesto que si algún campo de trabajo requiere una conjunción de esfuerzos desde varias áreas disciplinares ese es el estudio de los procesos de adaptación humana. Sin embargo, como todo enfoque multidisciplinar implica distintos niveles de análisis que requieren estudios sectoriales. Uno de esos niveles es la investigación de los efectos diferenciales que los distintos cambios ambientales producen en las personas y su entorno. Es por ello que, a partir de una situación concreta, -la búsqueda de empleo de los recién titulados-, nos centraremos en el estudio de las diferencias individuales durante el proceso adaptativo.



CAPÍTULO SEGUNDO

CAPÍTULO SEGUNDO

EDUCACIÓN SUPERIOR E INSERCIÓN LABORAL

2.1. INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior se exponían las razones teóricas y metodológicas que nos llevaron a elegir la búsqueda de empleo como estrategia para el análisis de los procesos de adaptación. Pero al margen de las consideraciones prácticas que hacen al tema especialmente atractivo para la investigación de la conducta adaptativa, es interesante subrayar que la situación escogida no es artificial. Relacionado con la orientación vocacional y profesional, y con el estudio del desempleo y sus consecuencias, el análisis de la inserción profesional tiene una entidad propia como tema de investigación. Numerosas razones de índole socioeconómica justifican tal afirmación:

1ª. Si bien es cierto que el crecimiento económico de los países occidentales durante la segunda mitad de los años 80 ha propiciado una recuperación del empleo a finales de la década, dicha recuperación, a) no es uniforme y, b) parece ser temporal (Dooley y Catalano, 1988).

a) En referencia al primer punto, el simple análisis de las estadísticas comunitarias, o de la OCDE (1989), reflejan una clara diferencia entre los distintos

países. Así, por ejemplo, mientras la tasa interanual de paro, en octubre de 1989, se situaba en el 16.9% para España e Irlanda, lo hacía en un 10.8 % para Italia; 10% para Francia; 9.9% Holanda 9.4% Bélgica; 7.4% Dinamarca; 6.2% Reino Unido; 5.6% Portugal y RFA, y un 2.2% para Luxemburgo (La Vanguardia, 9 de diciembre de 1989).

Y, aun dentro de un mismo país, la situación por regiones es diversa (OCDE, 1989). Si consideramos las cifras españolas según los datos de la Encuesta sobre Población Activa (EPA) correspondiente al tercer trimestre de 1989 -fecha en que se llevó a cabo nuestro estudio-, el porcentaje de paro estimado sobre la población activa oscilaba entre un 8.7% para Baleares hasta un 26.1% para Andalucía, o un 29.1% para Ceuta y Melilla (La Vanguardia, 9 de diciembre de 1989).

b) Respecto a los efectos pasajeros de la recuperación del empleo cabe señalar, a manera de ejemplo, su desaceleración hacia finales de 1990 en nuestro país. Así, según la Encuesta de Población Activa correspondiente al tercer trimestre de ese año, aunque se crearon más de 100.000 puestos de trabajo, la tasa de crecimiento anual de empleo fue de 1,9%, la más baja desde el primer trimestre de 1986.

Al descenso continuado de dicha tasa desde el tercer trimestre de 1989 -en que se situó en un 4,9%-, hay que añadir un ligero aumento de las cifras de parados registrados en las oficinas del INEM durante los últimos meses de 1990, aun sustrayendo los factores estacionales (La Vanguardia, 8 de diciembre de 1990).

Por lo que respecta a las previsiones para 1991 y 1992, el Informe anual sobre la situación económica de la Comunidad Europea, en 1990, anunciaba un ligero incremento en la tasa de desempleo comunitaria, que se situaría entorno al 8.7%, mientras en España descendería moderadamente hasta situarse en el 15.5% en 1991 y el 15% en 1992 (La Vanguardia, 7 de diciembre de 1990).

En definitiva, si remitimos el análisis del desempleo a la evolución de las últimas décadas y lo contrastamos con las expectativas para la década de los 90, ni los más optimistas dudarían en afirmar que el desempleo se ha convertido en un problema estructural.

Si a estos datos añadimos las previsiones de desempleo para los países socialistas tras el cambio de sus políticas económicas hacia una economía de mercado (la CEE espera 880.000 inmigrantes anuales procedentes de Europa del Este antes de 1997), y las altas tasas de natalidad de los países en vías de desarrollo, que

propiciarán fuertes corrientes migratorias hacia el norte, no parece descabellado afirmar que la orientación e inserción profesional constituirá en el futuro un tema de interés social relevante.

2ª. Por otro lado, las políticas de algunos gobiernos de reducir las cifras de parados fomentando la contratación temporal, aumentan la movilidad laboral y colocan a buen número de trabajadores -principalmente jóvenes- en situación de búsqueda de empleo permanente.

No debe olvidarse que en España el aumento del empleo asalariado se desarrolla casi exclusivamente por la vía del contrato temporal, que representa ya más del 30% del total del empleo asalariado (La Vanguardia, 8 de diciembre de 1990). En noviembre de 1990 se contabilizaban en España 2,8 millones de contrataciones temporales (El País, 29 de noviembre de 1990).

Estas consideraciones nos llevan a analizar el periodo de transición a la vida activa desde una doble perspectiva: 1) el acceso e inserción en el mercado laboral y las condiciones en que se realiza, considerando especialmente el caso de los licenciados universitarios y, 2) la importancia de la inserción profesional como estrategia adaptativa.

2.2. FUENTES DE INFORMACIÓN SOBRE LOS PROCESOS DE INSERCIÓN LABORAL DE LOS TITULADOS SUPERIORES

Antes de analizar cada uno de los factores que intervienen sobre los procesos de inserción, conviene conocer las fuentes de información de que disponemos.

Ciertamente no vamos a abordar aquí una discusión metodológica sobre estadísticas de empleo, puesto que no es el objetivo de este trabajo. Para nuestro propósito bastará con una somera clasificación de las fuentes, que nos permita conocer el tipo de datos que ofrecen y sus posibilidades de utilización en el estudio de la búsqueda de empleo de los titulados universitarios.

Podríamos resumir, a grandes rasgos, tres tipos de fuentes relevantes para el tema que nos ocupa:

- * Estadísticas oficiales sobre el mercado laboral
- * Análisis de los itinerarios de transición
- * Estudios específicos sobre el mercado de los titulados superiores.

La tabla 2.1. muestra la clasificación de las estadísticas oficiales sobre el mercado laboral, de las que pueden obtenerse datos sobre titulados universitarios y sobre empleo en España, según García de Cortázar (1987).

TABLA 2.1. Fuentes oficiales sobre la situación profesional de los titulados superiores.

FUENTE	INFORMACION	RECOGIDA DATOS	INCONVENIENTES	EXPLOTACION
Datos y cifras de la enseñanza en España. (Secretaría General Técnica del M.E.C.)	Número de graduados que cada año acaban los estudios en las universidades españolas.	Transversal	* No indica el sexo o edad de los graduados, y, en algunos casos, ni siquiera de la carrera cursada.	
Estadística de la enseñanza en España. (Instituto Nacional de Estadística)	Número de graduados para cada una de las Facultades y Escuelas Técnicas Superiores por sexo, edad de terminación de los estudios y lugar de obtención del título.	Transversal	<div style="border: 1px dashed black; padding: 5px;"> <p>* Los sujetos con doble titulación figuran doblemente contados.</p> <p>* Incluyen los estudiantes extranjeros graduados en España.</p> <p>* No consideran las convalidaciones de títulos extranjeros concedidas.</p> </div>	
Censos Población. (INE)	Población con estudios superiores en un momento dado.	Transversal	* No permite saber cuántos licenciados piensan trabajar.	Posibilidad de conocer el nº de titulados (hasta 20 carreras), su actividad, sectores que ocupación, profesiones que ejercen sus integrantes, desempleo y subempleo.
Encuesta Población Activa (EPA). (INE)	* Nivel educativo de la población mayor de 16 años por sexo y grupos de edad. * Actividad de los titulados, sectores de ocupación, profesión ejercida y desempleo.	Transversal	Da una cifra global que impide diferenciar entre licenciados, ingenieros y arquitectos de quienes tienen estudios militares y eclesiásticos.	Número de titulados, actividad ejercida y desempleo. (Ofrece la ventaja de su periodicidad trimestral para seguir el comportamiento del mercado de trabajo.

Este tipo de datos permite el análisis de los sectores con mayor empleo, carreras con mejores perspectivas profesionales, incidencia del desempleo y subempleo entre determinados colectivos, etc., pero impiden conocer las experiencias personales, los perfiles y estrategias de inserción³³.

Diversos autores han señalado la necesidad de establecer un sistema fiable de información estadística en España sobre los procesos de inserción profesional y social de los jóvenes (Casal, 1989; Planas, 1989; Ministerio de Educación y Ciencia, 1988), al estilo de los que existen, desde hace ya bastantes años, en Estados Unidos o en algunos países europeos.

La tabla 2.2. recoge el tipo de información que se obtiene a partir de estas encuestas longitudinales internacionales, algunas de las cuales aún no han finalizado³⁴.

³³ Otras estadísticas oficiales de interés son:

Generalitat de Catalunya

- Departament de treball: Món laboral. Barcelona. Semestral.
- Direcc. General Ocupació: Butlletí d'ocupació. Barcelona. Anual.
- Direcc. General Ocupació: Full mensual d'ocupació. Barcelona.

Inem

- Estadística de empleo. Madrid. Mensual.
- Comentario a los datos de paro registrado y colocaciones registradas. Madrid. Mensual.
- Estadística de empleo. Series anuales. Madrid.

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Dirección General de Informática y Estadística.
Subdirecc. Gral. Estadística

Anuario de estadísticas laborales

Ine

- Anuario estadístico de España. Madrid.
- Padrón Municipal de habitantes.

³⁴ Para un estudio pormenorizado de las características e inconvenientes metodológicos de dichas encuestas, consultar Kalachek (1980; 1984), o Tarsh (1988) para una crítica de los estudios de seguimiento de los licenciados universitarios.

TABLA 2.2. Características de la información obtenida en algunas encuestas internacionales de carácter oficial acerca del comportamiento del mercado laboral.

ENCUESTA	INFORMACION RECOGIDA
<p>National Longitudinal Survey of Young Men and Young Women. USA. [Encuesta longitudinal nacional sobre jóvenes de ambos sexos (14-25 años al inicio de la encuesta)].</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Vida profesional * Situación en el mercado de trabajo * Salarios * Horas de trabajo * Rentas y haberes de la familia * Estado de Salud * Formación * Medio socioeconómico * Actitudes y personalidad
<p>National Longitudinal Study of the High School Class of 1972. USA. [Estudio longitudinal nacional sobre los alumnos del último curso de bachillerato en 1972].</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Medio familiar * Formación recibida * Experiencia laboral * Actitudes * Proyectos * Tests aptitudes * Expedientes académicos durante los estudios secundarios.
<p>The National Survey of Health and Development. Reino Unido. (Referido a la cohorte nacida entre el 3 y el 9 de marzo de 1946). Existen estudios paralelos para otras cohortes posteriores.</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Estudios * Capacitación * Nivel de instrucción * Personalidad de los sujetos * Resultados escolares * Opiniones de los profesores sobre comportamiento y progreso * Vida profesional: periodos de actividad, paro o abandono de la vida activa * Salud * Ingresos
<p>Estudio Longitudinal sobre el paso de los Jóvenes de la enseñanza al mercado de trabajo. Antigua Alemania Federal.</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Personalidad * Estado de ánimo * Medio social * Proyectos académicos y profesionales * Perspectivas de hacer carrera y triunfar en su vida profesional.
<p>Encuesta Formación-Cualificación. Francia.</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Nivel de estudios de la familia y medio profesional * Número de hermanos y hermanas, títulos universitarios. * Formación post-escolar del sujeto * Vida profesional detallada
<p>L'entrée des jeunes dans la vie active. La génération de 1955. Francia.</p>	<ul style="list-style-type: none"> * Estudios * Medio familiar * Vida profesional

La ventaja de las encuestas por sondeo sobre los análisis de mercado estriba en la posibilidad de evaluar la estabilidad en la situación de ciertas personas y las tasas de rotación en el mercado de trabajo, así como el análisis de las estrategias utilizadas. De acuerdo con Casal (1989) "lo verdaderamente y significativamente importante no es tanto saber cuántos jóvenes están buscando empleo en un momento concreto, sino el tiempo de permanencia en una situación de fracaso laboral, la inestabilidad de las situaciones de trabajo y no trabajo, y la precariedad laboral y económica de las tareas que los jóvenes consiguen" (p. 18).

Las encuestas longitudinales indican qué características de individuos o grupos se asocian con estrategias de búsqueda de empleo adecuadas, itinerarios de transición más o menos largos, y evolución de la vida profesional posterior (Kalachek, 1984).

Aun cuando su aportación al estudio de los procesos de inserción es importante, su utilización no está exenta de inconvenientes. Tal como ha señalado el propio Kalachek (1984), "el fallo esencial de las encuestas por sondeo es la ausencia de datos simétricos. Las encuestas sólo estudian el mercado de trabajo a partir de las informaciones suministradas por los trabajadores (p. 126) ... Un estudio que se base en juicios subjetivos individuales sin ninguna confirmación no puede establecer en qué medida las elevadas tasas de rotación de los jóvenes en el mercado de trabajo son reflejo de decisiones independientes de los jóvenes ni hasta qué punto son reflejo de la actitud de los empresarios" (p. 125).

Resumiendo, en palabras de Montané (1990), el enfoque de los itinerarios de transición “es básicamente descriptivo y practicista; parte de los éxitos y fracasos de los empleables y no incluye los enfoques y la dinámica de las leyes de las ofertas y demandas del mercado laboral...”.

En cualquier caso, no conocemos la existencia de encuestas longitudinales en España sobre inserción laboral, y la extrapolación de los resultados de encuestas internacionales al contexto del mercado español es, cuando menos, arriesgada. De un lado, la evolución de nuestro mercado de trabajo y nuestra situación económica tienen sus particularidades (OCDE, 1989) y, de otro, la idiosincrasia de los españoles determina unas actitudes distintas a las de otros países en la búsqueda de empleo³⁵.

Finalmente nos referiremos, muy brevemente, a los estudios específicos sobre el empleo de los titulados superiores, puesto que existe una excelente revisión al respecto en el trabajo de García de Cortázar (1987). Esta autora encuentra más de 43 trabajos referidos a algún aspecto de la situación laboral de los titulados superiores en España entre 1977 y 1985, fecha de presentación de su estudio. Entre las publicaciones posteriores citamos por su riqueza informativa tres publicaciones del Consejo de Universidades, una sobre el mercado de trabajo de los licenciados universitarios (1985),

³⁵ Palomares y otros (1988) muestran una diferencia significativa ($P < 0.01$) entre las puntuaciones obtenidas por sujetos españoles y norteamericanos a algunos ítems del ASQ (Attributional Style Questionnaire, Petterson et al., 1982). Concretamente los españoles son más externos en sus atribuciones de causalidad en las respuestas al ítem 2 (“Vd. no ha encontrado trabajo a pesar de haberlo buscado durante cierto tiempo”), y en general ante todos los sucesos negativos.

otra sobre las situaciones y perfil de desempleo y subempleo de dicho colectivo (1988); y, finalmente un estudio sobre el stock de titulados superiores (1989), que abarca el periodo entre 1976 y 1986. Asimismo, la Fundación Universidad-Empresa ha editado un estudio sobre el primer empleo de los titulados (1986), y un informe sobre la experiencia de funcionamiento de las COIE (Centros de Orientación e Información de Empleo), dependientes del INEM. Sin embargo, la implantación de estas oficinas de empleo universitarias es aun escasa, y los datos disponibles son sectoriales.

2.3. EL MODELO DE INSERCIÓN LABORAL

No cabe duda que el proceso de inserción profesional de los jóvenes ha centrado la atención de los investigadores durante la década de los años 80, ello como consecuencia de la grave problemática social asociada a la desocupación de este colectivo. La creación del Centro Europeo para el Desarrollo de la Formación Profesional (CEDEFOP), en 1975, o la puesta en marcha de los "Programas de transición de la escuela a la vida activa", coordinados por el IFAPLAN, en el marco de la Comunidad Económica Europea, constituyen una muestra de este interés. Paralelamente, junto al estudio sistemático sobre los itinerarios de transición de los jóvenes a la vida activa, se han ido desarrollando en nuestro país numerosas

iniciativas y experiencias de inserción ocupacional³⁶, que se han visto impulsadas tras nuestra incorporación a la CEE en 1986.

Es de esperar que los resultados aportados por estas investigaciones desembocarán en la propuesta de modelos teóricos capaces de explicar y predecir los procesos individuales y colectivos de acceso al trabajo, y de integrar los resultados de las investigaciones realizadas en nuestro ámbito. Las principales dificultades encontradas, hasta el momento, en la construcción de tales modelos estriban, fundamentalmente:

- a) en la diversidad de estrategias de inserción utilizadas por quienes buscan trabajo,
- b) en el extraordinariamente rápido flujo del mercado laboral, y
- c) en la metodología de análisis utilizada, que ha dado lugar al estudio de la inserción profesional desde enfoques parciales, centrados únicamente en el análisis de alguno de los factores que configuran el proceso: los estudios económicos abordan la problemática del mercado laboral, mientras los enfoques

³⁶ La evidencia de la existencia en España de numerosos proyectos de inserción profesional, y la conveniencia de que nuestra participación en los programas de transición europeos no se hiciera a partir de cero, dio pie a la recopilación sistemática de estas iniciativas por parte de las comunidades autónomas con competencias educativas, y del MEC en el resto del territorio nacional:

* Ministerio de Educación y Ciencia (1987). Políticas educativas Europeas. Treinta experiencias piloto. Madrid: Ed. Popular.

* Planas, J. (1987). Inventari d'experiències de transició catalanes. Barcelona: ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona.

* Generalitat Valenciana (1987). Inventario provisional de acciones asimilables a las de transición.

* Gobierno Vasco. Departamento de Educación, Universidades e Investigación (1987). Transición de los jóvenes a la vida adulta y de trabajo. Inventario de los programas referentes a la transición en el país vasco.

psicológicos centran su interés en las características del demandante de empleo (analizaremos estos modelos en el siguiente capítulo), y la sociología se ocupa, fundamentalmente, de los itinerarios de transición.

El modelo propuesto por Montané (1990), del que partimos en esta investigación, ofrece la ventaja de un marco de referencia general donde integrar los datos empíricos de que se dispone actualmente, sin prejuzgar ninguna conceptualización teórica. Como característica diferenciadora de otros enfoques cabe señalar la integración e interrelación de los diferentes factores que intervienen en el proceso de inserción laboral:

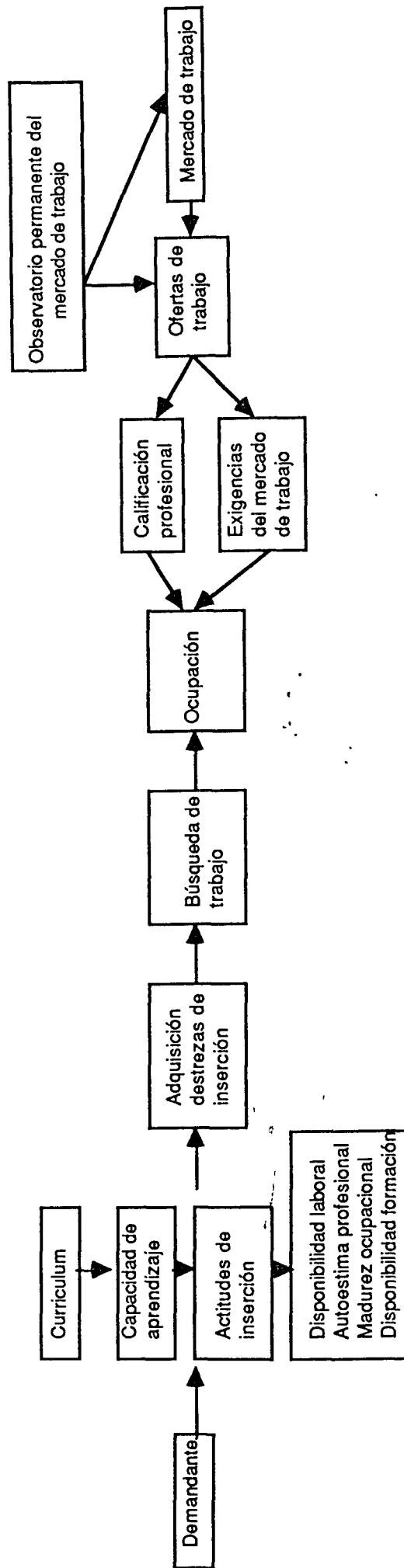
- a) Factores provenientes del sujeto que busca empleo,
- b) del mercado de trabajo y,
- c) de las técnicas y procesos de inserción.

El desarrollo del modelo es el que se presenta en el esquema 2.1., y del cual partimos para la exposición de los siguientes apartados de este capítulo:

a) Factores provenientes del sujeto que busca empleo:

- * El "currículum": experiencia laboral y titulación.
- * La capacidad de aprendizaje teórico-técnico y de adaptación a los cambios del mercado.

ESQUEMA 2.1. Modelo de inserción laboral. (Montané, 1990).



* Las actitudes de inserción: hacen referencia a las variables cognitivas que integran el constructo motivación para la búsqueda de un empleo determinado, y que, en igualdad de los demás factores, pueden modificar la capacidad del sujeto para una búsqueda eficaz.

* La disponibilidad laboral, definida como la disposición a aceptar ocupaciones no directamente relacionadas con el "currículum" profesional, horarios, salarios, desplazamientos geográficos, y otros inconvenientes del puesto ofertado.

* La autoestima profesional, o imagen que tiene el sujeto de su adecuación al empleo que solicita.

* La madurez ocupacional, "incluye el conocimiento real del puesto al que se aspira con sus pros y sus contras, el interés por renovarse, mantener el puesto de trabajo y considerarlo como un medio para promocionarse profesionalmente" (Montané, 1990).

b) Factores provenientes del mercado laboral:

* La relación entre la oferta y la demanda de puestos de trabajo, que ha venido considerándose tradicionalmente como la ley reguladora del mercado laboral.

* Las exigencias de las ofertas de empleo: la problemática actual de la inserción profesional no obedece tanto al desajuste entre

la oferta y la demanda a nivel cuantitativo, como al hecho de una falta de cualificación profesional para cubrir determinados sectores de empleo.

El interés de la Administración por la mejora de la Formación Profesional (como ejemplo citaremos el desarrollo de la LOGSE), la creación, en los departamentos universitarios de Ciencias de la Educación, de asignaturas relacionadas con la formación y reciclaje ocupacional; o la aparición de iniciativas de formación no reglada en competencia con la educación formal, por citar algunos ejemplos, son razones que apoyan este argumento.

c) Factores provenientes de las técnicas y procesos de inserción

- * La información ocupacional: conocimiento del mercado de trabajo (ofertas), y de sus exigencias.

- * Conocimiento de las destrezas o habilidades necesarias para la búsqueda de empleo (respuesta a un anuncio, redacción del "currículum", técnica de la entrevista de selección, formas de presentación, etc.).

La utilización o no de estos conocimientos por parte del sujeto dependerá de los factores expuestos con anterioridad. La falta de adecuación entre las ofertas laborales y la cualificación profesional, por ejemplo, condiciona la autoestima profesional y las actitudes de inserción.

En el caso de los licenciados universitarios, la discutida capacitación técnica que el título les otorga no siempre les permite dar soluciones concretas a los problemas derivados de la práctica profesional. Ello incide en una falta de confianza al buscar un empleo acorde con la titulación, que no se corresponde con la formación recibida, o por lo menos con la percepción que ellos tienen de su formación³⁷. El acceso a trabajos que requieren menor cualificación profesional y menor responsabilidad, con el consiguiente aumento del subempleo, o la búsqueda de cursos de especialización, una vez acabada la carrera, son una buena prueba de lo que decimos.

2.3.1. El mercado laboral de los licenciados universitarios

De acuerdo con el modelo de Montané (1990), expuesto en el apartado anterior, la inserción profesional estaría condicionada por la interrelación de los factores correspondientes al mercado de trabajo, al sujeto y a las técnicas y procesos de inserción.

El mercado laboral define las relaciones entre la oferta y la demanda de empleo, así como las exigencias de adecuación entre una y otra.

³⁷ La percepción que tienen los titulados acerca de su preparación para ejercer la carrera fue abordada en una encuesta publicada por el Ministerio de Educación y ciencia (1988). De los 1.495 que contestaron la pregunta, el 8.2% se sentían poco preparados, el 32.3% nada preparados, el 41.8% bastante preparados, y el 12.8% muy preparados. El 4.9% no sabía o no contestaba. Entre los 1.471 titulados parados que respondieron, un 7.9% decían estar poco preparados, un 43.8% nada, un 34.3% bastante y un 8.0% muy preparados. El 6.0% no sabía /no contestaba (p. 86).

Economistas y sociólogos se han ocupado tradicionalmente del análisis del mercado, que en el caso de los titulados superiores ha sido especialmente estudiado por la sociología de la educación. Pensamos, sin embargo, que al abordar la búsqueda de empleo de los licenciados como estrategia adaptativa, desde una perspectiva psicológica, deben conocerse los factores que la condicionan. El psicólogo básico debe analizar sistemáticamente las variables ambientales -el mercado-, que inciden sobre el comportamiento -en este caso el proceso de inserción-, y lo determinan.

Parece obvio que los comportamientos de búsqueda de empleo se relacionen con las actitudes del licenciado respecto al mercado, y que esas actitudes estén condicionadas por factores sociológicos y económicos, tales como la incorporación de la mujer al trabajo o la política de movilidad laboral fomentada por los gobiernos a través de la contratación temporal. Ambos factores inciden sobre el mercado e, indirectamente, sobre las expectativas de quienes buscan empleo.

2.3.1.1. Delimitación terminológica

Un aspecto que conviene considerar al analizar el mercado de trabajo es la clarificación del lenguaje utilizado.

Una de las principales causas de confusión respecto a las tasas de desempleo en nuestro país obedece a la indefinición

terminológica que suponen las distintas situaciones de paro y subempleo posibles. Y, sin embargo, la definición de estos términos es imprescindible a tres efectos:

1. **Estadístico:** estimación del número de parados y subempleados; comparación entre poblaciones, grupos sociales, etc.; y predicción del comportamiento y tendencias del problema.

2. **Metodológico:** la investigación del paro como fenómeno social requiere la operativización de los criterios de inclusión de los sujetos.

3. **Económico:** distribución de prestaciones y análisis de costes.

De cualquier forma, no resulta sencillo operativizar el "paro", a juzgar por las diversas tipologías en que pueden encuadrarse los desocupados y los subempleados³⁸.

³⁸ Esta indefinición constituye una de las más frecuentes causas de fricción entre Gobierno y sindicatos en relación a las estimaciones de desempleo. Así, por citar un ejemplo, la Unión General de Trabajadores denunciaba en 1989 al Gobierno por excuir de la Encuesta de Población Activa a los jóvenes que reciben cursos en las escuelas taller o casas de oficios (El País, 17 de septiembre, 1989), y Comisiones Obreras hacía lo propio denunciando la exclusión de 1.345.000 parados de las estadísticas oficiales, bajo la excusa de ser estudiantes y demandantes de cambio de empleo (El País, 13 de junio, 1989).

En contraste con estas denuncias, fundamentalmente referidas al colectivo de la población juvenil, hay que destacar los datos ofrecidos por otros estudios. Según un trabajo de Casal, Masjuan y Planas (1989), sobre inserción profesional y social de los jóvenes, sólo un 10% de ellos entre 19 y 25 años está en situación de paro crónico real. El 20% hace trabajos precarios y otro 20% combina el trabajo sumergido con la continuación de sus estudios. Entretanto, la tasa de paro juvenil oficial se estimaba del 20% en Cataluña -ámbito del estudio-, y del 31,74% en toda España, para los jóvenes de 16 a 25 años (El País, 11 de abril, 1989).

A las mismas conclusiones llega una encuesta realizada por la empresa Emopública, por encargo del Instituto de la Juventud. Sólo el 12% de los jóvenes españoles entre los 16 y los 29 años se declaran parados, mientras los datos de la EPA para el mismo periodo -segundo trimestre de 1988-, cifran el porcentaje de parados entre 16 y 24 años en un 20% (El País, 28 de febrero, 1989).

EMPLEADO: "Aquel que vive de los ingresos por el desempeño de su profesión, contando con contrato laboral estable y estando afiliado a la Seguridad Social" (Blanch, 1986, p. 15)³⁹.

DESEMPLEADO: "Persona que habiendo o no trabajado anteriormente, está actualmente en condiciones de ejercer una actividad laboral y desea realizarla, hallándose en "paro", al no encontrar empleo" (Blanch, 1986, p. 15)⁴⁰.

³⁹ La definición propuesta por Blanch presenta la ventaja de referirse no sólo a la estabilidad del trabajo sino también a la profesión del individuo, mientras que para la EPA la población ocupada incluye aquellas personas de 16 años o más, que trabajan en un empleo estable u ocasional por el cual perciben una remuneración, los que aun teniendo un empleo estable están temporalmente ausentes del trabajo, y los trabajadores familiares que realicen como mínimo un tercio de la jornada normal. Quedarían pues incluidos en esta definición los casos de subempleo, lo que impediría conocer la situación real de los licenciados, entre quienes el subempleo es una situación corriente.

⁴⁰ En la definición utilizada por Blanch se incluye también el criterio de inscripción en el INEM, que no nos parece imprescindible para considerar parada a una persona. En todo caso la inscripción en las oficinas de empleo se contabilizaría a efectos del paro registrado, no del paro estimado, esto es, según lo define la EPA, las personas de 16 años o más que durante el periodo de referencia no trabajaban por haber perdido su empleo y que buscaban otro remunerado. Se cuentan también aquellos que nunca han trabajado y buscan su primer empleo.

Aunque no existen muchos estudios sobre las comarcas de Girona, el trabajo de Serra (1986), para el Ripollès, pone de manifiesto que del total de personas que buscaban empleo entre setiembre de 1985 y febrero de 1986 -bien sea porque estaban paradas o porque se encontraban infrutilizadas-, sólo el 47,3% se hallaban inscritos en las oficinas de empleo, sobre una muestra de 313 jóvenes entre 16 y 28 años. Tal como señala el autor "las cifras de paro registradas en la oficina de empleo no responden en absoluto a la realidad social, ya que aparte de que casi la mitad de los que buscan empleo no se han dirigido a ella, cerca de un 15% de los que están inscritos tienen en la actualidad un trabajo y no se han tomado la molestia de darse de baja del censo" (p. 75).

En la EPA se definen como parados a las personas de 16 o más años que durante la semana de referencia (semana anterior a la entrevista) hayan estado:

- Sin trabajo: que no hayan tenido un empleo por cuenta ajena o por cuenta propia.
- En busca de trabajo: que hayan tomado medidas concretas para buscar un trabajo por cuenta ajena o hayan hecho gestiones para establecerse por su cuenta durante el mes precedente.
- Disponibles para trabajar: en condiciones de empezar a hacerlo en un plazo de dos semanas a partir de la fecha de entrevista.

Suele utilizarse el término “desempleado” como sinónimo de “parado” o “desocupado”, en el sentido de falta total de empleo retribuido, que puede dar lugar a tres situaciones:

1. Los que han perdido un trabajo (“job losers”).
2. Los que han dejado un trabajo (“job leavers”).
3. Los que buscan el primer empleo (“job entrants”).

SUBEMPLEADO⁴¹ : Condición del que no está totalmente desocupado pero tampoco en la situación de total empleo. Esta definición por exclusión encierra, a nuestro juicio, dos categorías:

1. SUBEMPLEO: En sentido estricto correspondería a las situaciones de empleo a tiempo parcial, inestables, sin contrato, sin afiliación a la Seguridad Social, con retribuciones inferiores a las vigentes establecidas por los convenios, etc.

2. SUBEMPLEO PROFESIONAL⁴² : Podemos definir esta categoría como la de aquellos que están empleados o subempleados en una profesión que no es la suya, aunque se hace difícil precisar lo qué debe considerarse como la propia profesión. Más aún en un mercado que no define los perfiles profesionales en relación a las titulaciones académicas.

⁴¹ Según la EPA existe subempleo cuando la ocupación que tiene una persona es inadecuada respecto a determinadas normas o a otra ocupación posible, teniendo en cuenta su cualificación profesional. Distingue entre subempleo invisible (bajo nivel de ingresos; aprovechamiento insuficiente de la cualificación del trabajador; baja productividad), y subempleo visible (el único que puede medirse), que afecta a aquellas personas que trabajan involuntariamente menos de la duración normal del trabajo para la actividad correspondiente y buscan o están disponibles para un trabajo adicional. Como definición operativa utiliza la siguiente: son subempleados todos los ocupados que, o bien trabajan a tiempo parcial por no haber podido encontrar un trabajo a jornada completa y están buscando otro empleo, o bien están afectados por un expediente de regulación de empleo, con suspensión o con reducción de jornada, han trabajado menos de cuarenta horas en la semana de referencia y buscan otro empleo.

⁴² Hemos adaptado el término de “paro profesional” utilizado por Marina Subirats en su obra sobre El Empleo de los licenciados (1981).

Para Kaufman (1982), el subempleo profesional -al que denomina genéricamente subempleo-, consiste en realizar un trabajo que no requiere un alto grado de utilización de las habilidades, conocimientos o aptitudes del sujeto. Por nuestra parte entendemos también como subempleo profesional el desarrollo de funciones por debajo de los conocimientos o habilidades adquiridos a través de una formación académica o profesional específica, que puede ser acreditada mediante un título⁴³.

Todavía cabría matizar entre Subempleo Profesional:

- * Voluntario
- * Involuntario

Subempleo Profesional voluntario: Algunas personas desean, por diversas razones, mantener unas condiciones laborales de subempleo. Es el caso, por ejemplo de los licenciados que desean trabajar mientras continúan su formación académica a través del tercer ciclo, cursos de postgrado o "masters"; o el caso de las licenciadas que intentan compatibilizar unas horas de trabajo con las funciones de "ama de casa" o madre de familia. O también, por ejemplo, el de los maestros que han seguido carreras universitarias para completar su formación, sin un interés específico en ejercerlas.

Subempleo Profesional involuntario: Se refiere a personas subempleadas que desearían cumplir las condiciones de total empleo. Pueden darse dos situaciones:

⁴³ Cabe preguntarse si la consecución de un título presupone la posesión de determinadas capacidades.

a) La de quienes trabajan en una profesión que no guarda relación con su titulación, o dicho de otra forma, requiere unas habilidades distintas de aquellas para las que el individuo se ha preparado con la finalidad de ejercerlas.

El problema, en este caso, radica en saber qué relación se establece entre la formación académica y los perfiles profesionales en un mercado que, como decíamos anteriormente, no tiene definida tal relación.

En las encuestas del "Council for National Academic Awards", en el Reino Unido (Brennan y Lyon, 1987), se sigue el criterio de preguntar a los graduados si su trabajo "requiere el empleo de conocimientos específicos de su titulación o si se trata del tradicional puesto de trabajo para titulados" (Cfr. Nepomiastchy, 1988, p. 90). En una publicación del Ministerio de Educación y Ciencia-Consejo de Universidades (1988), sobre las situaciones y perfiles de desempleo y subempleo de los titulados, se aborda el tema preguntando a los universitarios si el trabajo que realizan está adecuado a la titulación que poseen, tanto por el trabajo en sí, como por la categoría que les reconocen formalmente; y, en otra pregunta, si se sienten subempleados. Subirats (1981), por su parte, resuelve el problema metodológico definiendo este tipo de subempleo como la "situación en que las tareas desempeñadas no corresponden a la imagen colectiva que los licenciados poseen de sus papeles profesionales" (p. 90).

Aunque el término de “imagen colectiva” no parece demasiado adecuado por su imprecisión, sí estamos de acuerdo en que el recurso a la subjetividad de cada individuo es la única forma de resolver, hoy por hoy, la relación de adecuación entre formación y empleo, -excepto, claro está, en aquellos casos en que el puesto de trabajo requiere un perfil profesional acorde con una titulación específica.

b) La de quienes trabajando en aquello para lo que se han formado deberían realizarlo en otras condiciones (económicas, de contratación, jornada laboral, etc.). Existen muchos casos de contrataciones en prácticas que están desempeñando tareas profesionales, o plazas de requerimientos universitarios que salen a concurso con un perfil inferior al del puesto a ocupar, sabiendo que quienes se presentarán para cubrirlo son universitarios a los que se contratará con una categoría inferior.

Finalmente, conviene advertir que somos conscientes de los inconvenientes de aceptar la distinción entre subempleo voluntario e involuntario como criterio estadístico o político, -aun cuando se incluyen en las definiciones de la EPA-, pero sí pueden ser útiles para la investigación psicológica del proceso de transición al trabajo.

Las implicaciones de una delimitación tipológica como ésta son obvias para la investigación de la búsqueda de empleo y del desempleo. La literatura psicológica sobre el tema suele tener en

cuenta los diferentes grupos de desempleados, al analizar las consecuencias de la desocupación laboral (Ortiz, 1985):

- Jóvenes que no han tenido su primer trabajo: "la situación es vivida como una circunstancia externa a ellos mismos, crisis social, económica, tecnológica, etc., lo cual deslleva a percibirla como una situación incontrolada, que les lleva a una situación de indefensión".
- Parados que han perdido su empleo anterior: el desempleo es percibido, por lo general, como una situación de fracaso personal" (p.42).

2.3.1.2. Análisis del mercado laboral de los licenciados

Analizar el mercado de trabajo de los titulados superiores no es tarea fácil, como se evidencia en las numerosas publicaciones aparecidas al respecto durante los últimos años. Las relaciones entre la oferta y la demanda, que definen y regulan el mercado laboral no pueden medirse únicamente por las cifras de paro y subempleo. El debate debe plantearse entorno a tres temas:

- a) La finalidad de la educación superior.
- b) La capacitación profesional de los titulados.
- c) La dinámica del mercado.

2.3.1.2.1. Objetivos de la educación superior

Wielemans (1988) señala que la enseñanza superior debe cumplir cuatro funciones principales:

- El desarrollo del conocimiento científico,
- La provisión de una oferta educativa y de formación,
- La prestación de servicios a la sociedad y
- El mantenimiento de su papel como crítico social.

Sin entrar en profundidad sobre el tema, parece evidente la existencia de una doble perspectiva respecto a la forma de entender la enseñanza universitaria: la de quienes reclaman una formación científica-cultural general y amplia, frente a quienes exigen una mayor adaptación al mercado laboral y una mayor contribución al rendimiento de la economía.

Suele afirmarse que los titulados valoran de forma positiva su formación universitaria, al margen del beneficio laboral conseguido, y conceden un gran valor a la adquisición de una cultura amplia y de conocimientos sobre un campo específico de su elección (Margolin, 1988). De acuerdo con una encuesta realizada por "Le Matin" en 1980, y citada por ese autor, los estudiantes dan mayor importancia a sus gustos y aspiraciones personales (46%), que a sus futuras perspectivas de empleo (27%).

En el estudio del "Council for National Academic Awards", en el Reino Unido (Brennan y Lyon, 1987), se observó que sólo un 9% de los licenciados en artes y humanidades, ciencias sociales, planificación ambiental y psicología elegirían una carrera de ciencias, o tecnológica, si tuvieran oportunidad de volver a empezar sus estudios; y sólo un 5% de los titulados en ciencias escogería una de aquéllas.

Estos datos son confirmados también por estudios nacionales como el de Díaz Allué (1989), en el que una muestra de 1.295 alumnos de la Universidad Complutense de Madrid señala entre los motivos principales para la elección de su carrera: 1) su valor formativo y humano (67.7%), 2) su valor de servicio a la sociedad (62.6%), 3) el interés por estos estudios (59%), 4) salidas profesionales acordes con la profesión (49.1%) y, 5) las aptitudes para la carrera (41.1%). Tal como señala la autora, el prestigio social de la carrera o los beneficios económicos apenas son considerados a la hora de su elección (poco-nada = 82.7% y 80% respectivamente) (p.62).

Ahora bien, aun cuando estas cifras pudieran generalizarse a otros estudios -y no queremos correr el riesgo de extrapolar resultados parciales a otras titulaciones-, la explicación más probable no dependería tanto de una concepción generalista y abierta de la universidad, como de una adaptación ante la respuesta del mercado a las altas tasas de desempleo, que ha optado por aumentar la exigencia de requisitos para acceder a una ocupación. Por tanto, desde la perspectiva del estudiante-trabajador, el título universitario, aunque no garantiza un acceso directo al empleo, como antaño, supone una posición ventajosa frente a quienes no lo tienen (Ordovas, 1984, 1988)⁴⁴. Y, a juzgar por los datos estadísticos disponibles, esa creencia está totalmente justificada en la mayoría de los países occidentales.

⁴⁴ Ello explicaría el aumento en la tasa de crecimiento de la matrícula universitaria a pesar del deterioro en las posibilidades de empleo (Martínez Chacón, 1988).

TABLA 2.3. Cociente entre la tasa de paro de las personas con estudios inferiores a la enseñanza secundaria y las personas con título universitario.

País	Varones	Mujeres
Australia	3,65	1.42
Austria (a)	6.88	2.04
Bélgica (b)	2.81	2.91
Canadá (a)	3.59	2.42
Finlandia (a)	7.50	8.00
Alemania (a)	4.80	1.87
Grecia (a)	0.93	0.49
Italia (a)	1.87	1.66
Países Bajos (a)	2.48	1.45
Noruega (a)	5.50	2.00
España (a)⁴⁵	1.17	0.17
Suecia (a)	2.63	2.75
Suiza (a)	1.00	0.86
Reino Unido (a)	4.00	2.40
Estados Unidos (a)	5.94	4.57

(a) Datos referidos a 1987. (b) Datos referidos a 1986.

Fuente: OCDE (1989) (p. 134).

Comparando los cocientes entre la tasa de paro de personas con estudios de nivel inferior a la enseñanza secundaria y la de las personas con título universitario (tabla 2.3.), se aprecia claramente la mejor posición de los titulados con respecto a los trabajadores de menor educación en el conjunto de países de la OCDE. Pero se observa también que esa ventaja es mucho menor en países como Grecia o España, y prácticamente inexistente en el caso de las mujeres españolas. En general la ventaja del título es menor para las mujeres en todos los países.

⁴⁵ Dado que las cifras proceden de las encuestas de población activa de los distintos países, deben tomarse con precaución para el caso español. Ya hemos apuntado en una nota anterior la importancia de la economía sumergida en el caso de los jóvenes y sus consecuencias sobre la estimación de las tasas de desempleo.

Suele existir una estrecha relación entre educación y empleo, si bien el nivel más alto de estudios no va siempre unido a las tasas de paro más bajas, como ocurre en el caso de los jóvenes titulados -y especialmente las tituladas- españoles⁴⁶.

Cabe preguntarse qué características específicas proporciona la educación que la convierten en un importante valor de contratación en el mercado laboral.

Desde el punto de vista teórico, se ha sugerido (Ball, 1985) que la educación cumple tres funciones: provisión de técnicas y conocimientos, clasificación-selección, y socialización.

⁴⁶ **Tasas de paro según estudios realizados por edad y sexo en España.** (Datos correspondientes al 4º trimestre de 1990)

EDAD (años)	VARONES NIVEL DE ESTUDIOS					MUJERES NIVEL DE ESTUDIOS				
	A	B	C	D	E	A	B	C	D	E
Total	15.40	10.45	13.60	6.94	7.73	16.14	21.15	29.77	15.81	19.11
16-19	41.81	32.18	28.04	.00	--	52.90	43.81	40.92	48.02	--
20-24	32.26	27.81	22.45	37.27	45.89	43.24	37.57	36.48	45.50	48.70
25-29	26.97	21.52	13.03	12.33	20.91	41.66	34.79	29.45	21.51	28.10
30-44	16.43	8.98	6.85	3.67	4.43	25.43	22.42	20.98	8.47	10.72
45-54	14.72	5.94	3.65	2.14	.00	14.50	13.38	11.84	2.83	1.14
55 y +	12.96	6.70	4.96	5.13	.81	6.52	6.51	9.64	2.13	.00

Nivel A: Analfabetos y sin estudios. Nivel B: Estudios primarios. Nivel C: Estudios medios. Nivel D: Nivel anterior al superior. Nivel E: Estudios superiores.

Fuente: Encuesta de Población Activa (INE). Cuarto trimestre 1990.

En realidad, si se toman datos globales, la situación de los titulados en el mercado laboral es cuantitativa y cualitativamente mejor que la del resto de trabajadores. El problema radica, fundamentalmente, en la dificultad de encontrar el primer empleo, pero una vez hallado es difícil que vuelvan al paro.

1. PROVISIÓN DE TÉCNICAS Y CONOCIMIENTOS

La educación favorece la adquisición de certificaciones profesionales que repercutirán directamente sobre la productividad del trabajador. A mayor nivel educativo mayor productividad y, consiguientemente, cuanto mayor sea el nivel educativo de una sociedad, tanto mayor será su crecimiento económico.

Esta sería la tesis de la teoría del capital humano, desarrollada durante los años 60, fundamentalmente por Schultz (1961) y Becker (1964). De esta forma, la educación repercute no sólo sobre un mayor nivel de ingresos de los trabajadores, sino también en el aumento de la renta nacional y el crecimiento económico, al tiempo que reduce la distribución desigual de la renta entre los ciudadanos, facilitando la igualdad de oportunidades (García de Cortázar, 1987).

2. CLASIFICACIÓN-SELECCIÓN

Menos de diez años fueron suficientes para constatar que el efecto de la educación sobre el crecimiento económico y la distribución social no era tan directo como se pensó inicialmente. La expansión de los sistemas educativos y la mejora en la cualificación de los trabajadores no se tradujo en una mayor actividad económica o bienestar social, ni se consiguió tampoco reducir las desigualdades sociales.

Frente a la teoría del capital humano, el credencialismo (Collins, 1977, 1979; Stiglitz, 1975; Taubmann y Wales, 1973), sostiene que la función de la educación es la de seleccionar aquellos trabajadores que son más productivos. Las distintas etapas educativas constituirían una criba que sería utilizada por los empresarios para seleccionar a los mejor dotados por naturaleza. Por tanto, la finalidad de la educación no sería la provisión de técnicas o conocimientos con vistas a un aumento de la productividad -ya que éstas se adquirirían posteriormente en el lugar de trabajo-, sino "certificar su entrenabilidad [de los trabajadores] y proporcionarles una cierta posición en virtud de dicha certificación" (Thurow, 1983, orig. 1972; cfr. García de Cortazar, 1987). De esta forma la obtención de un título acreditaría a aquellos solocitantes que reúnen las mejores condiciones para su adiestramiento posterior en la empresa.

Se explicaría la caída de determinadas titulaciones en el mercado de trabajo en la medida en que no garantizan la selección natural de las personas mejor dotadas. El acceso masivo a algunas facultades, y unos controles académicos no excesivamente rígidos tendrían como consecuencia un stock de licenciados poco seleccionado. Aun así los titulados continuarían encontrando empleo con mayor facilidad que otros trabajadores.

Afirmar que la educación tiene como objetivo seleccionar a los más capacitados, y, por tanto, que las instituciones universitarias actuarían básicamente como evaluadoras de las capacidades intelectuales de los estudiantes, pondría en tela de juicio todo el

proceso de docencia y aprendizaje y, por tanto, el fin último de la institución universitaria. Pero, al mismo tiempo, parece un argumento demasiado simple para explicar la compleja dinámica del mercado laboral (Tarsh, 1988).

En una encuesta realizada a las 30 principales empresas españolas por el Centro de Investigaciones Sociológicas, y dirigida por Ricardo Montoro (La Vanguardia, 26 de agosto de 1990), se afirma que “entre los criterios de selección que utilizan los empleadores, sobresale la entrevista personal más que los conocimientos personales, que se pueden desarrollar en su aprendizaje en la empresa. ... El tándem constituido por la titulación media y superior y la personalidad del candidato son las piezas claves y definitorias de toda selección” (p. 78). Tres explicaciones se plantean como posibles a este tipo de datos, por otro lado bastante generalizados en la literatura sobre búsqueda de empleo: 1) el sistema educativo actúa como criba de quienes ya poseen unas determinadas características intelectuales y de personalidad; 2) estas características se adquieren durante el proceso educativo; y 3) los empresarios aceptan como buenas la formación y destrezas adquiridas en las facultades y, en igualdad de cualificaciones profesionales, seleccionan a quienes presentan mejores cualidades personales.

3. SOCIALIZACIÓN

Bowles y Gintis (1975) consideran a la educación como un instrumento de estratificación social, cuya finalidad sería la

transmisión de actitudes y comportamientos de clase para perpetuar el sistema de desigualdades sociales. Desde este enfoque marxista, los licenciados constituirían un grupo social que habría recibido y asimilado los valores de jerarquía, competitividad y aceptación de la valoración de la persona según los resultados obtenidos, todos ellos de gran importancia para los empleadores.

La evidencia empírica a favor de una u otra de estas teorías no es definitiva. Probablemente se trate de teorías complementarias. Ciertamente, no parece posible, por el momento, decidir si un mayor nivel de estudios produce una mayor madurez personal y laboral como resultado de la formación recibida, o bien, aquéllos con unos rasgos naturales "adecuados" para el empresario acceden a los niveles educativos más altos. Obviamente, ambos enfoques tienen repercusiones distintas sobre la orientación de los procesos de búsqueda de empleo.

Como conclusión puede establecerse que el nivel de estudios -la titulación superior-, es una variable a considerar en el análisis del mercado laboral, aunque no la única. Éste tiene una dinámica propia en la que interactúan otras variables relevantes. Baste resaltar el papel desempeñado por las mujeres tituladas, demostrando claramente que la educación no es suficiente para acceder a una ocupación, o también el distinto comportamiento de determinadas titulaciones en el mercado de trabajo.

2.3.1.2.2. La capacitación profesional de los titulados.

Aceptando, pues, que uno de los objetivos prioritarios de la actual educación universitaria es la formación profesional, que culmina con la incorporación del titulado al mercado de trabajo, cabe preguntarse qué tipo de conocimientos, técnicas y actitudes exige el sistema productivo, cuya posesión facilite la inserción profesional.

Citando a Kogan (1988) “parece ser que lo que las empresas quieren son unos buenos expedientes académicos..., conocimientos y habilidades específicas, tales como una buena capacidad numérica, la predisposición para trabajar en equipo, o la facilidad para preparar buenos informes escritos; y además hacen hincapié en las cualidades generales y personales asociadas con la inteligencia y el sentido práctico, el sentido común y el olfato comercial” (p. 2). En el mismo sentido se manifiesta el Consejo de Industria y Enseñanza Superior del Reino Unido, formado por empresarios (Boys, 1988).

Varios estudios españoles, comentados por García de Cortázar (1987), apoyan esta tendencia de los empleadores a reclutar titulados “que puedan adaptarse a situaciones distintas, derivadas de las diversas funciones que deben desempeñar” (p. 289). En la encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (La Vanguardia, 26 de agosto, 1990), se afirma también que “los empresarios buscan jóvenes inteligentes, capaces de adaptarse con facilidad a los cambios profesionales, porque consideran que la formación ya se proporciona en la empresa día a día”.

Este argumento se basa en una concepción generalista de la universidad, según la cual la carrera realizada no influye de manera decisiva en las perspectivas profesionales del titulado, y suele apoyarse en las opiniones expresadas por los empleadores al ser preguntados acerca de sus exigencias de contratación. Ciertamente, la opinión de los empresarios puede considerarse como una medida indirecta y no siempre coincidente con los datos reales del mercado.

Si el argumento expuesto fuera cierto, no se comprendería el diferente comportamiento de las distintas titulaciones en el mercado de trabajo. Como señala Tarsh (1988), estas diferencias existen a todos los niveles:

- En el momento de encontrar el primer empleo.
- Al proseguir estudios de posgrado y de formación avanzada.
- En los modelos sobre niveles de empleo a los tres años de la graduación y en los estudios de seguimiento de empleo de titulados.
- En los niveles de ingresos alcanzados durante la vida profesional. (p. 127).

Tarsh, asesor económico del Departamento de Educación y Ciencia del Reino Unido, ofrece un modelo distinto sobre la relación existente entre la capacitación profesional adquirida en la universidad y la incorporación posterior del titulado al mercado de trabajo.

Desde su punto de vista, la educación superior proporciona, de un lado, técnicas específicas, propias de cada carrera y, de otro, técnicas indirectas, de carácter general, como el procesamiento de información, razonamiento, análisis, etc. Al mismo tiempo, el mercado laboral ofrece dos tipos de empleo:

a) lo que denomina “empleo cerrado”, se refiere a las ocupaciones específicas de cada especialidad, a las cuales sólo puede accederse con unos determinados conocimientos, y

b) el “empleo abierto”, representado por aquellos sectores que reclutan una amplia gama de carreras.

De esta forma, concluye Tarsh, “el desempleo [de los titulados] depende de dos factores: la amplitud del mercado cerrado y la competitividad de cada carrera en el mercado abierto” (p. 129).

Este análisis permitiría explicar el comportamiento de determinadas titulaciones en el mercado, como es el caso de biológicas o historia, que aun poseyendo un mercado específico, son poco competitivas en el mercado general de titulados, mientras otras carreras proporcionan conocimientos de alto valor para los empresarios. En psicología, por ejemplo, el mercado cerrado es aún reducido y los titulados de esta especialidad deben competir en el mercado abierto -enseñanza, empresa, etc.-.⁴⁷

⁴⁷ Obviamente, la mayor o menor amplitud del mercado cerrado se define en relación a las necesidades sociales, a la adecuación entre la titulación y el perfil profesional -mejor o peor definida según países-, y al stock de titulados que debe absorber. Así parece lógica la estrategia de fomentar aquellos estudios que posibiliten la adquisición de conocimientos y técnicas adaptados al sistema productivo, aunque ello implique a la universidad ir a remolque de la sociedad y no por delante de ella.

Probablemente ambos modelos son compatibles, en tanto que la posesión individual de una formación general y unas cualidades personales determinadas serán ventajosas tanto en el mercado cerrado como en el mercado abierto.

Que la universidad proporciona, hoy por hoy, una serie de cualidades y técnicas indirectas provechosas en el mercado del empleo parece avalado por el desplazamiento que los obreros cualificados están sufriendo en las ofertas de empleo por parte de los titulados de grado medio y superior. Sin embargo, ya nos hemos referido a la posibilidad que la educación superior actúe como un simple mecanismo de selección de quienes poseen las mejores aptitudes antes de su entrada en la universidad.

Para conocer el papel desempeñado por la formación universitaria en la provisión de técnicas indirectas, la encuesta HELM (Brennan y McGeevor, 1987)⁴⁶ evaluó el desarrollo de aptitudes generales durante la carrera según las diferentes titulaciones, en base a la siguiente pregunta: "respecto a los requisitos de su actual puesto de trabajo, ¿cree usted que a lo largo de su carrera universitaria le ofrecieron suficientes oportunidades para desarrollar sus aptitudes en las siguientes áreas?". Los resultados se muestran en la tabla 2.4.:

⁴⁶ N= 2.640 graduados, de la promoción 1982.

TABLA 2.4. Desarrollo de aptitudes generales durante la etapa de formación universitaria según el tipo de estudios cursados.

Estudios cursados	% oportunidades insuficientes			
	Expresión oral	Expresión escrita	Aritmética	Cálculo
Arte y humanidades	11.4	3.5	37.2	41.4
Ciencias Sociales	22.2	4.7	34.9	44.6
CC empresariales y Dir. emp.	45.2	19.8	7.5	58.5
Ciencias I	40.4	15.3	9.8	35.0
Ciencias II	28.5	8.2	16.2	47.1
Urbanismo	28.4	9.0	15.7	53.4
Ingeniería	47.5	26.3	0.8	28.6
Bellas Artes y Diseño	30.5	34.2	38.4	34.9
...				

Fuente: Brennan y McGeevor (1987); cfr. McGeevor (1988) p.83.

Es patente, pues, la diferencia de aptitudes desarrolladas según el tipo de formación recibida.

Parece necesario precisar, sin embargo, que esas técnicas no se adquieren a partir de una misma base individual. El ingreso en la educación superior es el resultado final de una larga y compleja selección social y educativa.

En primer lugar, la elección de la carrera está condicionada por los bloques de asignaturas elegidos durante la etapa secundaria, y esta elección viene fuertemente determinada por los resultados académicos obtenidos por los alumnos, con independencia de los intereses vocacionales. Como señala Margolin (1988), en Francia "se orienta a la mayoría de los mejores estudiantes de las escuelas secundarias hacia el ingreso en la sección C del "baccalauréat" (matemáticas y física), con independencia de la rama que ellos

preferían. Son reclutados no sólo en función de su competencia en temas científicos, sino también en función de su capacidad de asimilación de información y de su nivel general de conocimientos” (p. 61).

En segundo lugar, la política de acceso a la universidad determina unas notas mínimas de entrada a determinadas facultades o escuelas, lo que condiciona la elección de la carrera por parte de los estudiantes. Estas notas mínimas suelen estar en relación con el número de plazas ofertadas y la demanda social de determinados estudios, generalmente los de mejores perspectivas profesionales⁴⁹.

De esta forma, los mejores estudiantes son también los que cursan las mejores carreras, y en las mejores instituciones, esto es, las más solicitadas por los empresarios, por lo que son doblemente competitivos en el mercado general de titulados, por sus aptitudes y cualidades personales al margen de la capacitación profesional recibida en la universidad. Este argumento implica la consideración de un análisis del mercado basado en los individuos, y en sus características personales y colectivas, y no exclusivamente en las exigencias de titulación requeridas por el sistema productivo.

⁴⁹ Durante el curso 1990-91, se requería una nota mínima de 8,17 para estudiar ingeniero de telecomunicaciones en Málaga, 7,80 en la Politécnica de Madrid, o 7,50 en la Politécnica de Valencia, por poner algún ejemplo. El único centro que no ponía limitaciones en esta especialidad era la Escuela Técnica Superior de las Palmas, a suficiente distancia de la península como para disuadir a los menos decididos.

2.3.1.2.3. La dinámica del empleo de los titulados superiores⁵⁰

Ya hemos señalado la variedad de factores que condicionan la dinámica del empleo de los graduados universitarios, al margen de las tasas globales de paro. Es útil además conocer las características y la magnitud real del problema. De un lado, porque ello determina, indudablemente, las expectativas de los recién licenciados y, consiguientemente, sus comportamientos de búsqueda de empleo. De otro, porque condicionará las estrategias de intervención a seguir.

No se trata tanto de hacer un análisis profundo de las características del mercado laboral de los universitarios, -existen excelentes estudios que se ocupan de ello⁵¹-, como de resaltar algunos aspectos de interés que inciden directamente en los procesos de búsqueda de empleo.

Básicamente, intentamos considerar tres cuestiones: ¿a cuántos titulados, presumiblemente, afecta el problema de tener que buscar trabajo? (número de parados y subempleados); ¿qué características diferenciales presentan? (titulación, sexo, edad, etc.); y las causas de su situación.

⁵⁰ En lo sucesivo nos referiremos únicamente a los titulados superiores, excluyendo a los de grado medio, excepto cuando se indique lo contrario.

⁵¹ La polémica suscitada por el trabajo de Martín Moreno y De Miguel (1979), junto al impacto provocado por el título de su obra "Universidad, fábrica de parados", tuvieron una importante repercusión social que incentivó la realización de numerosos estudios sobre el empleo de los titulados. Ello permitió conocer el tema con alguna profundidad. Merecen destacarse las publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia (Consejo de Universidades) sobre "El mercado de trabajo de los titulados universitarios en España" (1985); "Las situaciones y perfiles de desempleo y subempleo de los titulados universitarios" (1988); y "El stock de titulados universitarios y su relación con el mercado de trabajo 1976-1986" (1989).

1. LOS TITULADOS SUPERIORES EN 1990

La tabla 2.5. recoge las cifras de titulados superiores, por edades y sexo, en relación al total de la población española.

TABLA 2.5. Población de 16 y más años con estudios superiores, según edad(*) y sexo (En miles de personas).

	TODOS LOS NIVELES DE ESTUDIO			ESTUDIOS SUPERIORES					
	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	%	HOMBRES	%	MUJERES	%
TOTAL	30,496.2	14,633.2	15,863.0	1,060.2	3.48	654.6	61.74	405.6	38.25
16-19	2,709.9	1,396.4	1,313.6	----		----		----	
20-24	3,214.5	1,666.3	1,548.1	83.3	2.59	35.8	42.98	47.5	57.02
25-29	2,745.1	1,400.2	1,344.9	241.9	8.81	119.3	49.32	122.6	50.68
30-44	7,239.0	3,560.0	3,679.0	437.6	6.04	259.4	59.28	178.3	40.74
45-54	4,206.9	2,038.4	2,168.5	116.3	2.76	86.7	74.55	29.6	25.45
55 y +	10,380.8	4,571.9	5,808.9	181.3	1.75	153.5	84.66	27.8	15.33

(*) Se han agrupado los datos en intervalos de 5, 10 o 15 años a efectos de comparación con la tabla 2.7⁵².

Fuente: Encuesta de Población Activa. Cuarto trimestre 1990.

El aumento del nivel de estudios de la población española es evidente entre las generaciones más jóvenes. Un 11.4% de los menores de 30 años tiene estudios superiores, frente a un 1.75% entre los mayores de 55 años. Evolución más patente aún en el caso de la mujeres con estudios superiores que, en 1990, representaban ya un 57% del total de titulados universitarios entre 20 y 24 años⁵³.

⁵² Los porcentajes de titulados superiores por grupos de edad, sin agregar, tal como figuran en la EPA, son los siguientes: 1.29 (mayores de 70 años); 1.81 (65-69); 1.90 (60-64); 2.26 (55-59); 2.53 (50-54); 2.99 (45-49); 4.25 (40-44); 6.34 (35-39); 7.41 (30-34); 8.81 (25-29); y 2.59 (20-24 años).

⁵³ Frente a un 12.7% entre los titulados mayores de 70 años; 13.45% entre 65 y 69 años; 15.33% entre 60 y 64; 18.93% entre 55 y 59; 17.11% entre 50 y 54; 32.34% entre 45 y 49; 28.74% entre 40 y 44; 41.27% entre 35 y 39; y el 46.61% entre los 30 y 34 años.

El número de titulados ha crecido un 162.04% en 1990, si tomamos como base el año 1976, mientras que la población española mayor de 16 años ha experimentado tan sólo un crecimiento del 19.69% desde esa fecha (ver tabla 2.6.). Este aumento no ha afectado por igual a todas las titulaciones, sino que ha sido superior entre los licenciados de facultades universitarias.

TABLA 2.6. Evolución de la población con estudios superiores y de la población general mayor de 16 años. Índices con base en 1976.

AÑO	POBLACIÓN CON 16 AÑOS Y MÁS (En miles de personas)	ÍNDICE	POBLACIÓN CON ESTUD. SUPERIORES (En miles de personas)	ÍNDICE
1976	25,479.4	100	404.6	100
1981	27,163.4	106.61	543.0	134.21
1986	28,945.5	113.60	778.3(*)	192.36
1990	30,496.2	119.69	1,060.2	262.04

Fuente: Para 1976, 1981 y 1986: M.E.C. Consejo de Universidades (1989). Para 1990: EPA (4º trimestre 1990).

(*) La estimación realizada por el grupo Estudios para el Consejo de Universidades ofrece un stock de 902.483 titulados para 1986 (p. 245; cuadro 47.2), lo que contrasta con los datos de la EPA para ese mismo año, recogidos también en esa publicación (p. 141; cuadro 1). Hemos considerado oportuno referirnos a los datos de la EPA, a efectos de comparación con los correspondientes a 1990.

2. NIVELES DE ACTIVIDAD Y PARO

Del 1.060.200 de personas con estudios superiores existentes en España a finales de 1990, 869.200 (81.98%) estaban activos (764.500 ocupados y 104.700 parados).

La tabla 2.7. muestra la población activa con estudios superiores en cifras absolutas y las tasas de titulados parados -que representan el 4.32% de los 2.424.300 parados españoles-, según edad y sexo.

TABLA 2.7. Población activa con estudios superiores. Cifras absolutas (en miles de personas) y porcentajes de parados.

EDAD	POBLACION ACTIVA CON ESTUDIOS SUPERIORES				PARADOS					
	TOTAL	%	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	%	HOMBRES	%	MUJERES	%
TOTAL	869.2	81.98	539.9	329.3	104.7	12.04	41.7	7.73	62.9	19.11
20-24	56.3	67.63	20.3	36.0	26.9	47.78	9.3	45.89	17.5	48.70
25-29	198.2	81.94	97.6	100.6	48.7	24.56	20.4	20.91	28.3	28.10
30-44	413.2	94.42	256	157.2	28.2	6.83	11.4	4.43	16.9	10.72
45-54	108.8	93.55	85	23.7	.3	.25	.0	.00	.3	1.14
55 y +	92.5	51.02	80.8	11.9	.7	.71	.7	.81	.0	.00

Fuente: Encuesta de Población Activa. Cuarto trimestre de 1990.

De los datos de la tabla se desprende que la situación de los titulados superiores respecto al empleo es sensiblemente mejor que la del resto de la población, que a finales de 1990 mantenía una tasa de paro del 16.11%.

También han mejorado su situación en relación con la que tenían en años anteriores. En 1985, por ejemplo existían en España 106.000 titulados desempleados, que representaban el 17.3% del total de titulados activos (cfr. García de Cortázar, 1987), mientras que en 1990, los 104.700 titulados en paro representan el 12.04% de la población activa con estudios superiores, si bien constituyen el 4.32% del total de la población desempleada, frente al 3.6% que

representaban en 1985 (García de Cortázar, 1987), o el 3.7% en 1987 (Toharia y Fernández M. de Andés, 1988). Este aumento es consecuencia del notorio incremento de personas con estudios superiores que veíamos en el apartado anterior.

En el caso de las mujeres, sin embargo, su mayor presencia en la Universidad no se corresponde con una situación favorable en el mercado de trabajo. Excepto para el intervalo correspondiente a los mayores de 55 años, las mujeres tienen mayores dificultades para su incorporación laboral, siguiendo la tendencia constatada en otros países de nuestro ámbito, tal como podía observarse en la tabla 2.3.

Lamentablemente, la EPA presenta la información con un elevado nivel de agregación, distinguiendo únicamente entre titulados superiores y pre-superiores, lo que impide conocer las tasas de paro-ocupación por especialidades. Consideramos, sin embargo, que esta información es interesante al abordar el tema de la búsqueda de empleo. Los procesos de inserción serán, obviamente, distintos según el comportamiento de cada título en el mercado; pero las conductas de búsqueda y las actitudes lo serán también en función de las expectativas de cada colectivo. En la tabla 2.8. recogemos las estimaciones de titulados en paro (1986) y paro registrado (1987), publicadas por el Ministerio de Educación y Ciencia (1988;1989).

TABLA 2.8. Parados por titulaciones en 1986 y 1987.

TITULACIONES	1986				1987(1)	
	MÍNIMO		MÁXIMO		Tasa absoluta (2)	Tasa relativa (3)
	Parados	Tasa	Parados	Tasa		
Letras	34.987	21.0	47.950	28.7	16.4	23.1
Medicina	13.138	11.4	15.229	12.9	13.5	32.1
Ciencias	13.060	15.9	17.413	20.7	1.56	16.8 (4)
Derecho	9.553	9.9	11.415	11.6	4.6	
Económicas	7.718	13.1	9.091	15.1	2.5	11.6
Arquitectura	2.225	14.4	2.602	16.7	0.8	7.6
Ingeniería (5)	1.033	3.0	2.506	7.3	0.2	10.1 (6)

(1) Las cifras correspondientes a 1987 se han calculado promediando las tasas de los licenciados en Biología (4.4), Geología (0.5), Física (0.3), Química (2.3) y Matemáticas (0.3), para los de ciencias; las de ingenieros industriales (0.7), agrónomos (0.3), de montes (0.1), aeronáuticos (0.0), caminos, canales y puertos (0.1), minas (0.0), navales (0.1) y telecomunicación (0.3).

(2) Porcentaje de titulados en paro de cada carrera respecto al total de titulados en paro
 (3) Porcentaje de titulados en paro de cada carrera respecto al total de titulados de la misma.

(4) Biología (39.5), Física (4.6), Química (18.60 y Matemáticas (4.7).

(5) Se refiere a ingenieros industriales.

(6) Ingenieros de Caminos, canales y puertos (4.1) y Telecomunicaciones (16.2).

Fuente: Ministerio Educación y Ciencia (1988; 1989).

A pesar de la precaución con que deben leerse estos datos, sí puede constatarse un comportamiento diferente entre carreras en relación al mercado de trabajo. Como ya se había puesto de manifiesto en numerosas publicaciones, y en los medios de comunicación, las carreras de letras, y algunas de ciencias (especialmente biología), soportan las mayores tasas de desempleo, superando incluso las tasas de la población general, seguidas por medicina y las ciencias sociales. En contraposición, los ingenieros y arquitectos disfrutaban de unas buenas perspectivas profesionales.

Si se analiza la dinámica del mercado, y el comportamiento de las diversas titulaciones, desde la perspectiva de los empresarios, se confirman, hasta cierto punto, los datos expuestos. En un estudio encargado por el Departament d'Educació de la Generalitat de Catalunya al Instituto Josep Trueta (Guitart, 1990), acerca de la demanda laboral de titulados universitarios en los anuncios que aparecen en la prensa⁵⁴, se confirma que las titulaciones más solicitadas son las de Económicas y empresariales (11.5%), Ingeniería industrial (6.8%), Química (4.6%), Medicina (2.8%), Informática (2.45%) e Ingeniería de telecomunicaciones (2.1%). El resto de titulaciones figuran con un porcentaje inferior al 2%⁵⁵.

3. CARACTERÍSTICAS DE LOS TITULADOS SUPERIORES EN PARO

El desempleo universitario presenta tres características definitorias: es básicamente un paro femenino, juvenil, y afecta, especialmente, al primer empleo.

De los 104.700 parados con estudios superiores, 62.900 (60.07%) son mujeres; 75.600 (72.21%) son jóvenes menores de 30

⁵⁴ Hay que ser muy cauto en la interpretación de estas cifras, puesto que los datos oficiales indican que tan sólo 15 de cada 100 puestos vacantes que quedan en las empresas llegan a ser publicados (El País, 11 de junio de 1989). De otro lado, es conocido que un porcentaje importante de los titulados acceden a puestos de la Administración por la vía de las oposiciones, por lo que el Instituto ha llevado a cabo otro estudio paralelo sobre la demanda de titulados a partir del análisis del Boletín Oficial del Estado y del Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya.

⁵⁵ Los porcentajes citados corresponden a los presentados por el Conseller Joan Guitart en 1990 que, sin embargo, no coinciden con los publicados por La Vanguardia del 22 de diciembre de 1989 respecto a ese mismo estudio.

años, y 61.000 (58.26%) buscan su primer empleo, de los que 24.300 son hombres (39.84%) y 37.700 (60.16%) son mujeres, mientras que para el total de parados españoles (todos los niveles de estudios), sólo un 27.06% busca su primera ocupación. Este dato viene a confirmar que encontrar un primer trabajo continúa siendo el problema principal que afrontan los titulados ya que, como señala Ordovas (1988) “una vez conseguido éste, se alcanza un grado de seguridad en el empleo que es sin duda un lujo en las actuales circunstancias” (p. 54).

En otro orden de cosas, parece que el expediente académico y la duración de los estudios no ejercen una influencia decisiva en la incorporación de los titulados al trabajo. A juzgar por los datos que publica el Ministerio de Educación y Ciencia (1988), mientras los titulados en general obtenían una nota media de 6.73 en sus estudios, con una duración de 5.75 años, los parados conseguían un promedio de 6.47, con una duración de 5.9 años⁵⁶. Por tanto se desprende que la falta de cualificación no parece ser un factor decisivo en la explicación del paro en España, hecho que coincide también con las informaciones disponibles para el resto de la población general, tal como apuntan Toharia y Fdez. M. de Andrés (1988).

⁵⁶ Entre los titulados en general (N= 1495), obtienen un 45.2% de aprobados, un 44.2% de notables y un 7.8% de sobresalientes. Los desempleados, por su parte, consiguen un 53.6% de aprobados, un 42.2% de notables y un 2.8% de sobresalientes.